

IAN RANKIN

Nudos y cruces

UN CASO DEL INSPECTOR JOHN REBUS



ESPA
EBOOK

Dos inocentes niñas han sido secuestradas y asesinadas en Edimburgo para asombro de la opinión pública, que se ha visto conmocionada ante tal crimen. El veterano inspector John Rebus, alcohólico y fumador empedernido, tomará parte en la investigación cuando una tercera menor desaparezca bajo las mismas circunstancias. Con un turbulento pasado y un estilo de vida totalmente desestructurado, Rebus deberá dejar aparte sus problemas personales para centrarse en la resolución de un caso que podría convertirse en el más dramático suceso que pueda recordarse en toda Escocia. Pronto el asesino que todos buscan comenzará a enviar una serie de pistas que quizá solo Rebus podrá llegar a resolver.



Ian Rankin

Nudos y cruces

Inspector Rebus - 1

ePub r1.0

nemiere 05.08.14

Título original: *Knots & Crosses*
Ian Rankin, 1987
Traducción: Francisco Martín Arribas

Editor digital: nemiere
ePub base r1.1

más libros en espaebok.com

A Miranda. Sin ella nada merece la pena concluirse.

Prólogo

1

La niña dio un grito; sólo un grito.

Fue un leve descuido de él. Podría haber sido el final de todo, y casi desde el principio; algún vecino que sospecha, la policía que se presenta. No, no era nada conveniente. La próxima vez la amordazaría más fuerte, un poquito más, un poquitín más.

A continuación fue al cajón para sacar un carrete de bramante, y con unas tijeras para las uñas, como esas que usan las niñas, cortó un trozo de unos quince centímetros y volvió a guardar las tijeras y el carrete en el cajón. Al oír el motor de un coche, se acercó a la ventana, derribando un montón de libros que había en el suelo, y sonrió al ver que el coche pasaba de largo. Hizo un nudo en el bramante, un nudo corriente. Había dejado un sobre encima del aparador.

2

Era el 28 de abril. Llovía —cómo no— y el agua empapaba la hierba, cuando John Rebus se dirigía a la tumba de su padre, que había muerto hacía cinco años. Colocó sobre el mármol reluciente una corona amarilla y roja, los colores del recuerdo, e hizo una breve pausa, intentando encontrar algo que decir; pero no tenía nada que decir, nada que pensar. Había sido un padre bastante bueno y punto. Al viejo no le habría gustado que malgastara palabras. Así que permaneció de pie, con las manos a la espalda, respetuosamente, en medio del graznido de los cuervos en las tapias del recinto, hasta que el agua que le calaba los zapatos le recordó que en la puerta del cementerio le aguardaba el confortable coche.

Condujo despacio, enojado por haber vuelto a Fife, aquel lugar del pasado, de los buenos tiempos que nunca lo habían sido, donde los fantasmas enmohecían en los aposentos de casas vacías y por las tardes alzaba las persianas alguna que otra tienda, esas persianas metálicas que ofrecían a los gamberros un soporte para escribir sus nombres. Rebus detestaba todo aquello; la peculiar falta de ambiente. Apestaba a lo de siempre: a mal uso, a dejadez, a brutal desperdicio vital.

Cubrió los doce kilómetros hasta el mar, en dirección al lugar donde aún vivía su hermano Michael. Llovía menos cuando llegó a la costa de grisáceo color calavera, entre las salpicaduras que el coche hacía saltar en los innumerables baches de la carretera. Se preguntaba por qué no arreglaban nunca las carreteras por allí, mientras que en Edimburgo siempre estaban

levantando las calzadas, lo cual era todavía peor. Y, sobre todo, ¿por qué había tomado la absurda decisión de ir a Fife, por el solo hecho de que era el aniversario de la muerte del viejo? Trató de pensar en otra cosa, pero lo único que se le ocurrió fue deliberar sobre si fumarse otro cigarrillo o no.

A través de la llovizna que ahora caía, Rebus vio una niña, que tendría aproximadamente la edad de su hija, caminar por el arcén de hierba. Aminoró la marcha, observándola por el retrovisor al adelantarla, frenó y le hizo señas para que se acercara a la ventanilla.

Su aliento se condensaba en la fría atmósfera y el flequillo negro se le pegaba a la frente. Le miró con recelo.

—¿Adónde vas, guapa?

—A Kirkcaldy.

—¿Te llevo?

La niña negó con la cabeza haciendo saltar gotas de agua de su pelo rizado.

—Me ha dicho mi mamá que no suba a coches de desconocidos.

—Pues tiene razón tu mamá —dijo Rebus sonriendo—. Yo tengo una hija más o menos de tu edad y le digo lo mismo. Pero está lloviendo y, como yo soy policía, no tienes nada que temer. Aún te queda un buen trecho.

La niña miró de arriba abajo la carretera solitaria y volvió a sacudir la cabeza.

—Muy bien —dijo Rebus—, pero ten cuidado. Tu mamá tiene mucha razón.

Volvió a subir el cristal de la ventanilla y siguió carretera adelante, viendo por el retrovisor que ella permanecía quieta y continuaba mirándole. Una chica prudente. Le complacía saber que aún quedaban padres con sentido de la responsabilidad. Ojalá pudiera decir lo mismo de su ex esposa; la educación que le estaba dando a su hija era un desastre. También Michael había dejado demasiado suelta a su hija. Qué se le iba a hacer.

El hermano de Rebus era propietario de una casa respetable. Había seguido los pasos del viejo y se había hecho hipnotizador, y, por lo visto, era muy bueno; nunca le había preguntado a su hermano cómo lo hacía, ni había mostrado ningún interés o curiosidad por las dotes del viejo. Era consciente

de que su actitud seguía intrigando a Michael, que siempre hacía alusiones y le daba pistas falsas sobre la autenticidad de sus actuaciones en el escenario, para ver si con ello despertaba su interés.

Pero John Rebus tenía demasiados asuntos que desentrañar; era lo único que había hecho en los quince años que llevaba en el cuerpo de policía. Quince años, y sólo tenía en su haber bastante autocompasión y un fracaso matrimonial con una hija inocente de por medio. Más que lamentable, era un asco. Mientras que Michael vivía felizmente casado, con dos hijos y una casa tan grande que él jamás podría permitirse, y su nombre se anunciaba en hoteles, clubs e incluso en teatros de Newcastle y Wick. Había actuaciones por las que le pagaban seiscientas libras. Un escándalo. Tenía un coche caro y vestía buena ropa; a él no se le habría visto de pie bajo la lluvia en un cementerio de Fife un mes de abril como aquél. No, Michael no era tan tonto; ni se le hubiera pasado por la cabeza.

—¡John! Dios, ¿qué ocurre? Bueno, me alegro de verte. ¿Por qué no me has llamado para avisar de que venías? Pasa.

Era su bienvenida. Tal como Rebus la había previsto: sorpresa embarazosa, como si fuese doloroso recordarle que aún le quedaba un familiar vivo. Y no le pasó desapercibido el empleo de la palabra «avisar», cuando habría bastado con «decirme». Era policía, y esas cosas las notaba.

Michael Rebus cruzó rápidamente el cuarto de estar y bajó el volumen estruendoso del equipo de música.

—Adelante, John —dijo—. ¿Quieres beber algo? ¿Café? ¿O algo más fuerte? ¿Qué te trae por aquí?

Rebus se sentó como si estuviese en casa de un extraño, con la espalda recta, en actitud profesional. Miró los paneles de madera de la habitación —novedad— y las fotos enmarcadas de su sobrina y su sobrino.

—Pasaba cerca de aquí —dijo.

Michael, que volvía del mueble bar con los vasos, se acordó de repente, o fingió acordarse.

—Oh, John, lo había olvidado. ¿Por qué no me avisaste? Mierda, me

fastidia que se me pase el aniversario de papá.

—Mickey, serás hipnotizador, pero en cuanto a memoria eres un desastre. Dame ese vaso, ¿o es que no piensas soltarlo?

Michael, sonriente y absuelto, le tendió el vaso de whisky.

—¿El coche de ahí fuera es tuyo? —preguntó Rebus, cogiendo el vaso—. Me refiero al BMW.

Michael asintió con la cabeza, sonriente.

—Dios —exclamó Rebus—. Sí que te cuidas.

—No menos de lo que cuido a Chrissie y a los niños. Vamos a ampliar la casa en la parte de atrás para tener un jacuzzi o una sauna. Es la moda, y Chrissie se muere por estar a la última.

Rebus dio un sorbo de whisky. Era un whisky de malta. Nada de lo que había en el cuarto era barato, pero tampoco exactamente codiciable. Adornos de cristal fino, una licorera de cristal sobre un salvamantel de plata, una televisión con vídeo, un equipo de música de alta fidelidad en miniatura y la lámpara de ónice. El último objeto le hizo sentir cierto remordimiento: era el regalo de boda de Rhona y él. Chrissie ya no le hablaba. No era de extrañar.

—Por cierto, ¿dónde está Chrissie?

—Ah, ha ido de compras. Ahora tiene coche. Los niños están en el colegio y ella los pasa a recoger de vuelta a casa. ¿Te quedas a cenar?

Rebus se encogió de hombros.

—Nos gustaría que te quedases —añadió Michael, dando a entender lo contrario—. ¿Qué tal por la comisaría? ¿Como siempre?

—Hemos tenido algunas bajas, pero no ha trascendido a la prensa. Y han entrado nuevos con mucha cobertura. Sí, como siempre, supongo.

Rebus advirtió que la habitación olía a manzanas acarameladas, como en las salas de máquinas tragaperras.

—Qué horror, esas niñas secuestradas —dijo Michael.

Rebus asintió con la cabeza.

—Sí —añadió—, un horror. Pero aún no se puede calificar estrictamente de secuestro porque no han pedido rescate ni nada parecido. Parece más bien un honrado caso de agresión sexual.

—¿Honrado? —exclamó Michael sorprendido, alzándose de la silla—.

¿Qué tiene de honrado?

—Es la jerga que usamos nosotros, Michael —contestó Rebus, encogiéndose otra vez de hombros y apurando el whisky.

—Caray, John —replicó Michael, volviéndose a sentar—, también nosotros tenemos hijas, pero tú hablas de ello como si nada. A mí me da miedo pensarlo —añadió meneando despacio la cabeza, con una expresión en la que se mezclaban la pena y la conciencia, de que a él, de momento, ese horror no le afectaba—. Da miedo —repitió—. Y más aún en Edimburgo. Quiero decir que uno jamás pensaría que algo así pudiera ocurrir en Edimburgo, ¿no crees?

—En Edimburgo ocurren más cosas de las que uno cree.

—Sí. —Michael hizo una pausa—. Estuve allí la semana pasada, actuando en un hotel.

—No me avisaste.

Ahora fue Michael quien se encogió de hombros.

—¿Te habría interesado? —dijo.

—Quizá no —contestó Rebus sonriendo—, pero, de todos modos, te hubiera ido a ver.

Michael se echó a reír. Era como una risa de cumpleaños o la de quien acaba de encontrarse un dinero olvidado en algún bolsillo.

—¿Otro whisky, caballero? —dijo.

—Pensaba que no ibas a ofrecérmelo.

Rebus volvió a centrarse en observar el cuarto mientras Michael se acercaba al mueble bar.

—¿Qué tal van las actuaciones? —preguntó—. De verdad que me interesa.

—Muy bien —contestó Michael—. En realidad, sí que van bien. Tengo propuestas para un anuncio en televisión, pero hasta que no lo vea no lo creeré.

—Estupendo.

Otro whisky aterrizó en la mano predispuesta de Rebus.

—Sí, y estoy preparando un nuevo número. Un número un poco espeluznante.

Un brillo dorado destelló en la muñeca de Michael al llevarse el vaso a los labios. Era un reloj caro sin cifras en la esfera. Rebus pensó que cuanto más caro era un objeto menos presencia tenía: equipos de música en miniatura, relojes sin cifras, calcetines Dior transparentes, como los que llevaba Michael.

—A ver, cuenta —dijo, mordiendo el anzuelo.

—Pues se trata de hacer que alguien del público regrese a sus vidas pasadas —dijo Michael inclinándose hacia delante en la silla.

—¿Vidas pasadas?

Rebus miró el suelo, como si admirase los contrastes oscuros y claros del dibujo verde de la alfombra.

—Sí —prosiguió Michael—. La reencarnación, volver a nacer, ya sabes. Bueno, contigo no tendría que probar, John. Tú eres cristiano.

—Los cristianos no creen en vidas pasadas, Mickey, sino en la vida futura.

Michael miró a su hermano, como pidiéndole que callara.

—Perdona —dijo Rebus.

—Como te decía, probé el número en público la semana pasada por primera vez, aunque hace tiempo que lo practico con mis pacientes.

—¿Pacientes?

—Sí. Me pagan por sesiones privadas de terapia hipnótica. Consigo que dejen de fumar, les ayudo a ganar confianza en sí mismos o a que no se meen en la cama. Hay algunos que están convencidos de que han vivido otras vidas, y me piden que les hipnotice para poder demostrarlo. No te preocupes, son ingresos totalmente legales y pago mis impuestos.

—¿Y se puede demostrar? ¿Tienen alguna vida anterior?

Michael pasó un dedo por el borde del vaso vacío.

—Te sorprenderías —dijo.

—Dame un ejemplo.

Rebus seguía con la mirada las líneas de la alfombra. «Vidas pasadas», pensó. Eso sí que era bueno. En su pasado había mucha vida.

—Bien —dijo Michael—, en esa actuación que te he dicho de la semana pasada en Edimburgo, pues —añadió, inclinándose más hacia delante—, hice

subir al escenario a una mujer del público. Era de mediana edad y la acompañaba gente de su trabajo, porque celebraban algo. Ella entró en trance con facilidad; probablemente porque no había bebido tanto como sus amigos; una vez bajo estado hipnótico, le dije que íbamos a emprender un viaje al pasado, a un tiempo muy lejano, de antes de que ella naciera, y la insté a pensar en su primer recuerdo...

Michael había adoptado un tono de voz fluido y profesional, y abría las manos como si estuviera dirigiéndose al público. Rebus, con el vaso en la mano, sintió cierta laxitud y pensó en un recuerdo de su infancia; los dos hermanos jugando a pelota y revolcándose por el suelo, en el barro cálido de una lluvia de julio; su madre, remangada, desvistiéndolos y metiéndolos en la bañera entre aspavientos y risas.

—Bueno —continuó Michael—, pues empezó a hablar con una voz distinta a la suya. Fue muy extraño, John. Ojalá hubieras estado presente. El público guardaba silencio y yo sentía escalofríos, sin ninguna relación con la calefacción del hotel. Fíjate que éxito. Conseguí que la mujer volviese a una vida anterior en la que era monja. ¿Te imaginas? Monja. Contó que estaba sola en su celda, describió el convento con todo detalle y, de pronto, comenzó a decir algo en latín, y entre el público hubo gente que se santiguó. Yo me quedé de piedra; seguro que se me pusieron los pelos de punta. Así que la saqué del trance lo antes posible, se hizo una larga pausa y el público rompió a aplaudir. A continuación, quizá por puro desahogo, sus amigos comenzaron a felicitarla entre risas y se rompió la tensión. Después de la actuación la mujer me dijo que era protestante practicante y nada menos que seguidora de los Rangers, y juró y perjuró que no sabía latín. Pero alguien dentro de ella sí que sabía. Te lo digo yo.

—Es una historia muy interesante, Mickey —dijo Rebus sonriendo.

—Es auténtica —añadió Michael abriendo los brazos con un gesto implorante—. ¿No me crees?

—Tal vez.

Michael sacudió la cabeza.

—No debes de ser muy buen policía, John. Tuve ciento cincuenta testigos. Irrefutable.

Rebus no podía apartar la vista del dibujo de la alfombra.

—John, hay muchos que creen en vidas pasadas.

«Vidas pasadas... Él sí creía en algunas cosas... En Dios, desde luego... Pero en vidas pasadas...» De pronto, un rostro encerrado en una celda le gritó desde la alfombra.

El vaso se le cayó de la mano.

—John, ¿te encuentras bien? Dios, se diría que has visto...

—Sí, sí; no es nada —dijo Rebus recogiendo el vaso y levantándose—. No es nada... estoy bien. Es que —añadió mirando su reloj con cifras—, bueno, tengo que irme. Esta noche estoy de servicio.

Michael sonrió discretamente, contento de que su hermano se fuese y al mismo tiempo un poco incómodo por alegrarse.

—Bueno, a ver si nos vemos pronto. En territorio neutral —añadió.

—Sí —contestó Rebus, sintiendo otra vez aquel olor a manzanas caramelizadas. Notaba que se había puesto pálido, nervioso, como fuera de lugar—. Sí, ya nos veremos.

Dos o tres veces al año, en bodas, entierros, y una llamada por Navidad; se lo prometían siempre y era una promesa que se había convertido en ritual, por lo que podían renovarla y olvidarla sin problemas.

—Nos veremos.

Estrechó la mano a Michael en la puerta y pasó rápidamente por delante del BMW camino de su coche, mientras discurría sobre si se parecían mucho su hermano y él. En los velatorios, sus tíos y tías comentaban a veces «Oh, sois el vivo retrato de vuestra madre». No decían nada más. John Rebus sabía que su pelo castaño era más claro que el de su hermano Michael y que sus ojos eran de un verde un poco más oscuro. Pero sabía también que había tantas diferencias entre ellos que aquellas similitudes eran absolutamente superficiales. Eran hermanos sin sentido fraterno. Su fraternidad pertenecía al pasado.

Dijo adiós con la mano desde el coche y arrancó. Llegaría a Edimburgo al cabo de una hora, y entraría de servicio media hora después. Sabía que el

motivo por el que nunca se sentía a gusto en casa de Michael era que Chrissie le detestaba por considerarle, sin paliativos, el responsable del fracaso de su matrimonio. Tal vez tenía razón. Trató de desconectarse repasando las tareas concretas de las próximas siete u ocho horas. Tenía que acabar el expediente de un caso de allanamiento y agresión grave; un caso realmente desagradable. En el DIC faltaban agentes, y ahora, con los secuestros, tendrían todavía más trabajo. Aquellas criaturas, niñas de la edad de su hija... Sería mejor no pensar en ello. Ya estarían muertas. Que Dios se apiadase de ellas. Y eso había sucedido en Edimburgo, su ciudad natal.

Un maníaco andaba suelto.

La gente no salía de casa.

Un grito en su recuerdo.

Rebus se encogió de hombros con una sensación de tirantez en el hombro. Al fin y al cabo, eso no le incumbía. De momento.

En el cuarto de estar, Michael Rebus se sirvió otro whisky. Se acercó al equipo de música, lo puso a todo volumen y, a continuación, metió la mano debajo del sillón y, tras palpar unos instantes, sacó un cenicero.

PRIMERA PARTE
«Hay pistas por todas partes»

1

En la escalinata de la comisaría de policía de Great London Road, en Edimburgo, John Rebus encendió su último cigarrillo diario preceptivo antes de abrir la imponente puerta y entrar en el edificio.

Era una comisaría antigua, con suelo de mármol oscuro y un aire de grandeza venida a menos, de aristocracia marchita. Tenía carácter.

Rebus saludó con la mano al sargento de servicio que en aquel momento sustituía en el tablero anuncios viejos por otros nuevos y subió por la gran escalera curvada hacia su oficina. Campbell estaba a punto de macharse.

—Hola, John.

McGregor Campbell, sargento, como Rebus, se puso el abrigo y el sombrero.

—¿Cómo está el patio, Mac? ¿Va a ser una noche movida? —preguntó Rebus mirando los avisos que había sobre la mesa.

—No lo sé, John, pero, desde luego, el día ha sido un verdadero desmadre. Tienes una carta del jefe.

—¿Ah, sí? —inquirió Rebus, abstraído en otra carta que acababa de abrir.

—Sí, John. Agárrate fuerte. Creo que van a destinarte al caso de los secuestros. Que tengas suerte. Bueno, me voy al pub. Tengo ganas de ver el boxeo en la BBC y no quiero llegar tarde —dijo Campbell mirando su reloj—. Ah, bueno, tengo tiempo de sobra. ¿Qué sucede, John?

—¿Quién trajo esto, Mac? —dijo Rebus agitando en el aire un sobre vacío.

—No tengo la menor idea, John. ¿De qué se trata?

—Es otra carta de un chalado.

—¿Ah, sí? —dijo Campbell mirando por encima del hombro la nota mecanografiada—. Parece el mismo, ¿no?

—Muy listo, Mac, dado que es un mensaje idéntico.

—¿Y el cordel?

—Aquí está también —contestó Rebus, y cogió un trocito de bramante de la mesa con un nudo en el centro.

—Qué cosa más rara —comentó Campbell mientras se dirigía a la salida—. Hasta mañana, John.

—De acuerdo, hasta mañana, Mac. —Rebus aguardó a que su colega estuviera en el pasillo—. ¡Oye, Mac!

Campbell se asomó al quicio de la puerta.

—Dime.

—El combate lo ha ganado Maxwell —dijo Rebus sonriente.

—Eres un cabrón, Rebus —replicó Campbell.

Apretó los labios y se largó.

—Uno de la vieja escuela —dijo Rebus para sus adentros—. A ver, ¿qué posibles enemigos tengo?

Volvió a examinar la carta y después el sobre. Sólo llevaba escrito su nombre, mecanografiado con cierta irregularidad. Lo habrían entregado en destino, como la otra carta. Desde luego, era un asunto muy extraño.

Bajó a recepción y se acercó al mostrador.

—Jimmy.

—Sí, John.

—¿Has visto esto? —preguntó, mostrando el sobre al sargento de guardia.

—¿Eso? —A Rebus le pareció que, más que el ceño, el sargento frunció el rostro entero. Sólo cuarenta años de servicio podían causar algo semejante en un individuo; cuarenta años de preguntas, problemas y cruces auestas—. Lo habrán echado por debajo de la puerta, John. Lo encontré ahí, en el suelo —añadió señalando hacia la puerta—. ¿De qué se trata?

—Oh, no tiene importancia. Gracias, Jimmy.

Pero Rebus sabía que iba a pasarse toda la noche reconcomido por aquella nota recibida unos días después del primer mensaje anónimo. Miró los dos sobres que había sobre el escritorio, con caracteres escritos por una antigua máquina de escribir portátil. La letra S estaba un milímetro más alta que las otras; el papel era barato, sin marcas de agua, y el trozo de bramante con un nudo en medio había sido cortado con un cuchillo o unas tijeras. El mensaje mecanografiado era idéntico:

HAY PISTAS POR TODAS PARTES.

Muy bien; tal vez las hubiera. Era obra de algún chalado, una broma de mal gusto, pero ¿por qué se los enviaban a él? No tenía sentido. En ese momento sonó el teléfono.

—¿El sargento Rebus?

—Al habla.

—Rebus, soy el inspector jefe Anderson. ¿Ha recibido mi nota?

Anderson. Maldito Anderson. Sólo le faltaba eso. Un chiflado más.

—Sí, señor —contestó Rebus sujetando el auricular con la barbilla y desplegando la nota sobre la mesa.

—Bien. ¿Puede estar aquí dentro de veinte minutos? La reunión es en la sala de operaciones de Waverley Road.

—Muy bien, señor.

La línea se cortó mientras Rebus continuaba leyendo. Así que era cierto, una comunicación oficial. Le destinaban al caso de los secuestros. Dios mío, qué vida. Guardó en el bolsillo de la chaqueta las notas, los sobres y el bramante y, frustrado, echó una mirada a su alrededor. Maldita la gracia. Caso de fuerza mayor: tenía que estar antes de media hora en Waverley Road. ¿Cuándo iba a poder acabar todo lo que tenía pendiente? Le esperaban tres casos ante los tribunales y casi otra docena clamando al cielo porque les faltaba algún trámite, y después podría olvidarse de ellos. Sería estupendo liquidarlos todos; hacer limpieza. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Pero el montón de papeles seguía allí, mayor que nunca. No había nada que hacer. Era el cuento de nunca acabar. Apenas había cerrado un caso le caían otros

dos. ¿Cómo se llamaba aquel ser? ¿La hidra? A eso tenía que enfrentarse: cada vez que cortaba una cabeza, caían unas cuantas más en su bandeja de entrada. Volver de vacaciones era un tormento.

Y ahora, además, le tocaba la roca de Sísifo.

Miró al techo.

—Por Dios bendito —musitó antes de salir camino del coche.

2

El Bar Sutherland era un local muy frecuentado por bebedores. Había dos máquinas de discos, pero nada de vídeo ni de máquinas tragaperras. El local tenía una decoración espartana, con un televisor que parpadeaba imágenes que saltaban. Allí, hasta finales de los años sesenta no habían entrado mujeres. El secreto bien guardado era, por lo visto, que servían la mejor pinta de cerveza de barril de Edimburgo. McGregor Campbell dio un sorbo a la jarra sin apartar la vista del televisor en la pared de detrás de la barra.

—¿Quién va ganando? —preguntó una voz a su lado.

—No lo sé —contestó él, volviéndose hacia su interlocutor—. Ah, hola, Jim.

Era un hombre fornido, con el dinero preparado en la mano para que le sirvieran, y tampoco apartaba los ojos del televisor.

—Es un buen combate —dijo—. Creo que va a ganar Mailer.

A Mac Campbell se le ocurrió una idea.

—No, va a ganar Maxwell, y de lejos. ¿Apostamos algo?

El hombre fornido metió la mano en el bolsillo para sacar tabaco sin dejar de mirar al policía.

—¿Cuánto? —preguntó.

—¿Cinco libras? —dijo Campbell.

—Vale. Tom, ponme una pinta de cerveza, por favor. ¿Tomas algo, Mac?

—Lo mismo, gracias.

Permanecieron en silencio un rato, dando sorbos y mirando el combate. A

sus espaldas se escucharon algunos rugidos amortiguados cuando los combatientes encajaban o esquivaban un puñetazo.

—A lo mejor gana el tuyo, si aguanta hasta el final —comentó Campbell, y pidió otra ronda.

—Sí, pero ya veremos. Por cierto, ¿qué tal el trabajo?

—Muy bien, ¿y el tuyo?

—En este momento no paro de bregar, la verdad —dijo imperturbable, con el cigarrillo en los labios, dejando caer ceniza en la corbata—. Una barbaridad.

—¿Sigues indagando ese asunto de drogas?

—No. Me han asignado al caso de los secuestros.

—¿Ah, sí? Igual que a Rebus. Procura no sacarle de sus casillas.

—Los periodistas sacan de sus casillas a todo el mundo, Mac. Gajes del... etcétera.

Mac Campbell recelaba de Jim Stevens pero le estaba agradecido por su amistad, porque, por endeble y ardua que ésta hubiera sido a veces, el periodista le había procurado información útil para su trabajo. Stevens se reservaba para sí muchas de las cosas interesantes que sabía, naturalmente, porque se trataba de «exclusivas», pero siempre estaba dispuesto a intercambiar favores, y a Campbell le parecía que, para satisfacer las necesidades de Stevens, bastaba con la información más inocua o el cotilleo más irrelevante. Stevens era una especie de urraca que lo coleccionaba todo indiscriminadamente, guardando mucho más de lo que iba a utilizar después. Pero con los periodistas nunca se sabe. Desde luego, Campbell prefería tener a Stevens como amigo que como enemigo.

—¿Cómo va tu investigación sobre las drogas?

Jim Stevens se encogió de hombros.

—De momento no tengo nada que os pueda servir. Pero no lo he dejado, si te refieres a eso. No, lo que ocurre es que ese asunto es un avispero de cuidado; lo sigo con los ojos bien abiertos.

Se oyó la campanada para el último asalto del combate y dos cuerpos sudorosos y rendidos chocaron y se convirtieron en una masa de brazos y piernas.

—Mailer sigue teniendo ventaja —dijo Campbell con un ligero mal presentimiento.

No podía ser. Rebus no iba a hacerle eso a él. De pronto, Maxwell, el más pesado y lento de movimientos, recibió un golpe en la cara y se tambaleó retrocediendo. El bar rugió al unísono. Campbell miró su jarra. Maxwell yacía en la lona y el árbitro contaba. Se había acabado. Unos sensacionales últimos segundos de combate, según el locutor.

Jim Stevens tendió la mano abierta.

«Mataré a ese maldito Rebus. Dios mío, lo mato», pensó Campbell.

Más tarde, con las cervezas pagadas con el dinero de Campbell, Stevens le preguntó a propósito de Rebus.

—¿Así que por fin voy a conocerlo? —inquirió.

—Tal vez sí, tal vez no. Él no es muy amigo de Anderson, así que a lo mejor lo deja relegado todo el día en algún despacho. Claro que John Rebus no es muy amigo de nadie.

—¿No?

—Bah, no es que sea desagradable, pero es un hombre muy difícil.

Campbell, eludiendo la mirada inquisitiva del periodista, observó su corbata. La ceniza recién caída del cigarrillo era una simple capa sobre manchas más antiguas de huevo, grasa y alcohol. Los periodistas más desaliñados eran siempre los más listos, y Stevens lo era, todo lo que puede llegar a serlo alguien que lleva trabajando diez años seguidos en el mismo diario. Se comentaba que había rechazado empleos en diarios de Londres porque le gustaba vivir en Edimburgo y que lo que más le gustaba de su trabajo era la posibilidad de desvelar los aspectos más turbios de la ciudad, el delito, la corrupción, las bandas y las drogas. Campbell no conocía un detective mejor que él, y quizá por eso no les gustaba a los jefazos de la policía, que lo miraban con prevención; eso demostraba que trabajaba bien. Campbell advirtió que a Stevens le caía una salpicadura de cerveza en los pantalones.

—Ese Rebus —dijo Stevens, limpiándose la boca— es hermano del hipnotizador, ¿verdad?

—Debe de serlo. Yo no se lo he preguntado, pero no habrá muchos con

ese apellido, ¿no crees?

—Eso mismo me digo yo —respondió Stevens, asintiendo con la cabeza como si confirmara algo muy importante.

—¿Por qué?

—Por nada. ¿Y dices que no tiene muchos amigos?

—No he dicho eso exactamente. La verdad es que me da lástima. El pobre ya tiene problemas de sobra. Ahora ha empezado a recibir cartas anónimas.

—¿Cartas anónimas?

Stevens quedó envuelto en humo unos instantes mientras daba caladas a otro cigarrillo. La neblina azulada del pub se interponía entre los dos interlocutores.

—No debería haberte dicho eso. Que no salga de aquí.

Stevens asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo—. No era eso lo que me interesaba saber. De todos modos, eso que me acabas de decir no es algo frecuente, ¿verdad?

—No es muy frecuente. Y, desde luego, no suelen ser tan extrañas como las que él recibe. Bueno, quiero decir que no son insultantes ni nada así. Son... extrañas.

—Continúa. ¿Cómo de extrañas?

—Pues que las acompaña un trocito de cordel con un nudo y el mensaje dice «hay pistas por todas partes», o algo así.

—Joder. Sí que es extraño. Son dos hermanos extraños. Uno hipnotizador y el otro recibe cartas anónimas. Sirvió en el ejército, ¿verdad?

—John estuvo en el ejército, sí. ¿Cómo lo sabías?

—Yo lo sé todo, Mac. Es mi oficio.

—Otra cosa curiosa es que nunca habla de eso.

El periodista volvió a mirarle con interés. Cuando algo le interesaba le temblaban levemente los hombros. Miró hacia el televisor.

—¿No habla nunca del ejército? —inquirió.

—Ni una palabra. Yo le he preguntado un par de veces.

—Ya te digo, Mac, son dos hermanos muy raros. Bebe, bebe, que aún me queda buen dinero tuyo para pagar.

—Eres un cabrón, Jim.

—De tomo y lomo —replicó el periodista sonriendo por segunda vez durante la conversación.

3

—Caballeros y, señoras, naturalmente, gracias por haber acudido tan rápido. Aquí estará el centro de operaciones durante la investigación. Bien, como todos saben...

El director de la policía, Wallace, interrumpió su discurso al abrirse bruscamente la puerta para dar paso a John Rebus, en quien se clavaron todas las miradas. Rebus, incómodo, miró a su alrededor, dirigió una inútil sonrisa de disculpa a su superior y se sentó en la silla más próxima a la puerta.

—Como iba diciendo... —prosiguió el director.

Rebus, restregándose la frente, miró la sala llena de agentes. Sabía lo que diría el viejo, y en aquel momento precisamente lo que menos necesitaba era un discurso de arenga de la vieja escuela. No cabía un alfiler. Muchos de los presentes tenían aspecto cansado, como si ya llevaran mucho tiempo en el caso. Los rostros más despiertos y más atentos eran los de los nuevos, algunos de ellos venidos desde comisarías de fuera de Edimburgo; había dos o tres con libreta y bolígrafo, muy dispuestos a tomar notas, como en sus tiempos de colegiales. Delante de todos, con las piernas cruzadas, vio a dos mujeres muy atentas a Wallace, que ahora estaba en plena filípica, paseando por delante de la pizarra como un personaje de Shakespeare en una mediocre representación escolar.

—Dos muertes, pues. Sí, eso me temo. —Un escalofrío recorrió la audiencia—. El cadáver de Sandra Adams, de once años, apareció en un solar junto a la comisaría de Haymarket, a la seis en punto de esta tarde, y el de

Mary Andrews a las siete menos diez, en una parcela del distrito de Oxfords. Hay agentes en ambos lugares, y al final de esta reunión se les unirán otros, elegidos entre los aquí presentes.

Rebus advirtió el orden jerárquico habitual: inspectores en las primeras filas, a continuación sargentos, y luego, el resto. Incluso en pleno desarrollo de un caso de asesinato persistía el orden jerárquico. La enfermedad británica. Y él se encontraba al final del montón, porque había llegado tarde. Otra cruz en la calificación mental de alguien.

En el ejército siempre había sido uno de los primeros, en el regimiento de paracaidismo; en el curso de entrenamiento de los SAS, primero de su clase y seleccionado para un cursillo rápido de misiones especiales. Había ganado una medalla y merecidas menciones de honor. Una buena época, pero también la peor de todas; tiempos de estrés y extenuación, de engaño y brutalidad. Al salir de allí no le admitieron tan fácilmente en la policía; ahora sabía que fue la influencia del ejército lo que allanó las dificultades para su ingreso. En el cuerpo había personas que no se lo perdonaban, le buscaban problemas siempre que podían, complicaciones que él supo esquivar, e incluso, como hacía bien su trabajo, no tuvieron más remedio que citarle por actos de servicio. Pero en cuanto al ascenso, se había buscado un obstáculo a sus aspiraciones por hacer comentarios inconvenientes. Además, un día abofeteó a un cabrón rebelde en el calabozo. Que Dios se lo perdonara; fue un minuto de ofuscación; aquello le causó aún más problemas. Ah, qué vida tan perra; perra de verdad. Era como vivir en los tiempos bíblicos, en una tierra de barbarie y venganza.

—Mañana, después de las autopsias, tendremos, naturalmente, más información para que puedan trabajar, pero de momento esto es lo que hay. Ahora les hablará el inspector jefe Anderson, quien les asignará las correspondientes tareas iniciales.

Rebus advirtió que Jack Morton cabeceaba y, si alguien no lo impedía, pronto se escucharían sus ronquidos. Esbozó una sonrisa que se le borró fulminantemente al oír una voz al fondo de la sala: la voz de Anderson, el objeto de sus comentarios inconvenientes. Sintió el malestar de la predestinación. Anderson dirigía el caso. Hizo el firme propósito de dejar de

rezar; tal vez si dejaba de rezar, Dios, al darse por aludido, dejaría de ser tan cabrón con uno de sus escasos creyentes en este olvidado planeta.

—Gemmil y Hartley harán el puerta a puerta.

Bueno, a Dios gracias, se había librado de ésta. Sólo había algo peor que el puerta a puerta...

—Y para la búsqueda inicial en los archivos de Modus Operandi, los sargentos Morton y Rebus.

Precisamente eso.

«Gracias, Dios mío, muchas gracias. Eso es justamente lo que yo quería hacer esta tarde: leer los historiales de todos los malditos pervertidos y agresores sexuales de Escocia central-este. Realmente, debes detestarme. ¿Soy acaso una especie de Job? ¿Es eso?»

Pero no respondió ninguna voz etérea. No oyó ninguna voz, excepto la del satánico y quisquilloso Anderson, cuyos dedos pasaban páginas de la lista de relación de servicios; Anderson, de labios húmedos y gruesos, cuya esposa era una adúltera descarada y su hijo poeta ocasional, nada menos. Rebus masculló para sus adentros sucesivas maldiciones contra aquel superior mojigato y delgaducho. Le dio una patada a Morton en la pierna y éste, casi a punto de roncar, se despertó, irritado.

Menudo panorama.

4

—Menudo panorama —dijo Jack Morton. Aspiró con deleite el cigarrillo con filtro, tosió ruidosamente, sacó el pañuelo del bolsillo y depositó en él lo expectorado—. Ja, ja, nueva prueba trascendente —comentó, aunque hizo un visible gesto de preocupación.

—Deberías dejar de fumar, Jack —comentó Rebus sonriente.

Estaban los dos sentados ante un escritorio sobre el que se amontonaban unos ciento cincuenta expedientes de agresores sexuales fichados en Escocia central. Una joven y guapa secretaria, sin duda encantada por las horas extra que las investigaciones por homicidio le permitían hacer, no dejaba de traerles más expedientes, bajo la fingida mirada indignada de Rebus cada vez que aparecía. Esperaba asustarla; si entraba una vez más, la indignación iba a materializarse.

—No, John, son estos cabrones con filtro, que no puedo fumarlos. De verdad que no puedo. Maldito médico.

Mientras lo decía, Morton se quitó el cigarrillo de la boca, le arrancó el filtro y volvió a ponerlo, ridículamente corto, en sus pálidos labios.

—Así está mejor. Es más cigarro.

A Rebus siempre le habían parecido notables dos cosas. Una, que le cayera bien ese Jack Morton y que el sentimiento fuera mutuo, y la otra, que Morton aspirara con tal fuerza un pitillo y expulsara tan poco humo. ¿Dónde iba a parar aquel humo? No podía imaginarlo.

—Veo que hoy estás de abstinencia, John.

—Estoy reduciéndolo a diez al día, Jack.

Morton sacudió la cabeza.

—Diez, veinte o treinta al día, en definitiva, es lo mismo, John. Te lo digo yo. Lo que cuenta es dejarlo o no, y si no puedes dejarlo, lo mejor que puedes hacer es fumar todos los que te apetezca. Está demostrado. Lo he leído en una revista.

—Sí, pero ya sabemos las revistas que lees tú, Jack.

Morton contuvo la risa, tosió estentóreamente otra vez y buscó el pañuelo.

—Qué tarea de mierda —comentó Rebus cogiendo la primera carpeta.

Estuvieron en silencio unos veinte minutos hojeando hechos y fantasías de violadores, exhibicionistas, pederastas, pedófilos y proxenetas. A Rebus le parecía sentir aquella porquería en la boca; era como si se viera implicado sin remisión, una y otra vez, como si otro yo acechara a espaldas de su conciencia cotidiana; su propio mister Hyde, como en la obra del edimburgués Robert Louis Stevenson. Se avergonzaba de sentir alguna que otra erección; seguro que a Jack Morton también le ocurría. Eran gajes del oficio, igual que el asco, el odio y la fascinación.

En torno a ellos, la comisaría vibraba al ritmo de la actividad nocturna. Agentes en mangas de camisa pasaban adrede por delante de la puerta del despacho que les habían asignado, alejado de todos los otros para que nadie interrumpiera sus reflexiones. Rebus hizo una pausa para pensar en lo bien que le vendría a su oficina en Great London Road disponer de parte de aquel mobiliario: un escritorio moderno (con buenas patas y cajones fáciles de abrir), archivadores (ídem) y una máquina dispensadora de agua allí mismo, en el pasillo. Incluso había moqueta, y no aquel linóleo color rojo hígado con peligrosas puntas levantadas. Aquél era un agradable entorno para localizar perversos y asesinos.

—¿Qué es lo que estamos buscando exactamente, Jack?

Morton lanzó un resoplido, tiró en la mesa una carpeta marrón no muy gruesa, se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—Porquerías —dijo cogiendo otra carpeta, sin que Rebus tuviera ocasión de saber si era o no una respuesta.

—¿Sargento Rebus?

En la puerta había un joven agente uniformado, con acné en el cuello y recién afeitado.

—Diga.

—Un mensaje del jefe, señor —dijo mientras le entregaba a Rebus una hoja azul de bloc doblada.

—¿Buenas noticias? —preguntó Morton.

—Oh, la mejor de las noticias, Jack, la mejor de las noticias. El jefe nos envía el siguiente mensaje fraterno: «¿Alguna pista en los archivos?». Eso es todo.

—¿Hay respuesta, señor? —inquirió el agente.

Rebus hizo una pelota con la nota y la tiró en una papetera nueva de aluminio.

—Sí, hijo, sí que la hay —contestó Rebus—, pero dudo mucho que te apetezca decírsela.

Jack Morton se echó a reír, limpiándose la ceniza de la corbata.

Menuda noche. Jim Stevens se fue por fin a casa sin obtener nada de interés en la conversación que había iniciado con Mac Campbell cuatro horas antes. Le había comentado a Mac que no pensaba abandonar la investigación sobre el floreciente mercado de la droga en Edimburgo, y ésa era la pura verdad. Se estaba convirtiendo en una auténtica obsesión y, aunque su jefe le había asignado un caso de homicidio, él continuaría la investigación por su cuenta en los ratos libres; a solas, por la noche mientras las rotativas estaban en marcha, dedicaba su tiempo libre a indagar más y más en lugares cada vez más alejados de Edimburgo. Sabía que no andaba lejos de dar con un pez gordo, pero aún no estaba lo bastante cerca como para recurrir a las fuerzas de la ley y el orden. Quería tener la historia bien hilvanada antes de recurrir a la caballería.

También conocía el peligro. El terreno que pisaba podía hundirse de pronto bajo sus pies y acabar bajo algún muelle de Leith una oscura madrugada o aparecer atado y amordazado en el arcén de una autopista a las

afueras de Perth. Bah, le daba igual. No era más que un pensamiento pasajero, producto del cansancio y de la necesidad de avivar sus emociones en aquel escenario cutre y gris de la droga en Edimburgo, un escenario de bloques de pisos en creciente expansión y bares que abrían fuera de horas, en vez de las rutilantes discotecas y lujosas residencias de la Ciudad Nueva.

Lo que más le disgustaba era que la gente que en última instancia movía los hilos fuese tan discreta y hermética, tan ajena al asunto. A él le gustaba que los delincuentes se implicaran, que vivieran la vida e hicieran ostentación de su estilo de vida. Le gustaban los gánsters de Glasgow de los años cincuenta y sesenta, que vivían en Gorbals, donde actuaban, prestaban dinero a los vecinos, y a veces apuñalaban a esos mismos vecinos si venía al caso. Como si se tratara de asuntos de familia; no como ahora. Esto era muy distinto, y eso le fastidiaba.

Su charla con Campbell había sido interesante, de todos modos y por otros motivos. Rebus le parecía un tipo sospechoso. Igual que su hermano. Tal vez estuviesen los dos implicados. Si la policía estaba pringada, su tarea sería más difícil y mucho más gratificante.

Lo que necesitaba ahora era un buen descanso, un alto en la investigación; la meta no podía estar lejos. Él tenía buen olfato para eso.

5

A la una y media hicieron un descanso. En el edificio había una modesta cantina abierta incluso a aquella hora intempestiva. Fuera de allí se cometían en aquel momento la mayoría de los pequeños delitos de la jornada, pero dentro se estaba caliente y cómodo, y había comida caliente y todo el café del mundo para los policías de guardia.

—Esto es desastroso —dijo Morton echando en la taza el café del platillo—. Anderson no sabe ni por dónde empezar.

—Por favor, dame un cigarrillo, que no tengo —dijo Rebus dándose unas elocuentes palmaditas en el bolsillo.

—Por Dios, John —replicó Morton tosiendo como un viejo y tendiéndole la cajetilla—, el día que dejes de fumar me cambio de calzoncillos.

Jack Morton no era viejo a pesar de los excesos que le conducían rápida e inexorablemente hacia la vejez antes de tiempo. Tenía treinta y cinco años, seis menos que Rebus. También él había roto su matrimonio; ahora los cuatro niños vivían con la abuela y la madre andaba disfrutando de unas largas y sospechosas vacaciones con su amante. Todo aquello era lamentable, le había dicho a Rebus, quien le comentó que él tenía una hija que también le preocupaba.

Morton llevaba veinte años en la policía y, a diferencia de Rebus, había ascendido desde el escalón más bajo hasta su actual rango a base de tesón. Le había contado a Rebus su vida un día en que los dos fueron a pescar cerca de Berwick; una magnífica jornada en la que pescaron mucho y se hicieron

buenos amigos. Pero Rebus no le había contado su vida a Morton, y éste tenía la impresión de que Rebus vivía encerrado en una celda personal, pues, concretamente sobre su época en el ejército, no hablaba nunca. Morton sabía que la vida militar ejercía a veces esa clase de influencia sobre un individuo y respetaba el silencio de Rebus. Tal vez guardaba algún esqueleto en aquel armario suyo. Se hacía cargo, porque él mismo había realizado algunas de sus detenciones más señaladas sin aplicar los «criterios correctos del reglamento».

A Morton le traían ya sin cuidado los titulares de prensa y las detenciones espectaculares; aguantaba su trabajo, recibía su paga, pensaba de vez en cuando en la pensión y en los años de pesca que tendría por delante y bebía para borrar de su conciencia a la mujer y a los hijos.

—Está bien esta cantina —dijo Rebus mientras fumaba, tratando de iniciar una conversación.

—Sí. Yo vengo de vez en cuando. Conozco a uno que trabaja en la sección de ordenadores. A veces resulta conveniente tener amistad con los informáticos, ¿sabes? Pueden localizar un coche, un nombre o una dirección en un santiamén. Sólo te cuesta invitarles a una copa de vez en cuando.

—Pues pásales todo este material para que lo escaneen.

—Ah, dales tiempo, John. No tardarán en tener todos los archivos en un banco de datos. Y ya verás como poco después se darán cuenta de que no necesitan a los burros de carga como nosotros. Quedarán un par de inspectores y un ordenador.

—Tomo nota —comentó Rebus.

—Es el progreso, John. ¿Dónde estaríamos sin él? Andaríamos todavía por ahí con una pipa, nuestro sentido de deducción y la lupa.

—Supongo que tienes razón, Jack. Pero recuerda lo que dice el dire: «Denme una docena de buenos agentes y devuelvan todas esas máquinas a los fabricantes».

Rebus miró a su alrededor mientras hablaba y vio que una de las dos mujeres que estaban en primera fila en la reunión se sentaba sola a una mesa.

—Y, además, Jack —añadió—, siempre habrá sitio para gente como nosotros. La sociedad no puede prescindir de nosotros. Los ordenadores son

incapaces de tener inspiraciones afortunadas. En eso les ganamos.

—Tal vez; no lo sé. En cualquier caso, será mejor que volvamos, ¿de acuerdo?

Morton miró el reloj, apuró el café y apartó la silla.

—Ve tú delante, Jack, que ahora te sigo. Quiero verificar una inspiración afortunada.

—¿Le importa que me siente?

Rebus, con un nuevo café en la mano, apartó la silla frente a la oficial de policía que leía absorta el periódico. Él advirtió el titular sensacionalista de la primera página. Alguien había filtrado información a la prensa.

—No, ni mucho menos —respondió ella sin levantar la vista.

Rebus sonrió para sus adentros, se sentó y dio un sorbo al café instantáneo.

—¿Mucho trabajo? —preguntó.

—Sí, ¿usted no? Su amigo se ha ido hace unos minutos.

Lista; muy lista. Realmente lista. Rebus comenzó a sentirse un pelín incómodo. No le gustaban las sabiondas, y ésta tenía todo el aspecto de serlo.

—Pues, sí. Es que él es masoquista. Estamos trabajando con los archivos de Modus Operandi, pero yo haría cualquier cosa por librarme de ese placer.

Ella alzó por fin la vista, como si se hubiera ofendido.

—¿Así que soy un simple pretexto dilatorio?

Rebus sonrió y se encogió de hombros.

—¿Qué, si no? —dijo.

Ahora fue ella quien sonrió.

Cerró el periódico y lo dobló en dos, lo dejó en la mesa de formica y dio unos golpecitos sobre el titular.

—Parece que salimos en la prensa —comentó.

Rebus volvió el periódico hacia él: SECUESTROS EN EDIMBURGO ¡AHORA SIN ASESINATOS!

—Un caso espantoso —dijo—. Espantoso. Y la prensa lo empeora.

—Sí; bueno, dentro de un par de horas llegarán los resultados de las

autopsias y tendremos por dónde empezar.

—Eso espero. Al menos podré librarme de esos malditos expedientes.

—Yo creía que a los agentes varones —dijo haciendo particular énfasis en la palabra— les gustaba leer ese tipo de historias.

Rebus extendió las manos hacia delante. Era un gesto que se le había contagiado de Michael.

—Los conoce muy bien. ¿Cuánto tiempo lleva en el cuerpo?

Rebus le echaba unos treinta años. Tenía el pelo castaño, espeso y corto, y una nariz en tobogán. No llevaba anillos, pero hoy en día eso no quería decir nada.

—Bastante —contestó ella.

—Me imaginaba que diría eso.

Ella seguía sonriendo: no era una sabionda.

—Pues es más listo de lo que yo pensaba —dijo ella.

—No lo sabe bien.

Comenzaba a cansarse, viendo que el juego no iba a ninguna parte. Era un terreno intermedio; un partido amistoso, no de copa. Miró el reloj de forma ostensible.

—Tengo que volver —dijo.

Ella cogió el periódico.

—¿Qué va a hacer este fin de semana? —preguntó.

John Rebus volvió a sentarse.

6

Salió de la comisaría a las cuatro de la madrugada. Los pájaros hacían esfuerzos por convencer inútilmente a todo el mundo de que amanecía. Aún era de noche y hacía frío.

Decidió no coger el coche y volver a casa caminando los tres kilómetros. Necesitaba sentir el frío, la humedad del aire, la expectativa de un chubasco matutino. Respiró profundamente para relajarse, para olvidar, pero tenía la mente llena de expedientes, con detalles, datos y cifras de horrores que apenas ocupaban un párrafo escueto pero atormentaban su paseo.

La barbaridad de una agresión a una niña de ocho semanas. La canguro había confesado tranquilamente que lo había hecho para tener «un subidón».

Violar a una anciana delante de sus dos nietos y darles después a éstos unos caramelos cogidos de un tarro antes de largarse; un acto premeditado cometido por un soltero cincuentón.

Marcar con cigarrillos el nombre de una banda callejera en los pechos de una chica de doce años y dejarla en una chabola incendiada, dándola por muerta. No se descubrió al culpable.

Y ahora el no va más: secuestrar a dos niñas y estrangularlas sin abuso sexual. Eso era, como había sugerido Anderson hacía media hora, auténtica perversión, y Rebus, curiosamente, sabía a qué se refería; aquello hacía que las muertes fueran más gratuitas aún, más inmotivadas y chocantes.

Bueno, al menos no se enfrentaban a un delincuente sexual; de momento, no. Pero eso —había que reconocerlo— hacía mucho más difícil el caso,

porque se enfrentaban a algo parecido a un asesino en serie, alguien que golpeaba al azar sin dejar pistas, buscando un «subidón», batir un récord. ¿O iba a contentarse sólo con dos? No era muy probable.

Estrangulamiento. Era una manera horrible de morir, debatiéndose, pataleando para impedir el final; pánico, ansiosos esfuerzos por respirar, seguramente con el asesino detrás, para que la víctima se enfrente a un absoluto anonimato y muera sin saber quién ni por qué. A Rebus le habían enseñado en los SAS varias maneras de matar, y sabía lo que era sentir el agarrotamiento en el cuello, con la esperanza de que prevalezca la sensatez del adversario. Una manera horrible de morir.

Edimburgo seguía durmiendo, como hacía desde siglos. Había fantasmas en los callejones adoquinados y en las escaleras sinuosas de las casas de la Ciudad Vieja, pero eran fantasmas de la Ilustración, coherentes y educados. No iban a saltar sobre ti desde las sombras con un trozo de bramante en las manos. Se detuvo y miró a su alrededor. Además, ya había amanecido y cualquier alma temerosa de Dios estaría acurrucada en la cama igual que él, John Rebus en carne y hueso, iba a estarlo enseguida.

Cerca de su casa pasó frente a una tiendecita de comestibles ante la cual, en la acera, había cajas de leche y panecillos recién hechos; el dueño le había explicado extraoficialmente que le robaban de vez en cuando algo, aunque no pensaba denunciarlo. No había nadie en la tienda ni en la calle, sólo rompía la soledad del momento el rumor distante de un taxi rodando sobre los adoquines y la persistencia de los trinos de los pájaros. Rebus miró a un lado y a otro, a las numerosas ventanas con las cortinas echadas, cogió rápidamente seis panecillos, se los metió en el bolsillo y se alejó precipitadamente de allí. Instantes después se detuvo y volvió de puntillas a la tienda: el criminal que vuelve al escenario del crimen, el perro que se come su propio vómito. Él no había visto nunca a un perro hacer eso, pero lo sabía por la autoridad de san Pedro.

Volvió a mirar a un lado y a otro, cogió una botella de leche de la caja y escapó silbando por lo bajini.

No había nada que supiera tan rico en el desayuno como unos panecillos robados con mantequilla y jamón y una taza de café con leche. No había nada

más agradable que un pecado venial.

En la escalera de su casa olfateó, y sintió el olor de meados de gato; una maldición constante. Contuvo la respiración mientras salvaba los dos tramos de escalera y metió la mano en el bolsillo, buscando la llave por debajo de los panecillos aplastados.

En el piso se sentía y se olía la humedad. Miró el radiador y, claro, había vuelto a apagarse el piloto; volvió a conectarlo lanzando maldiciones, puso el termostato al máximo y entró en el cuarto de estar.

Quedaba aún sitio en las estanterías del mueble y en la repisa de la chimenea, antes ocupada por cachivaches de Rhona, y que ya casi había llenado él con algunos de los suyos: facturas, cartas sin contestar, anillas de abrir latas de cerveza barata y algún libro no leído. Coleccionaba libros no leídos. Antes sí que leía los libros que compraba, pero ahora no tenía tiempo. Además, era ya más exigente que en los buenos tiempos, en los que los leía todos hasta el final, le gustaran o no. Ahora, si no le gustaba un libro lo más probable era que no pasase de la página diez.

Allí estaban los libros, en el cuarto de estar. Los libros de leer solían acabar en el dormitorio, en el suelo, en filas, como enfermos en la sala de espera del médico. Un día de éstos se tomaría unas vacaciones, alquilaría un chalet en las Highlands o en la costa de Fife y se llevaría todos aquellos libros pendientes de leer o de lectura atrasada, todo aquel conocimiento que podía ser suyo nada más abrirlos. Su libro preferido, el que volvía a leer por lo menos una vez al año, era *Crimen y castigo*. Si al menos los asesinos de hoy en día mostraran remordimientos de conciencia... Qué va, los asesinos actuales se jactaban de sus crímenes con los amigos, jugaban al billar en su pub habitual y le daban tiza al taco con parsimonia mientras pensaban en el orden en que iban a meter las bolas...

Y mientras, no lejos de ese mismo pub, aguardaría un coche de la policía cuyos ocupantes nada podían hacer salvo infringir montones de reglas y reglamentos o despotricar contra los negros abismos del delito. Había delitos por doquier. Eran la fuerza vital, la sangre de la vida: engañar, eludir, esquivar a la autoridad, matar. Cuanto más alto llega un delincuente, más sutilmente se adapta a la legalidad, de modo que únicamente algunos

abogados podrían ponerlo al descubierto, pero siempre estaban dispuestos a recibir sobornos. Dostoievsky lo sabía perfectamente, el puñetero había sentido que se le acababa la vida.

Pero el pobre Dostoievsky estaba muerto y nadie le había invitado a una fiesta aquel fin de semana, mientras que a él, John Rebus, sí. Rehusaba casi siempre las invitaciones, porque aceptarlas implicaba limpiarse un par de zapatos, planchar una camisa, cepillar el mejor traje, darse un baño y echarse colonia. Además, tenía que ser afable, beber y estar contento, hablar con desconocidos con quienes no tenía ganas de hablar y sin cobrar un sueldo por hablar con ellos. En una palabra: le fastidiaba tener que desempeñar el papel del animal humano normal. Pero había aceptado la invitación de Cathy Jackson en la cantina de Waverley. Claro que la había aceptado.

Y mientras pensaba en ello cruzó silbando el cuarto en dirección a la cocina para prepararse el desayuno y llevárselo al dormitorio. Era un ritual después de una noche de servicio. Se desvistió, se metió en la cama, asentó sobre el pecho el plato con los panecillos y se arrimó un libro a la nariz. No valía mucho; trataba de un secuestro. La cama se la había llevado Rhona, pero le quedaba el colchón y así le resultaba más fácil coger la taza de café y cambiar de libro.

Se quedó dormido enseguida, con la lámpara encendida y cuando ya comenzaban a circular coches por la calle.

El despertador sonó, para variar, sacándole del colchón como una flecha. El edredón estaba en el suelo y él, bañado en sudor. Hacía un calor asfixiante y de pronto recordó que había dejado la calefacción central a tope. Fue a desconectar el termostato, pero al pasar ante la puerta se agachó a recoger el correo. Había una carta sin sello ni franqueo, sólo con su nombre mecanografiado en el centro. Sintió un nudo en el estómago. Abrió el sobre y sacó una hoja de papel.

PARA LOS QUE LEEN ENTRE ÉPOCAS

Así que ahora el chalado sabía dónde vivía. Miró con resignación dentro del sobre, esperando encontrar el trozo de cordel con un nudo, pero lo que encontró fueron dos cerillas atadas en forma de cruz con un cordelito.

SEGUNDA PARTE
«Para los que leen entre épocas»

Caos organizado: eso era la oficina del periódico. Caos organizado a gran escala. Stevens revolvió entre los papeles de la bandeja como si buscara una aguja en un pajar. ¿No lo habría archivado en algún otro sitio? Abrió uno de los enormes cajones de su mesa y lo cerró de inmediato por temor a que se escapara parte del revoltijo allí recluido. Respiró profundamente para sobreponerse, volvió a abrirlo y metió la mano entre el batiburrillo de papeles como si algo fuera a morderle. Un clip-pinza suelto de un dossier le mordió, efectivamente, con un pellizco en el dedo. Cerró de golpe el cajón, con el cigarrillo pendiente del labio, maldiciendo a la oficina, a la profesión periodística y a los árboles proveedores de papel. Que les den. Se reclinó en el asiento y se restregó los ojos irritados por el humo. Eran las once de la mañana y ya flotaba en la oficina una neblina azul, como si toda la redacción fuese la escena del pantano de *Brigadoon*. Cogió una hoja mecanografiada, le dio la vuelta y comenzó a escribir con un cabo de lápiz que había robado en un despacho de apuestas.

«X (¿el Jefe?) hace la entrega a Rebus, M. ¿Dónde encaja aquí el hermano policía? Respuesta: quizás en todo, quizás en nada.»

Hizo una pausa, se quitó el cigarrillo de la boca y se puso uno nuevo, encendiéndolo con la colilla del anterior.

—Vamos a ver... cartas anónimas. ¿Amenazas? ¿Un código?

A Stevens no le parecía verosímil que John Rebus no supiera que su hermano estaba implicado en el mundo del tráfico de drogas en Escocia y,

aún más, era probable que él mismo estuviera implicado, tal vez desviando las investigaciones para proteger a su hermano. Sería una historia sensacional cuando se publicara, pero sabía que a partir de aquel momento tenía que andar con pies de plomo, porque nadie le iba a ayudar a incriminar a un policía; y si alguien descubría lo que estaba investigando se vería en un grave apuro, desde luego. Dos cosas tenía que hacer: comprobar su seguro de vida y no hablarle a nadie de aquello.

—¡Jim!

El editor le hacía un gesto para que se acercara a la cámara de tortura. Se levantó del asiento como si se desprendiera de algo orgánico, se enderezó la corbata a rayas malvas y rosa y se encaminó hacia una previsible bronca.

—Sí, Tom.

—¿No tenías que estar en una conferencia de prensa?

—Hay tiempo de sobra, Tom.

—¿Qué fotógrafo vas a llevar?

—¿Crees que es necesario? Sería mejor que fuera con mi Instamatic. Esos jóvenes no saben de qué va, Tom. ¿Qué te parece Andy Fleming? ¿Puedo disponer de él?

—No puede ser, Jim, está cubriendo la gira real.

—¿Qué gira real?

Por un momento pareció como si Tom Jameson fuera a levantarse de nuevo del asiento, lo cual habría sido un hecho sin precedentes, pero se limitó a estirar la espalda, cuadrar los hombros y mirar receloso a su periodista criminalista «estrella».

—Jim, tú eres periodista, ¿no? ¿Es que te has prejubilado, o te has vuelto ermitaño? ¿No habrá en tu familia antecedentes de demencia senil?

—Escucha, Tom, cuando la familia real cometa un asesinato seré el primero en llegar a la escena del crimen. Mientras tanto, por lo que a mí respecta, es como si no existiera. Al menos no me quita el sueño.

Jameson miró intencionadamente su reloj de pulsera.

—De acuerdo, de acuerdo, ya me voy —añadió.

Stevens, sin decir nada más, dio media vuelta con sorprendente rapidez y salió del despacho haciendo caso omiso de las voces del jefe, que seguía

preguntándole cuál de los fotógrafos disponibles quería que le acompañara.

Daba igual; no había conocido un solo policía que fuera fotogénico. Pero, cuando estaba a punto de salir a la calle, recordó quién era el oficial de enlace en aquella ocasión y cambió de idea mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—«Hay pistas por todas partes para quien lee entre épocas.» Es un puro galimatías, ¿eh, John?

Morton conducía el coche hacia el barrio de Haymarket. Era una tarde como muchas, con lluvia ventosa, fina y fría, de esa que cala hasta los huesos. El cielo había estado encapotado todo el día, hasta el punto de que los coches circulaban a mediodía con las luces encendidas. Un día fantástico para trabajar fuera de la comisaría.

—No lo sé muy bien, Jack. La segunda parte enlaza con la primera como si fuese una conclusión lógica.

—Bueno, esperemos que te envíe más notas, a ver si así queda más claro.

—Puede ser. Pero preferiría que interrumpiera esta mierda por las buenas. No es muy agradable que un chalado sepa dónde vives y trabajas.

—¿Tu teléfono figura en el listín?

—No.

—Entonces, queda descartado que lo haya visto en el listín. ¿Cómo habrá conseguido él tu dirección?

—Él o ella —replicó Rebus, guardándose las notas en el bolsillo—. No tengo ni idea.

Encendió dos cigarrillos y le tendió uno a Morton, después de quitarle el filtro.

—Vaya —comentó Morton, poniéndose el pitillo en la boca y viendo que amainaba la lluvia—; en Glasgow, inundaciones.

Se les veía ojerosos por falta de sueño, pero aquel caso se había apoderado de ellos y marchaban con la mente embotada hacia el desapacible centro de la investigación: una cabina desmontable instalada en el solar que había junto al lugar donde encontraron el cadáver de la niña; desde allí se

coordinaría la operación puerta a puerta. También interrogarían a amigos y familiares de la víctima. Rebus preveía una jornada bastante tediosa.

—Lo que me preocupa —dijo Morton— es que si los dos asesinatos están relacionados, nos enfrentamos con alguien que probablemente no conocía a las niñas. Si es así, la investigación va a ser una cabronada.

Rebus asintió con la cabeza. No obstante, cabía la posibilidad de que las dos niñas conociesen al asesino o que éste fuese alguien en quien ellas confiaban. Porque las dos tenían casi doce años y, si no eran tontas, habrían opuesto resistencia al secuestro; pero no habían recibido ninguna denuncia de algún posible testigo. Era muy extraño.

Había dejado de llover cuando llegaron al concurrido centro de operaciones. Estaba presente el inspector encargado de la operación, para repartir las listas de nombres y direcciones. A Rebus le alegraba estar lejos de la jefatura de policía y de Anderson, con su fervor por escrutar archivos. Aquí era donde realmente se llevaba a cabo la investigación, donde se establecían contactos directos y donde cualquier desliz de un sospechoso podía marcar el punto de inflexión del caso.

—Señor, ¿le importaría decirme quién nos ha asignado a mi colega y a mí esta tarea?

El inspector parpadeó y miró un instante a Rebus.

—Sí, ya lo creo que me importa, Rebus. En definitiva, no viene a cuento quién, ¿no cree? En este caso cualquier tarea es vital e importante. No lo olvide.

—Sí, señor —replicó Rebus.

—Esto es como trabajar en una caja de zapatos, señor —comentó Morton al ver la estrechez del cubículo.

—Sí, hijo, aquí estoy yo, en la caja, y vosotros sois los zapatos, así que ponte a andar.

Rebus, mientras se guardaba la lista en el bolsillo, pensó que aquel inspector era un buen tipo. Le gustaba su modo de decir las cosas.

—Pierda cuidado, señor, lo haremos rápido —añadió, con intención de que el inspector notase su tono irónico.

—Maricón el último —dijo Morton.

Actuaban según el reglamento, pero, por lo visto, aquel caso requería nuevas reglas. Anderson les enviaba a buscar a los sospechosos habituales: familiares, conocidos y gente fichada, y, evidentemente, al regresar a jefatura harían un escrutinio con entidades similares a Información sobre Pedófilos. Rebus esperaba que hubiese muchas llamadas de chiflados para Anderson. Solía ser así: gente que confesaba ser culpable, llamadas de videntes que se ofrecían a colaborar y a ponerse en contacto con las difuntas, gente que daba pistas notoriamente falsas. Todos movidos por culpas del pasado o fantasías del presente. Tal vez eso le ocurría a todo el mundo.

En la primera casa Rebus llamó a la puerta y aguardó. Abrió una anciana maloliente, descalza y con una rebeca rota sobre sus hombros huesudos.

—¿Quién es?

—Policía, señora. Se trata de los asesinatos.

—¿Cómo? No quiero nada. Váyase antes de que llame a la policía.

—Los asesinatos —dijo Rebus alzando la voz—. Soy policía. Quiero hacerle unas preguntas.

—¿Cómo? —inquirió la mujer retrocediendo un paso para escrutarle.

Rebus habría jurado ver un fulgor de inteligencia perdida en aquellos ojos apagados.

—¿Qué asesinatos? —preguntó la anciana.

Vaya día. Para acabar de complicarlo comenzó a llover de nuevo; gruesas gotas que le mojaban el cuello y la cara y le calaban los zapatos. Igual que el otro día ante la tumba del viejo... ¿Había sido ayer? Sucedían muchas cosas en veinticuatro horas; sobre todo a él.

A las siete, Rebus había cubierto siete de las catorce direcciones de la lista. Volvió al centro de operaciones, con los pies doloridos y el estómago inundado de té, y ansiando tomar algo más fuerte.

En el siniestro solar, Jack Morton miraba la extensión de barro sembrada de ladrillos y detritos, un paraíso infantil.

—Qué horrible lugar para morir.

—No murió aquí, Jack. Recuerda lo que comentó el forense.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir.
Sí, Rebus sabía lo que quería decir.
—Por cierto, has llegado el último —añadió Morton.
—Brindemos por ello —replicó Rebus.

Estuvieron bebiendo en bares sórdidos de Edimburgo, bares en los que no entraban turistas. Trataban de desconectarse del caso, pero no podían. Era la costumbre en investigaciones de crímenes como éstos, que se apoderaban de ti física y mentalmente, te consumían y te hacían trabajar más y más. En todos los asesinatos había una racha de adrenalina que les impulsaba a ir hacia delante sin parar.

—Bueno, creo que me vuelvo a casa —dijo Rebus.
—No, tómame otra.

Jack Morton hizo un gesto en dirección a la barra con el vaso vacío en la mano.

Rebus, con la mente nebulosa, pensó en las misteriosas misivas. Sospechaba de Rhona, aunque no era su estilo. Sospechaba de su hija Sammy, quizás en un tardío acto de venganza por el hecho de que su padre se hubiera apartado de ella. Los familiares y las amistades eran, al menos al principio, los principales sospechosos. Pero podía ser cualquiera, cualquiera que supiera dónde trabajaba y dónde vivía. Otra posibilidad no descartable era que fuese alguien del cuerpo.

La pregunta del millón, ciertamente.

—Aquí tienen, dos estupendas pintas a cuenta de la casa.

—Eso es publicidad ética —comentó Rebus.

—O publicidad del dueño, ¿no, John? —añadió Morton conteniendo la risa y limpiándose espuma de los labios. Vio que Rebus seguía abstraído—. ¿En qué piensas? —dijo.

—En un asesino en serie —contestó Rebus—. Tiene que serlo. Y en tal caso, aún no ha terminado la faena.

Morton dejó el vaso en la mesa y se olvidó inmediatamente de su sed.

—Esas niñas iban a distintos colegios —prosiguió Rebus—, vivían en

diferentes zonas de la ciudad, tenían gustos diferentes, amigos diferentes, su religión era distinta y las mató el mismo asesino, de la misma manera y sin abusos visibles de ningún tipo. Se trata de un maníaco. Puede estar en cualquier parte.

En ese momento se entabló una discusión en el bar, al parecer por una partida de dominó. Un vaso se estrelló en el suelo, seguido de un silencio. A continuación la tensión se calmó un poco, un hombre abandonó el local empujado por sus partidarios en la disputa mientras otro permanecía derrumbado sobre la barra, musitándole algo a una mujer que estaba junto a él.

Morton le dio un trago a su cerveza.

—Gracias a Dios que no estamos de servicio —dijo, y añadió—: ¿Te apetece comer algo?

Morton dio buena cuenta del pollo picante y dejó caer el tenedor en el plato.

—Creo que voy a reclamar una inspección sanitaria —dijo, sin dejar de masticar—. O una inspección de comercio. Porque no sé lo que era esto, pero pollo, desde luego, no.

Estaban en un pequeño restaurante, cerca de Haymarket Station, de iluminación cutre y paredes empapeladas en rojo imitación terciopelo, con una obsesiva música ambiental de sitar.

—Pues me ha parecido que te gustaba —dijo Rebus apurando la cerveza.

—Ah, sí, me ha gustado, pero no era pollo.

—Entonces, si te ha gustado no tienes motivos para quejarte —añadió Rebus, echándose hacia atrás en la silla con las piernas estiradas y un brazo en el respaldo, y fumando el enésimo cigarrillo del día.

Morton se inclinó indeciso hacia él.

—John, siempre hay algo de qué quejarse, en particular si piensas que así puedes irte sin pagar la cuenta.

Hizo un guiño a Rebus, se arrellanó en el asiento, eructó y metió la mano en el bolsillo para coger un cigarrillo.

—Una porquería —dijo.

Rebus trató de hacer un cálculo de los cigarrillos que él había fumado aquel día, pero su cerebro le hizo desistir.

—Me pregunto qué estará haciendo nuestro asesino en este momento —dijo.

—¿Estará terminando de cenar? —aventuró Morton—. John, el problema es que ese tipo podría ser un don nadie, en apariencia respetable, casado, con hijos, el ciudadano medio, un trabajador, pero con un loco en su interior; así de sencillo.

—Ese hombre no tiene nada de sencillo.

—Cierto.

—Pero quizá tengas razón. Te refieres a que se trataría de una especie de doctor Jekyll y mister Hyde, ¿no es eso?

—Exacto —contestó Morton dejando caer ceniza en la mesa, sucia ya de salsa y cerveza. Miraba el plato vacío como pensando adónde había ido a parar la comida—. Jekyll y Hyde. Tú lo has dicho. John, te juro que yo encerraría a esos malnacidos un millón de años, un millón de años aislados en una celda como una caja de zapatos. Eso es lo que haría.

Rebus miró el papel aterciopelado de la pared. Pensaba en sus días de aislamiento, cuando los SAS trataban de hacer que se desmoronara, en aquellos últimos días de la prueba, de gemidos y silencio, inanición y suciedad. No, no volvería a pasar por aquello. Pero no habían podido quebrar su voluntad. No lo habían conseguido. Otros no tuvieron esa suerte.

«Encerrado en la celda, el rostro que grita:

»¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!

»¡Dejadme salir!»

—¿John? ¿Te encuentras bien? Si vas a vomitar, el váter está detrás de la cocina. Escucha, hazme un favor. Cuando pases por delante de la cocina, mira a ver si puedes saber qué es lo que cortan y echan a la cazuela...

Rebus se dirigió con elegancia hacia el servicio con el paso cauteloso de quien está borracho perdido, sin sentirse bebido; no muy bebido. Era intenso el olor a curry, a desinfectante, a mierda. Se lavó la cara. No, no iba a vomitar. No era por haber bebido, era lo mismo que había sentido en casa de Michael, el mismo instante de horror. ¿Qué le ocurría? Era como si su

interior se solidificara, lo retuviera y dejara que el pasado le diera alcance. Se sentía en cierto modo como si entrara en una depresión nerviosa que le estuviera aguardando, pero no era una depresión nerviosa. No era nada. Ya había pasado.

—¿Te llevo a casa, John?

—No gracias. Iré a pie para despejarme.

Se separaron a la salida del restaurante. Un grupo de oficinistas de juerga, las corbatas sueltas ellos y perfume empalagoso ellas, se dirigía a Haymarket Station. Haymarket era la antigua estación de Edimburgo antes de que construyeran la enorme estación de Waverley. Rebus recordaba que la marcha atrás durante el coito para evitar el embarazo solía llamarse «bajarse en Haymarket». ¿Quién decía que los de Edimburgo eran sosos? Una sonrisa, una canción, un estrangulamiento. Se secó el sudor de la frente. Aún sentía la flojera y se apoyó en una farola. Sabía vagamente lo que era. La repulsa de todo su ser hacia el pasado, como si sus órganos vitales rechazaran un trasplante de corazón. Había enterrado el horror del entrenamiento tan profundamente en su cerebro que cualquier eco del mismo le provocaba un violento rechazo. Sin embargo, precisamente en aquel confinamiento había encontrado amistad, fraternidad o camaradería, llámese como se quiera. Y había aprendido sobre sí mismo más de lo que habría sido capaz cualquier otro ser humano. Había aprendido mucho.

No habían quebrado su espíritu. Había triunfado plenamente en el entrenamiento. Pero después tuvo aquella depresión nerviosa.

Basta. Echó a andar. Trató de equilibrar su mente haciendo planes para el día siguiente, su día libre. Lo pasaría leyendo, durmiendo y preparándose para la fiesta; la fiesta de Cathy Jackson.

Y el día siguiente, domingo, excepcionalmente, lo pasaría con su hija. Tal vez más tarde conseguiría discernir qué significado tenían las cartas de aquel chiflado.

8

La niña se despertó con un sabor seco y salado en la boca. Se sentía adormilada, entumecida, y no sabía dónde estaba. Se había quedado dormida en el coche de él. O sea que no había sido antes, antes de que él le diera aquel trozo de chocolate. Ahora estaba despierta, pero no en la cama de su casa. En las paredes de la habitación había fotos en color recortadas de revistas. Algunas eran fotos de soldados de expresión feroz; otras, de chicas y de mujeres. Miró atentamente unas fotos hechas con una Polaroid y agrupadas en una pared. Allí había una foto de ella, dormida en la cama con los brazos abiertos. Abrió la boca y ahogó un grito.

Desde el cuarto de estar, él la oyó moverse y preparó el cordel.

Aquella noche Rebus tuvo otra vez la misma pesadilla. Un beso prolongado seguido de una eyaculación, tanto en el sueño como en la realidad. Se despertó de inmediato y se limpió. Notaba aún la calidez del beso, untuosa, pegada a él como un halo, y sacudió la cabeza para ahuyentarlo. Necesitaba estar con una mujer. Recordó la fiesta que le aguardaba y se relajó un poco. Tenía los labios resecos. Fue a la cocina y encontró una botella de gaseosa; estaba desbravada pero no le importó. Recordó que seguía estando borracho. Si se descuidaba tendría resaca, así que se bebió tres vasos de agua, uno detrás de otro.

Le alegró ver que la luz del piloto seguía encendida. Era un buen presagio. Cuando volvió al dormitorio se acordó incluso de rezar sus

oraciones. El de Allá Arriba se sorprendería y lo anotaría en su libro del haber: «Rebus se ha acordado de mí esta noche». A ver si mañana le concedía un buen día.

Amén.

9

Michael Rebus apreciaba su BMW tanto como amaba la vida, tal vez más. Mientras conducía a toda velocidad por la autopista, dejando atrás el tráfico a su izquierda, como si estuviera congelado, sentía que su coche era la vida en cierto sentido extraño y satisfactorio. Apuntaba el morro del vehículo hacia un punto luminoso en el horizonte y avanzaba hacia el futuro, acelerando sin concesiones a nadie ni a nada.

Eso era lo que le gustaba; lujo sólido y veloz, teclas pulsátiles al alcance de su mano. Tamborileó con los dedos sobre el cuero del volante, toqueteó el radiocasete y reclinó la nuca en el mullido reposacabezas. Soñaba muchas veces con largarse, dejar a la mujer, los hijos y la casa; él solo con su coche. Largarse hacia aquel punto sin detenerse nunca, salvo para comer y repostar, conduciendo hasta morir. Era como una imagen del paraíso, y se sentía muy a gusto fantaseando sobre ella, consciente de que jamás se atrevería a llevarla a la práctica.

La primera vez que tuvo coche se despertaba en plena noche y descorría las cortinas para ver si seguía allí fuera. A veces se levantaba a las cuatro o las cinco de la madrugada y conducía durante varias horas, asombrado de la distancia que podía cubrir en ese tiempo, contento de encontrar las carreteras desiertas, cruzadas sólo por conejos y cuervos, y asustando a claxonazos a las bandadas de pájaros. Aquel primer amor por los coches, aquella libertad de soñar, no habían disminuido.

Ahora la gente miraba su coche. Lo dejaba aparcado en las calles de

Kirkcaldy, se apartaba discretamente y veía cómo lo observaban todos. Los jóvenes, presuntuosos y pletóricos, echaban un vistazo al interior y miraban el cuero y el tablero de mandos como si contemplaran los animales de un zoo; los viejos, algunos de ellos acompañados por sus esposas, echaban una ojeada y a veces escupían, dolidos porque el automóvil representaba lo que ellos querían y no podían tener. Michael Rebus había logrado su sueño, un sueño que podía contemplar cuando le apeteciera.

Pero en Edimburgo despertar tanta admiración dependía de dónde aparcaras. Un día, cuando acababa de aparcar en George Street, se encontró con un Rolls-Royce detrás instándole a dejar libre aquel sitio, y tuvo que volver a encender el motor, furioso y despechado. Finalmente estacionó delante de una discoteca. Sabía que cuando dejas un coche caro ante un restaurante o una discoteca hay gente que te toma por el dueño del local en cuestión; esa idea le complacía enormemente, borró el recuerdo del Rolls-Royce y le procuró nuevas perspectivas a su sueño.

Era estupendo parar en los semáforos, salvo cuando algún motorista imbécil con una de esas máquinas grandes se detenía con gran estruendo tras él o, peor aún, en paralelo junto a la ventanilla. Algunas motos aceleraban tan rápido que más de una vez le habían derrotado miserablemente al salir de un semáforo. Eran ocasiones que procuraba olvidar.

Aquel día detuvo el coche donde le habían dicho: en un aparcamiento situado en la parte alta de Calton Hill. Desde allí se veía Fife por el parabrisas, y por la luneta trasera, Princes Street, que desde allí parecía de juguete. No había nadie; no era la temporada turística y hacía frío. Sabía que por la noche se animaba la zona: carreras de coches, autoestopistas de ambos sexos, fiestas en la playa de Queensferry; la comunidad gay de Edimburgo se mezclaba con los simples curiosos y los solitarios, y de vez en cuando, una pareja cogida de la mano entraba en el cementerio al pie del monte. Cuando oscurecía, el este de Princes Street se convertía en un territorio de peculiar ambiente, de participación. Pero él no iba a compartir su coche con nadie. Su sueño era muy delicado.

Contempló Fife, al otro lado del Firth of Forth, espléndido en la distancia, hasta que un hombre detuvo su coche, muy despacio, al lado del suyo.

Michael se cambió al asiento del pasajero y bajó el cristal de la ventanilla, y el recién llegado hizo lo mismo.

—¿Me lo ha traído? —inquirió.

—Claro —contestó el otro, mirando por el retrovisor; en aquel momento llegaba más gente a la cumbre, ¡una familia!—. Esperemos un minuto —añadió.

Permanecieron un instante contemplando el panorama.

—¿Ningún problema en Fife? —preguntó el hombre.

—Ninguno.

—He oído decir que su hermano fue a verle. ¿Es cierto?

El hombre le miró con dureza. Todo en él irradiaba dureza. Pero su coche era un cacharro. Michael se sentía seguro de momento.

—Sí, pero vino a verme porque era el aniversario de la muerte de nuestro padre.

—¿No sabrá algo?

—En absoluto. ¿Me toma por imbécil o qué?

La mirada del hombre hizo que Michael guardara silencio. Le resultaba un misterio el hecho de que aquel hombre le infundiera tanto temor. Detestaba aquellos encuentros.

—Si ocurre algo —dijo el hombre—, si algo sale mal, usted será el responsable. Lo digo en serio. No vuelva a ver a ese cabrón.

—No fue culpa mía. Se presentó de improviso, sin llamar antes. ¿Qué podía hacer yo?

Se aferraba el volante, paralizado. El hombre volvió a mirar por el retrovisor.

—No hay moros en la costa —dijo, estirando el brazo hacia atrás para coger un paquete y entregárselo a Michael.

Éste comprobó lo que era, sacó un sobre del bolsillo y giró la llave de contacto.

—Nos volveremos a ver, señor Rebus —dijo el hombre mientras abría el sobre.

—Sí —contestó Michael, pensando que preferiría no hacerlo.

Aquel asunto estaba empezando a asustarle. Aquella gente parecía

conocer todos sus movimientos. Pero sabía que, de todos modos, el temor se desvanecía sustituido por la euforia en cuanto liquidaba lo que recibía y se embolsaba el beneficio. Entonces el miedo se transformaba en euforia, y eso le hacía seguir en el negocio. Era comparable al acelerón más fuerte que pudiera uno dar al salir de un semáforo.

Jim Stevens, al acecho desde la extravagante construcción victoriana de la cumbre del monte, una absurda réplica de templo griego sin terminar, vio marcharse a Michael Rebus. Aquello no era nada nuevo para él; le interesaba más la conexión en Edimburgo, un desconocido a quien no conseguía localizar, un hombre que le había dado esquinazo dos veces y que seguramente volvería a hacerlo. Nadie sabía quién era aquel hombre misterioso y nadie tenía ningún interés en averiguarlo. La gente barruntaba el peligro. Stevens se sintió impotente y viejo; lo único que podía hacer era anotar el número de matrícula del coche. Pensó que tal vez a McGregor Campbell le serviría el dato, pero no quería que Rebus se enterase. Se sentía empantanado en mitad de un camino que estaba resultando más complicado de lo que había pensado.

Tiritando, trató de convencerse a sí mismo de que le gustaba que las cosas fuesen así.

10

—No te conozco, pero pasa, pasa.

Unas personas a las que no conocía de nada cogieron el abrigo y los guantes de Rebus, más la botella de vino que traía, y se vio sumergido en una de esas fiestas tan concurridas, ruidosas y llenas de humo, en las que es fácil sonreír a todo el mundo pero resulta casi imposible conocer a nadie. Del vestíbulo pasó a la cocina y, a través de otra puerta, a la sala de estar.

Habían puesto contra la pared las sillas y la mesa, y el espacio libre estaba atestado de parejas que se contorsionaban entre gritos, los hombres sin corbata y con la camisa pegada al cuerpo.

Al parecer, la fiesta había comenzado antes de lo que él pensaba.

Vio algunas caras conocidas entre la gente sentada en el suelo, a dos inspectores, a quienes casi tuvo que pasar por encima para entrar en la sala. Vio que en la mesa, al fondo, había botellas y vasos de plástico, y le pareció un buen punto de observación, menos arriesgado que otros.

Pero el problema era llegar hasta allí; vinieron a su memoria los entrenamientos de asalto de su época en el ejército.

—¡Eh, hola!

Cathy Jackson, moviéndose como una muñeca de trapo, se le vino encima durante unos instantes y se alejó, llevada por un tipo grandullón —muy grandullón— con el que fingía bailar.

—Hola —dijo Rebus con un intento de sonrisa que pareció más bien una mueca.

Consiguió llegar al punto relativamente seguro de la mesa con bebidas y se sirvió un chupito de whisky. Eso para empezar. A continuación observó cómo Cathy Jackson (por quien se había bañado, acicalado, cepillado, peinado y echado colonia) metía la lengua en la cavernosa boca de su pareja. Casi le daban náuseas. ¡Su previsible pareja para la velada se escaqueaba! Así aprendería a ser optimista. ¿Y ahora, qué? ¿Largarse discretamente o inventar cualquier cosa para iniciar una conversación con alguien?

Un hombre fornido que, con toda evidencia, no era policía, salió de la cocina en aquel momento y, con un pitillo en la boca y un vaso vacío en cada mano, se acercó a la mesa.

—Qué desastre —exclamó sin dirigirse a nadie en particular, mientras buscaba entre las botellas—, esto es bastante aburrido, ¿no? Perdone que lo diga.

—Sí, un poco.

«Bueno, ya está; ya he hablado con alguien. Ya se ha roto el hielo, así que aún estoy a tiempo de largarme sin llamar la atención», pensó Rebus.

Pero no se marchó. Vio que el hombre rehacía con habilidad el embrollado camino entre los que bailaban, llevando los vasos en la mano como si fueran dos cachorrillos, y contempló cómo, siguiendo el estruendo de otro disco que sonaba en el invisible aparato de música, los bailarines reanudaban su danza de guerra. También vio entrar en la estancia a una mujer que parecía sentirse tan absolutamente incómoda como él, y alguien señaló hacia la mesa donde él se había situado.

Tendría más o menos la misma edad que él y se le notaban los años. Vestía un traje bastante a la moda (¿quién era él para opinar de moda?, pensó; su propio traje, entre aquella concurrencia, parecía un atuendo de funeral), había pasado hacía poco por la peluquería, tal vez aquella misma tarde, y llevaba gafas de secretaria, pero no era una secretaria. Captó todo eso de una ojeada, mientras veía como ella se abría paso hacia él.

Le ofreció un Bloody Mary recién servido.

—¿He acertado con el cóctel? —dijo alzando la voz por encima del estruendo.

Ella apuró la bebida y respiró profundamente mientras él volvía a llenar el

vaso.

—Gracias —dijo—. Normalmente no bebo, pero muchas gracias.

«Magnífico; Cathy Jackson pierde la cabeza y la moral, y a mí me cae una abstemia», pensó Rebus con ojos risueños. Pero pensar eso estaba mal; la recién llegada no se lo merecía, y se arrepintió mentalmente.

—¿Le apetece bailar? —preguntó para redimirse.

—¿Lo dice en serio?

—Pues, sí. ¿Ocurre algo?

Rebus, en su faceta machista, no podía creérselo. Era inspectora y, además, oficial de enlace con la prensa en el mismo caso de asesinato.

—Oh —replicó— es que yo trabajo en el mismo caso.

—John, mire lo que le digo, si el caso sigue a este ritmo acabarán trabajando en él todos los policías, ya sean hombres o mujeres, de Escocia. Como lo oye.

—¿Qué quiere decir?

—Que ha habido otro secuestro. Una mujer ha denunciado esta tarde la desaparición de su hija.

—Mierda. Disculpe.

Habían bailado y bebido, se habían separado y vuelto a encontrar, y parecían hacer buenas migas. Estaban en el pasillo, apartados del barullo de la pista de baile. La cola para entrar al único baño del apartamento comenzaba a alborotarse al final del pasillo.

De pronto, Rebus se encontró mirando a través de las gafas de Gill Templer y viendo, más allá del vidrio y el plástico, aquellos ojos verde esmeralda. Quería decirle que nunca había visto unos ojos tan bonitos, pero temía que se lo tomara como un cliché. Ella bebía ahora zumo de naranja, mientras él seguía con el whisky para «soltarse», aunque sin esperar nada especial de la velada.

—Hola, Gill.

Rebus vio a su lado al hombre fornido con quien había intercambiado unas palabras junto a la mesa de las bebidas.

—Cuánto tiempo.

El hombre trató de darle un beso en la mejilla a Gill Templer, pero lo único que consiguió fue trastabillar y besar la pared.

—Jim, ¿te has pasado con la bebida? —comentó ella con frialdad.

El aludido se encogió de hombros y miró a Rebus.

—Todos tenemos nuestra cruz, ¿verdad? —dijo tendiéndole la mano—. Jim Stevens.

—Ah, ¿el periodista? —inquirió Rebus estrechando brevemente la mano cálida y sudada del reportero.

—Te presento al sargento John Rebus —terció Gill Templer.

Rebus advirtió que Stevens se sonrojaba y miraba con ojos de liebre asustada, aunque lo disimuló de inmediato.

—Encantado —dijo, y añadió señalando con la cabeza—: Gill y yo nos conocemos desde hace tiempo, ¿verdad, Gill?

—No tanto como tú crees, Jim.

Él se echó a reír y miró a Rebus.

—Es que es muy tímida —dijo—. He oído que han matado a otra niña.

—Jim tiene espías por todas partes.

Stevens se dio unos golpecitos en su nariz enrojecida, sonriendo a Rebus.

—Por todas partes —repitió—, y llego a todas partes.

—Sí, este Jim sabe cómo hacerse invisible —dijo Gill con voz glacial, manteniendo los ojos a resguardo tras el vidrio y el plástico.

—¿Mañana habrá otra rueda de prensa, Gill? —preguntó Stevens mientras buscaba en los bolsillos un paquete de tabaco perdido hacía rato.

—Sí.

El periodista puso una mano en el hombro de Rebus.

—Gill y yo nos conocemos hace tiempo.

Dicho lo cual se alejó, volviéndose para saludarlos con la mano sin esperar respuesta, mientras seguía buscando sus cigarrillos y archivaba mentalmente el rostro de Rebus.

Gill Templer suspiró y se recostó en la pared donde había aterrizado el beso de Stevens.

—Es uno de los mejores periodistas de Escocia —dijo a modo de

resumen.

—¿Y su trabajo consiste en tratar con gente como él?

—No es tan fiero como parece.

En la sala de baile se entabló una discusión.

—Vaya —comentó Rebus sonriendo—, ¿habrá que llamar a la policía o prefiere ir a un restaurante que yo conozco?

—¿Es para ligar?

—Tal vez. Usted sabrá, que es policía.

—Bien, sea lo que sea, sargento Rebus, tiene suerte porque me muero de hambre. Voy a por mi abrigo.

Rebus, más contento consigo mismo, recordó que él también tenía un abrigo en alguna parte. Lo encontró en un dormitorio, junto con los guantes y —oh, sorpresa— la botella de vino incólume. Se la guardó en el bolsillo, interpretándolo como un signo divino de que la necesitaría más tarde.

Gill fue a otro dormitorio a rebuscar en un montón de abrigos que había encima de la cama. Bajo la colcha parecía haber un acoplamiento, y el conjunto de abrigos y ropa de cama se encrespaba y sacudía como una gigantesca ameba. Gill, conteniendo la risa, logró por fin dar con su abrigo y se reunió con Rebus, que la esperaba en la puerta con gesto cómplice.

—Adiós, Cathy. Gracias por invitarme —dijo él en voz alta antes de darse la vuelta.

Oyeron un grito sofocado, tal vez a modo de respuesta, procedente de debajo de las sábanas, y Rebus, con los ojos muy abiertos, sintió que sus fibras morales se desmigaban como un bizcocho.

Se sentaron en el taxi guardando cierta distancia.

—¿Así que hace mucho que conoce a ese Stevens?

—Es un recuerdo exclusivamente suyo —contestó ella sin dejar de mirar al frente, hacia la calle mojada—. Pero la memoria de Jim ya no es lo que era. No, en serio, salimos una vez y punto —añadió alzando un dedo—. Creo que fue un viernes por la noche. Desde luego, fue un grave error.

Rebus se contentó con aquella explicación. Volvía a sentir hambre.

Pero cuando llegaron al restaurante estaba cerrado —incluso para Rebus — y él le dio al taxista la dirección de su casa.

—Soy un hacha haciendo bocadillos de beicon —dijo.

—Lo siento, pero soy vegetariana —dijo ella.

—Dios mío, ¿no come verduras?

—¿Por qué será que los carnívoros siempre tienen que hacer chistes con eso? —replicó ella en tono irónico—. Igual que hacen los hombres con las feministas. ¿Por qué?

—Porque nos dan miedo —respondió Rebus, repentinamente sereno.

Gill le miró, pero él observaba por la ventanilla a los borrachos noctámbulos que sorteaban obstáculos del suelo en Lothian Road en busca de alcohol, mujeres, felicidad. Para algunos era una búsqueda interminable; entraban y salían tambaleándose de las discotecas y los pubs, de las tiendas de comida para llevar, royendo los huesos empaquetados de su existencia. Lothian Road era el vertedero de Edimburgo. Pero también contaba con el hotel Sheraton y el Usher Hall. Rebus había estado una vez en el Usher Hall con Rhona y un público de espíritus afines para escuchar la misa de Réquiem de Mozart. Era muy propio de Edimburgo ofrecer unas migajas de cultura entre tiendas de comida rápida. Una misa de Réquiem y un paquete de patatas fritas.

—Bueno, ¿qué tal va su cometido de enlace con la prensa?

Estaban sentados en su cuarto de estar, rápidamente despejado. Su gran orgullo y placer, un casete Nakamichi, reproducía una cinta de su selecta colección de jazz para horas nocturnas; Stan Getz o Coleman Hawkins.

Calentó una rodaja de atún y preparó sándwiches de tomate, dado que Gill había reconocido que a veces comía pescado. Abrió la botella de vino y preparó una cafetera de café recién molido, un lujo que reservaba exclusivamente para el desayuno de los domingos. Ahora estaba sentado frente a su invitada, observándola comer, y pensó —con cierto sobresalto— que era la primera mujer que invitaba a su casa desde que Rhona le había dejado, pero por su mente cruzaron borrosamente un par de ligues de una

noche.

—La tarea de enlace con la prensa está bien. No es una pérdida de tiempo absoluta, ¿sabe? Hoy en día cumple un objetivo útil.

—Ah, no lo pongo en duda.

Ella le miró y consideró hasta qué punto hablaba en serio.

—Bueno —prosiguió ella—, sé de muchos colegas que piensan que mi trabajo es una pérdida de tiempo y de recursos humanos. Pero créame, en un caso como éste es absolutamente crucial que mantengamos a los medios de comunicación de nuestra parte, facilitándoles la información que nos interesa que publiquen cuando conviene que la publiquen. Eso sirve para evitar muchos problemas.

—Bravo, bravo.

—No se burle, granuja.

Rebus se echó a reír.

—Yo siempre soy muy serio. Policía cien por cien.

Gill Templer volvió a mirarle. Tenía verdaderamente ojos de inspectora: taladraban la conciencia, hurgaban en la culpabilidad, sondeaban la astucia, se clavaban en uno para obligarle a ceder.

—Y siendo oficial de enlace —dijo Rebus—, tendrá que... enlazar muy de cerca con la prensa, ¿no?

—Ya veo dónde quiere ir a parar, sargento Rebus, y como soy su superiora, le ordeno que no siga.

—¡A la orden, señora! —exclamó Rebus haciendo un conciso saludo militar.

Volvió de la cocina con otra cafetera.

—¿Verdad que la fiesta era horrorosa? —inquirió Gill.

—Es la primera fiesta a la que he ido en mi vida —contestó Rebus—. Pero bueno, gracias a ella la he conocido.

Ella soltó una carcajada con la boca llena de atún, pan y tomate.

—Está loco —exclamó ella—. Loco.

Rebus enarcó las cejas sonriendo. ¿Había perdido la costumbre? No, no. Qué milagro.

Instantes después ella tuvo que ir al baño. Rebus fue a cambiar la cinta y

pensó en lo limitados que eran sus gustos musicales. ¿Qué grupos eran esos que ella había mencionado?

—En el pasillo a mano izquierda —dijo.

Cuando volvió del baño sonaba otra vez jazz, a veces tan suave que apenas se oía. Rebus volvió a sentarse.

—¿Qué es esa habitación enfrente del baño, John?

—Era el cuarto de mi hija —contestó él, sirviendo café—, pero ahora está llena de trastos. No la uso.

—¿Cuándo se separaron su mujer y usted?

—Más tarde de lo que debíamos. Lo digo en serio.

—¿Qué edad tiene su hija? —añadió ella, ahora con un tono maternal, casero, muy distinto a las inflexiones hirientes de la soltera profesional.

—Casi doce —contestó él—. Casi doce años.

—Una edad difícil.

—Todas lo son.

Cuando se terminó el vino y ya no les quedaba más que media taza de café, uno de los dos sugirió ir a la cama. Intercambiaron unas tímidas sonrisas y promesas rituales de no comprometerse a nada y, una vez acordado el pacto, se encaminaron en silencio hacia el dormitorio.

El asunto empezó bastante bien. Los dos eran maduros y conocían de sobra el juego como para andarse con remilgos. A Rebus le impresionó la agilidad y la inventiva de ella y esperaba que a ella le impresionara la suya. Gill arqueó la columna vertebral para entrelazarse plenamente con él, propiciando el introito definitivo.

—John —susurró, apretándose contra él.

—¿Qué?

—Nada. Voy a darme la vuelta.

Rebus se arrodilló y ella le dio la espalda con las piernas abiertas, apoyando las yemas de los dedos en la pared desnuda, a la espera. Él, en la breve pausa, miró el cuarto a su alrededor, la tenue luz azul que bañaba los libros, los bordes del colchón.

—Oh, un futón —había comentado ella, desvistiéndose rápidamente mientras él sonreía sin decir nada.

...

Le daba vueltas la cabeza.

—Vamos, John, vamos.

Se inclinó sobre ella, con el rostro en su espalda. Había hablado de libros con Gordon Reeve durante el cautiverio; había hablado sin parar, recitándolos de memoria; estaban encerrados y aislados, oyendo las torturas en la celda contigua. Pero habían aguantado. Era el objetivo del entrenamiento.

—John, oh, John.

Gill se incorporó y volvió la cabeza hacia él, pidiendo un beso. Gill, Gordon Reeve, pidiéndole algo, algo que no podía darle. A pesar del entrenamiento, a pesar de los años de práctica, de los años de trabajo y perseverancia.

—¿John?

Pero él estaba ahora en otro lugar, dentro del campamento, cruzando penosamente un terreno embarrado, con el oficial gritándole «¡Más rápido!», en aquella celda, mirando una cucaracha cruzar el suelo sucio, en el helicóptero, con una bolsa en la cabeza, sintiendo en sus oídos el oleaje del mar...

—¿John?

Ella se dio la vuelta con dificultad, preocupada. Vio las lágrimas a punto de asomar por sus ojos y apretó su cara contra la de él.

—Oh, John. No importa. De verdad que no.

Y un instante después añadió:

—¿No te gusta hacerlo así?

Permanecieron tumbados, él con mala conciencia y maldiciendo los motivos de su trastorno y el hecho de haberse quedado sin cigarrillos; ella, adormecida, cariñosa, susurrándole cosas de su vida.

Al cabo de un rato se desvaneció el sentimiento de culpabilidad de Rebus; al fin y al cabo no tenía por qué sentirse culpable. Lo único que sentía era la evidente falta de nicotina. Recordó que tenía que ver a Sammy dentro de seis horas y pensó que la madre de su hija sabría, instintivamente, lo que él, John

Rebus, había estado haciendo unas horas antes. Tenía el don de leer el alma con una excepcional sagacidad y había sido testigo, y muy directo, de sus inesperadas crisis de llanto, responsables en parte —suponía— de su ruptura.

—¿Qué hora es, John?

—Las cuatro. Un poco más tarde, quizás.

Sacó el brazo de debajo de ella y se levantó para salir del cuarto.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó.

—¿Como qué?

—No sé; café... No creo que valga la pena echar un sueño, pero si estás cansada...

—No, tomaré un café.

Rebus se dio cuenta por el tono de voz y la forma de hablar entre dientes que se quedaría dormida antes de que él llegara a la cocina.

—De acuerdo —dijo.

Se preparó una taza de café fuerte y muy dulce, y se sentó en un sillón para tomárselo. Conectó la estufa de gas del cuarto de estar y se puso a leer un libro. Tenía que ver a Sammy y su mente huía de la historia de intriga del libro que no recordaba haber empezado. Sammy iba a cumplir doce años, había superado unos años de riesgo y ahora le aguardaban otros peligros inminentes: perversos, viejos que se la comerían con los ojos, machitos acosadores y, además, los impulsos propios de los chicos de su edad, sin olvidar el hecho de que los que consideraba amigos se convertirían pronto en insistentes perseguidores. ¿Saldría bien librada de todo eso? Si su madre colaboraba, saldría admirablemente bien, sabría resistir y esquivar las situaciones. Sí, podría superarlo sin los consejos y la protección del padre.

Los jóvenes eran más fuertes hoy en día. Pensó en su juventud; su hermano Michael era el más pequeño y él se pegaba por los dos. Y, cuando volvían a casa, a quien su padre mimaba era a Michael; él se hundía en el mullido sofá queriendo desaparecer... algún día; ya lo lamentarían, lo lamentarían...

A las siete y media entró en el perfumado dormitorio, que olía a sexo y a madriguera, y despertó a Gill con un beso.

—Es hora de levantarse —dijo—. Te preparo un baño.

Olía bien; como una niña envuelta en una toalla caliente. Admiró las formas de aquel cuerpo acurrucado estirándose bajo la luz tenue y desvaída del sol. Desde luego era un cuerpo estupendo, sin estrías; unas piernas impecables y un cabello despeinado muy incitante.

—Gracias.

Tenía que estar en jefatura a las diez para coordinar la siguiente conferencia de prensa. Había mucho trabajo. El caso seguía creciendo como un cáncer. Rebus llenó la bañera, frunciendo el ceño al ver señales de mugre. Necesitaba una mujer de la limpieza. Tal vez Gill la limpiaría.

«Otra indelicadeza. Disculpas.»

El remordimiento le hizo pensar en ir a la iglesia. Al fin y al cabo, era domingo y hacía semanas que se prometía hacerlo, encontrar alguna otra iglesia en Edimburgo y probar otra vez.

Detestaba la religión de los feligreses; detestaba las sonrisas y la forma de ser de los protestantes escoceses, ese énfasis en una comunión no con Dios sino con el prójimo. Había probado en siete iglesias de diversa denominación y ninguna le había gustado. Intentó permanecer en casa los domingos y sentarse dos horas a leer la Biblia y rezar, pero tampoco dio resultado. Estaba atascado: era un creyente alejado de la fe. ¿Le bastaba a Dios la fe personal? Tal vez, pero no una fe como la suya, que parecía depender de su sentimiento de culpa y de su hipocresía cada vez que pecaba; un sentimiento de culpa que sólo se mitigaba en la congregación pública de fieles.

—¿Está listo el baño, John?

Gill se arregló el pelo, desnuda y desenvuelta, sin coger las gafas del dormitorio. John Rebus vio el riesgo que corría su alma. Al cuerno, pensó, agarrándola por la cintura. Siempre habría tiempo para la contrición.

Tuvo que pasar la fregona por el suelo del baño; resultado empírico de que el principio de Arquímedes se había verificado una vez más. El agua lo había inundado todo como hidromiel y él había estado a punto de ahogarse.

Pero se sentía bien.

—Dios, soy un pobre pecador —musitó mientras Gill se vestía.

Cuando cruzó la puerta del piso ya había recuperado su empaque y su actitud de eficiencia, como si saliera de una visita oficial de veinte minutos.

—¿Podemos quedar otro día? —preguntó él.

—Podemos —contestó ella, hurgando en el bolso. A Rebus le intrigaba por qué las mujeres siempre hacían eso, sobre todo en las películas de misterio, después de haberse acostado con un hombre. ¿Sospechaban que el hombre les había quitado algo?—. Pero será difícil —prosiguió— tal como evoluciona el caso. Prometámonos que estaremos en contacto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Esperaba que ella advirtiera la desilusión en su voz, la decepción del niño al que le han negado lo que pedía.

Se dieron un último beso, con los labios laxos, y ella se marchó. Pero su perfume permaneció flotando y Rebus aspiró con fuerza antes de disponerse a emprender la jornada. Encontró una camisa y unos pantalones que no apestaban a tabaco, se los puso despacio, complaciéndose ante su imagen en el espejo del baño, con los pies húmedos y tarareando una melodía.

La vida valía la pena a veces. A veces.

11

Jim Stevens se metió otras tres aspirinas en la boca y las deglutió con zumo de naranja. Ya era una ignominia que le vieran en un bar de Leith tomando zumo de fruta, pero es que tan sólo la idea de beberse un simple vaso de rica y espumosa cerveza le daba náuseas. Había bebido demasiado en aquella fiesta; demasiado, sin parar y en excesivos combinados.

Leith comenzaba a mejorar. Algún poder fáctico había decidido quitarle el polvo y lavarle la cara. Abrían nuevos cafés de estilo francés y vinaterías, viviendas estudio y tiendas de delicatessen. Pero seguía siendo Leith, el viejo puerto, que conservaba aún el eco de su ajetreado pasado, cuando descargaban allí los toneles de vino de Burdeos que se vendían al por menor en plena calle, en carros tirados por un caballo. Si algo le quedaba a Leith era su mentalidad portuaria y las tradicionales tabernas de puerto.

—¡Dios! —clamó una voz a sus espaldas—. Si es el hombre que todo lo toma doble, hasta los refrescos.

Una manaza, el doble de grande que la suya, aterrizó en el hombro de Stevens. El hombre moreno se acomodó en un taburete a su lado sin quitarle la mano del hombro.

—Hola, Podeen —dijo Stevens, que comenzaba a sudar en aquel ambiente cargado.

Sentía las palpitaciones terminales de la resaca; notaba el olor a alcohol que exudaban sus poros.

—Señor mío, James, muchacho, ¿qué es eso que tomas? Camarero, ponle

rápidamente un whisky. ¡Se va a atrofiar con zumo infantil!

Podeen apartó con un gruñido la mano del hombro del periodista lo justo para aliviar el peso y volvió a dejarla caer con un palmetazo. Stevens sintió las vísceras removerse en una protesta.

—¿Puedo hacer algo por ti hoy? —inquirió Podeen en voz mucho más baja.

Big Podeen había sido marinero veinte años y su cuerpo era un muestrario de cicatrices y muescas recibidas en mil puertos. Stevens no sabía cómo se ganaba ahora la vida ni quería saberlo; trabajaba ocasionalmente de gorila en los pubs de Lothian Road y otros dudosos establecimientos de bebidas de Leith, pero eso no era más que la punta del iceberg de sus ingresos. Había tanta suciedad en los dedos de Podeen que era muy posible que sus ingresos económicos procedieran de escarbar a mano el fértil suelo.

—Pues no, Jefe, no. Estoy meditando.

—Por favor, invítame a desayunar. Con ración doble de todo.

El camarero, casi haciendo un saludo militar, se alejó a encargarse la comanda.

—¿Lo ves, Jimmy? —añadió Podeen—. Tú no eres el único que lo toma todo doble.

La mano volvió a apartarse de la espalda de Stevens, y éste se encogió a la espera de otro palmetazo, pero esta vez fue un brazo lo que aterrizó junto a él sobre la barra. Stevens suspiró profundamente.

—Buena movida anoche, ¿eh, Jimmy?

—Ojalá la recordase.

Se había quedado dormido en un dormitorio Dios sabe a qué hora. Luego entró una pareja que lo llevó al cuarto de baño y lo dejó en la bañera, y allí estuvo durmiendo un par de horas o tres. Lo despertó un insoportable dolor en el cuello, la espalda y las piernas; tomó café como un poseso y después salió al frío del amanecer, charló en una tienda de prensa con unos taxistas y se sentó en la garita del portero de uno de los hoteles de Princes Street a tomar un té y hablar de fútbol con el vigilante de noche. Pero sabía que acabaría allí, en Leith, porque era su día libre y volvería a indagar el caso de las drogas, su niña bonita.

—¿Hay mucha droga por aquí en este momento, Jefe?

—Oh, bueno, depende de lo que busques, Jimmy. Se comenta que andas metiendo demasiado la nariz en todo. Más te valdría ocuparte sólo de las drogas blandas y olvidarte de las duras.

—¿Eso es un aviso, una amenaza o qué?

Stevens no estaba de humor para que le intimidasen de buena mañana, con aquella resaca dominical.

—Es un consejo amistoso, un consejo de amigo.

—¿Quién es el amigo, Jefe?

—Yo, estúpido. No seas tan desconfiado. Escucha, hay algo de cannabis, pero nada más. A Leith ya no llega droga. Ahora la llevan a la costa de Fife o a Dundee. Hay sitios en donde han desaparecido los de aduanas. Ésa es la verdad.

—Lo sé, Jefe, lo sé. Pero aquí va a llegar un cargamento. Lo he visto. No sé de qué es, ni si es droga dura o blanda. Pero he visto pasarla. Y hace bien poco.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde?

—En Calton Hill.

Podeen sacudió la cabeza.

—Pues eso no tiene nada que ver con los que yo pueda saber, Jimmy.

Stevens sabía que el gigantón sabía que él era de fiar, y que siempre le pasaba información que valía la pena, pero sólo la que le facilitaban quienes estaban interesados en que él se enterara de algo. Así pues, los traficantes de heroína le transmitían por medio de Podeen información sobre cannabis, y si él indagaba en el asunto, había probabilidades de que la policía sorprendiera a los culpables y el terreno quedase limpio para la demanda de heroína. Era una buena treta, una buena estratagema. Había mucho en juego. Pero Stevens conocía mejor el negocio y sabía que había un acuerdo tácito para que no descubriera a los peces gordos, porque en ese caso quedarían al descubierto empresarios y burócratas de Edimburgo, terratenientes con título y propietarios de Mercedes de la Ciudad Nueva.

Y eso no iban a consentirlo. Por eso le revelaban cosas sin trascendencia para que las rotativas siguieran funcionando y las malas lenguas propalaran que Edimburgo se estaba convirtiendo en una ciudad horrible. Siempre un poco de información, nunca el lote completo. Stevens lo comprendía. Hacía tanto tiempo que andaba metido en esto que a veces ni sabía de qué lado jugaba. En definitiva, poco importaba.

—¿Tú no sabes nada?

—Nada, Jimmy. Pero ya husmearé por ahí; eso haré. Oye, lo que sí hay es un nuevo bar cerca de la exposición de Mackay. ¿Sabes dónde está?

Stevens asintió con la cabeza.

—Pues —prosiguió Podeen—, tiene fachada de bar, pero en la parte de atrás es un burdel. Hay una camarera guapísima que se lo hace por las tardes. Por si te interesa.

Stevens sonrió. Así que uno nuevo intentaba abrirse camino en la zona y a los veteranos, a los jefes finales de Podeen, no les gustaba. Por eso le daban a él, Jim Stevens, cierta información, para que cerraran el negocio del nuevo si a él le apetecía. Desde luego, el asunto daría para un buen titular, pero sería flor de un día.

¿Por qué no llamaban sencillamente a la policía? Sí, aunque al principio le sorprendía ese modo de proceder, ahora sabía la respuesta: porque actuaban conforme a las viejas reglas de no dar el soplo al enemigo. A él le reservaban el papel de mensajero, un mensajero con poder dentro del sistema. Un modesto poder, pero mayor que el de hacer las cosas siguiendo el conducto reglamentario.

—Gracias, Jefe, tomo nota.

Llegó el desayuno; un montón de beicon ondulado y brillante, dos huevos fritos casi transparentes, champiñones, pan frito y judías. Stevens apartó la vista y la fijó en la barra, como si estuviera muy interesado en un posavasos aún húmedo de la noche del sábado.

—Me llevo esto para comérmelo en la mesa, ¿de acuerdo, Jimmy?

—Bien, bien, Jefe.

—Hasta luego.

Se quedó solo, oliendo el tufo de la comida. Vio que el camarero estaba

frente a él con la mano grasienta extendida.

—Dos libras con sesenta —dijo.

Stevens suspiró. A cuenta de la experiencia, o de la resaca, pensó mientras pagaba. Bueno, la fiesta sí había valido la pena, porque había conocido a John Rebus. Rebus era amigo de Gill Templer. Aquello era algo raro, pero interesante. Desde luego, Rebus era interesante, aunque físicamente no se parecía en nada a su hermano. Le había parecido una persona franca, pero ¿cómo se sabe por las apariencias si un policía es corrupto? Estaría podrido por dentro. Así que Rebus salía con Gill Templer. Recordó la noche que había estado con ella y se estremeció. Había sido uno de sus peores momentos.

Encendió un cigarrillo, el segundo del día. Aún tenía la cabeza embotada, pero el estómago se le iba asentando. Tal vez, incluso, le entrasen ganas de comer. Rebus parecía un tipo poderoso, pero no tanto como debió de serlo diez años atrás. En aquel momento estaría en la cama con Gill Templer. Cabrón, afortunado cabrón. Notó en el estómago un leve sobresalto de celos. Sabía bien el cigarrillo; le devolvía vida y fuerzas, o eso parecía. Pero sabía que aquello le estaba matando y que le ennegrecía las entrañas. Al diablo con ello. Fumaba porque sin tabaco no podía pensar. Y en aquel momento estaba pensando.

—Eh, ponme uno doble, por favor.

El camarero se acercó.

—¿Otro zumo de naranja?

Stevens le miró desconcertado.

—No seas tonto, un whisky doble —dijo—. Grouse, si es lo que tienes en esa botella de Grouse.

—Aquí no hacemos trucos de esos.

—Me alegra saberlo.

Se tomó el whisky y se sintió mejor; pero enseguida volvió a sentirse peor. Fue al servicio, pero el hedor le hizo sentirse todavía peor. Se inclinó sobre el lavabo y echó unas babas con líquido entre fuertes arcadas, pero no pudo vomitar. Tenía que dejar la bebida. Tenía que dejar de fumar. Le estaban matando, pero también eran lo único que le mantenía vivo.

Se acercó a la mesa de Big Podeen sudoroso, sintiéndose viejo.

—Un desayuno estupendo, ya lo creo que sí —comentó el gigantón con los ojos brillantes, como un niño.

Stevens se sentó a su lado.

—¿Qué se sabe de polis corruptos? —inquirió.

12

—Hola, papá.

Tenía once años pero parecía mayor, hablaba y sonreía como una joven, como si fuese casi a cumplir veintiuno. Ése era el resultado de que su hija viviera con Rhona. Al darle un beso en la mejilla pensó en la despedida de Gill. Olía a perfume y llevaba una leve sombra de maquillaje en los ojos.

Sintió deseos de matar a Rhona.

—Hola, Sammy —dijo.

—Mamá dice que, como ya voy siendo mayor, deberían llamarme Samantha, pero bueno, creo que no importa que tú me llames Sammy.

—Ah, bien; tu madre tiene razón, Samantha.

Miró de reojo a su mujer que se alejaba; una silueta lograda gracias al sometimiento férreo del cuerpo al corsé, y observó complacido que no se conservaba tan bien como él había creído a través de sus escasas conversaciones por teléfono. Ahora, sin mirar atrás, subía al coche, un modelo pequeño y caro, pero con una abolladura lateral que levantó la moral de Rebus.

Rememoró cuánto se había deleitado haciendo el amor con aquel cuerpo; la carne suave —el relleno, como ella decía— de sus muslos y de su espalda. Un momento antes ella le había dirigido una mirada de frialdad y extrañeza, cuando advirtió en sus ojos aquel brillo de la satisfacción sexual, y acto seguido dio media vuelta. Así que, efectivamente, aún podía leer en su corazón.

—Bueno, ¿qué te gustaría hacer?

Se habían detenido a la entrada del parque de Princes Street, cerca de los lugares más turísticos de Edimburgo. Por Princes Street, con sus tiendas cerradas en domingo, deambulaban algunos peatones, y en los bancos del parque había gente echando migas a las palomas y a las ardillas canadienses, o leyendo los periódicos del domingo. Al fondo se alzaba el Castillo, con su bandera ondeando briosa al viento. El misil gótico del monumento a Escocia señalaba religiosamente a los fieles la dirección correcta, pero a los turistas que lo fotografiaban con sus costosas cámaras japonesas no parecía interesarles mucho las connotaciones simbólicas del monolito ni les importaba como tal, sólo querían tomar una instantánea para enseñársela a sus amistades al volver a su país. Los turistas dedicaban tanto tiempo a fotografiar cosas que realmente no veían nada, a diferencia de los grupos de jóvenes, tan ocupados en disfrutar de la vida e indiferentes a captar falsas impresiones de la misma.

—Bueno, ¿qué te gustaría hacer?

Estaban en la versión turística de la capital. A los turistas no les interesaban las barriadas periféricas; nunca se aventurarían por Polton, Niddrie o Oxfords, ni tendrían que entrar en ningún edificio con meadas a detener a nadie; no les impresionarían los camellos y los yonquis de Leith, la habilidosa corrupción de los prohombres de la ciudad ni los pequeños hurtos de una sociedad tan abocada al materialismo que robar era la única reacción ante lo que consideraban como necesario. Y, casi con toda seguridad, no sabrían nada (al fin y al cabo no venían a Edimburgo a leer los periódicos y ver la televisión) de la nueva estrella de los medios de comunicación, el asesino de niñas que la policía no había logrado capturar aún, el asesino que traía de cabeza a las fuerzas de la ley y el orden, carentes de pistas, de indicios, sin ninguna maldita posibilidad de atraparle hasta que cometiera algún error. Sentía lástima por Gill por su trabajo. Sentía lástima por Edimburgo, por sus maleantes y bandidos, sus prostitutas y jugadores, sus eternos perdedores y ganadores.

—Bueno, ¿qué te gustaría hacer?

Su hija se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Pasear? ¿Comer una pizza? ¿Ir al cine?
Pasearon.

John Rebus conoció a Rhona Phillips cuando acababa de entrar en la policía. Antes de ingresar en el cuerpo había sufrido una depresión nerviosa («¿Por qué dejaste el ejército, John?») de la que se recuperó en un pueblo pesquero de la costa de Fife, aunque a Michael no le dijo nada de aquella cura de reposo.

En sus primeras vacaciones desde que ingresó en el cuerpo —sus primeras auténticas vacaciones en años, pues la anteriores las había dedicado a preparar los exámenes—, Rebus volvió a aquel pequeño pueblo, y allí conoció a Rhona. Era maestra, había pasado por un lamentable y breve matrimonio, y vio en John Rebus un marido firme y responsable, una persona batalladora, pero también alguien a quien ofrecer cariño, ya que su fortaleza no acababa de ocultar alguna flaqueza interior. Pronto pudo comprobar que le atormentaban sus años en el ejército y, sobre todo, su paso por los «servicios especiales»; había noches en que se despertaba llorando, y a veces rompía en llanto en silencio cuando hacían el amor, y sus gruesas lágrimas humedecían sus pechos. No hablaba mucho de aquello y ella no insistía; sabía que él había perdido un amigo durante el curso de entrenamiento. Era todo cuanto sabía, y él se acogía a la faceta infantil y maternal de ella. A Rhona le parecía ideal. Demasiado ideal.

No era el hombre ideal. Él no habría debido casarse. Vivieron bastante felices; Rhona enseñaba literatura inglesa en Edimburgo hasta que nació Samantha; a partir de entonces, las persistentes discusiones y pugnas de poder, por resentimiento y celos fueron haciéndose cada vez más agrias. ¿Se entendía ella con otro profesor de su colegio? ¿Estaba él con otra cuando decía que se quedaba haciendo turnos dobles? ¿Tomaba ella drogas a espaldas de él? ¿Aceptaba él sobornos sin que ella lo supiera? En realidad, no sucedía nada de eso, pero, en cualquier caso, no parecía que eso fuera lo importante. No, lo que se cernía sobre ellos era algo peor, pero ninguno de los dos percibió lo inevitable hasta que fue demasiado tarde, y siguieron

consolándose cariñosamente y reconciliándose, como en las telenovelas moralistas. Tenían que pensar en la niña, se decían.

La niña, Samantha, era ya una jovencita, y Rebus se dio cuenta de que estaba contemplándola con admiración y mala conciencia (otra vez) mientras paseaban por el parque, por las cercanías del Castillo y camino del cine ABC, en Lothian Road. No es que fuera una belleza, pues ésta era una cualidad exclusiva de las mujeres adultas, pero iba camino de serlo con una inefable e impresionante confianza que, al mismo tiempo, le daba miedo. Al fin y al cabo, era su padre. Era lógico que sintiera cierta preocupación.

—¿Quieres que te cuente una cosa del nuevo novio de mamá?

—Sabes muy bien que sí.

Ella lanzó una risita; conservaba rasgos de niña pequeña, pero incluso la risa resultaba ahora distinta, parecía más controlada, más de mujer.

—Por lo visto es poeta, pero aún no le han publicado nada. Sus poemas son una porquería, pero mamá se lo calla. Piensa que su... ya sabes, es una maravilla.

¿Aquella manera de hablar como una persona adulta era para impresionarle? Eso debía de ser.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Rebus, estremeciéndose por aquella inopinada vanidad.

—No lo sé. Veinte años tal vez.

Dejó de estremecerse y casi se tambaleó. Veinte años. Rhona se había vuelto una infanticida, Dios mío. ¿Qué efecto causaría todo ello en Sammy? ¿En Samantha, la fingida adulta? No quería ni pensarlo; pero él no era psicoanalista. Ésa era la especialidad de Rhona, o lo había sido.

—De verdad, papá, es un poeta horroroso. Yo escribo mejores poemas en mis ejercicios del colegio. Después del verano ingresaré en el instituto. Tiene gracia, ir a la escuela donde da clases mamá.

—¿De verdad? —Rebus se había dado cuenta de que había algo que le molestaba: un poeta de veinte años—. ¿Cómo se llama ese chico? —inquirió.

—Andrew. Andrew Anderson —contestó ella—. ¿No suena gracioso? Bueno, la verdad es que es majo, pero un poco raro.

Rebus lanzó una maldición para sus adentros: el hijo de Anderson, el hijo

aprendiz de poeta del temido Anderson se acostaba con la ex mujer de Rebus. ¡Qué ironía! No sabía si echarse a reír o llorar. Reírse parecía lo más adecuado, aunque no mucho.

—¿De qué te ríes, papá?

—De nada, Samantha. Es que estoy contento. ¿Qué decías?

—Que mamá le conoció en la biblioteca. Vamos mucho a la biblioteca, porque a mamá le gusta la literatura; yo prefiero novelas de amor y de aventuras. Los libros que mamá lee yo no los entiendo. ¿Tú leías los mismos libros que ella... antes de...?

—Sí, leíamos los mismos libros, pero yo tampoco los entendía, así que no te preocupes. Me alegra que leas mucho. ¿Cómo es la biblioteca?

—Muy grande, pero van muchos vagabundos a dormir y a pasar el tiempo. Piden un libro, se sientan y se duermen. ¡Y qué mal huelen!

—Pues no te acerques a ellos, ¿sabes? Mejor dejarles que se junten entre ellos.

—Sí, papá.

Asentía a sus palabras con cierta reticencia, como dándole a entender que sus consejos paternales eran innecesarios.

—¿Te apetece ir al cine?

Pero el cine estaba cerrado, así que fueron a una heladería en Tollcross. Rebus contempló cómo Samantha elegía seis gustos distintos para un superhelado. Estaba todavía en la edad en que se come sin engordar. Rebus sintió complejo por su panza culpable, por no negarle nada a su estómago. Pidió un capuchino sin azúcar y miró por el rabillo del ojo a un grupo de chavales que había en otra mesa y que miraban hacia ellos entre cuchicheos y risitas, atusándose el pelo y fumando como si el tabaco fuese fuente de vida. De no haber estado con Sammy, los habría detenido por atentar contra su propio crecimiento.

Además, le daba envidia verles fumar. Cuando iba con su hija no fumaba porque a ella no le gustaba que lo hiciera. La madre de Sammy también le decía a gritos que dejase de fumar, y le escondía el tabaco y el mechero, pero él tenía escondrijos con cigarrillos y cerillas por toda la casa. Había continuado fumando sin hacerle caso, y a veces irrumpía en el cuarto con un

pitillo en los labios y una sonrisa victoriosa, y Rhona le gritaba que lo apagase y le perseguía por la habitación, entre los muebles, braceando inútilmente para quitárselo de la boca.

Eran tiempos felices, tiempos de rencillas amorosas.

—¿Qué tal el colegio?

—Bien. ¿Tú trabajas en ese caso de asesinatos?

—Sí.

Dios, sería capaz de matar por un cigarrillo, de arrancarle la cabeza a uno de aquellos jovencitos.

—¿Atraparéis al asesino?

—Sí.

—Papá, ¿qué les hace a las niñas? —preguntó mirando fijamente, como quien no quiere la cosa, la copa de helado casi vacía.

—No les hace nada.

—¿Sólo las mata?

Sus labios estaban desvaídos. Sí, volvía a ser su niña, su hijita indefensa, y le dieron ganas de abrazarla y reconfortarla, y de decirle que el mundo perverso estaba lejos de allí, que con él estaba segura.

—Eso es —contestó.

—Menos mal que sólo hace eso.

Los chicos lanzaban silbidos para atraer la atención de Sammy. Rebus sintió que enrojecía. En cualquier otra ocasión se habría abalanzado sobre ellos para imponer la fuerza de la ley ante sus caritas perplejas. Pero no estaba de servicio; estaba pasando la tarde con su hija, caprichoso resultado de un orgasmo entre gruñidos, un orgasmo en el que un afortunado espermatozoide había alcanzado la meta, cuando, seguramente, Rhona estiraba ya el brazo para coger el libro que estaba leyendo, quitándose de encima, sin musitar palabra, el cuerpo extenuado del amante. ¿Habría estado pensando en el libro todo el rato? Tal vez. Y él, el amante, se sentía desinflado y vacío, un espacio huero, como si aquello no hubiera sido un intercambio. Ése era el triunfo de Rhona.

«Y él le pedía a gritos un beso. Un grito de anhelo, de soledad.

»¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!»

—Venga, vámonos.

—Bueno.

Pasaron por delante de la mesa de los excitados chavales, que con sus caras de lujuria apenas disimulada, se alborotaban como monitos, y Samantha dirigió una sonrisa a uno de ellos. «¡Le había sonreído a uno!»

Rebus, aspirando una bocanada de aire fresco, se preguntaba adónde iría a parar su mundo, y pensó si sus razones para creer en otra realidad no estarían motivadas por lo odiosa y triste que era la vida cotidiana. Si no había más que eso, la vida era la invención más deplorable de la historia. Podría matar a aquellos críos y querría ahogar a su hija para protegerla de lo que ella misma quería... y obtendría. Comprendió que no tenía nada que decirle ni nada que objetar a lo que aquellos chicos hacían; que él no tenía nada en común con ella, a excepción de su propia sangre, mientras que ellos lo tenían todo en común con Samantha. El cielo estaba oscuro como en una ópera de Wagner, oscuro como el pensamiento de un asesino. Imágenes de oscuridad mientras el mundo de John Rebus saltaba en pedazos.

—Es la hora —dijo ella; a su lado, pero mucho mayor que él, mucho más llena de vida—. Es la hora.

Y lo era.

—Démonos prisa, que va a llover —dijo Rebus.

Se sentía cansado y recordó que no había dormido, que había dedicado la breve noche a una tarea hercúlea. Cogió un taxi para volver a casa —a la mierda el gasto— y llegó casi arrastrándose por la escalera hasta la puerta de su piso. Olía muy fuerte a meados de gato. Dentro, en el suelo, había una carta sin sello. Lanzó una maldición. El malnacido se movía como quería sin que lo descubrieran. Abrió el sobre y leyó la nota.

NO VAIS A NINGUNA PARTE,
¿VERDAD? A NINGUNA PARTE. FIRMADO

Firmado no estaba; no había ninguna firma escrita. Pero dentro del sobre,

como en un jueguecito de niños, apareció el bramante con nudo.

—¿Qué te traes entre manos, señor Nudos? —dijo Rebus cogiendo el bramante—. ¿A qué viene esto?

El piso estaba como una nevera: otra vez había saltado el automático.

TERCERA PARTE

Nudo

13

Los medios de comunicación, conscientes de que «el Estrangulador de Edimburgo» no iba a desaparecer, cogieron la historia por las bravas y crearon un monstruo. En los mejores hoteles de la ciudad se alojaban equipos de televisión, con gran alborozo de la ciudad, ya que aún no había empezado la temporada turística.

Tom Jameson era tan astuto como cualquier otro director de periódico y dedicó un equipo de cuatro reporteros a cubrir el caso, pero no se le escapaba que Jim Stevens no estaba rindiendo como era habitual en él; parecía vagamente desinteresado, mala señal en un periodista, y eso le preocupaba. Stevens era su mejor reportero, la marca de la casa. Tendría que hablar con él.

A medida que crecía el interés por el caso, Rebus y Gill Templer vieron reducirse su relación a simples contactos telefónicos y a encuentros en las reuniones convocadas en jefatura o en otras dependencias. Rebus apenas pasaba ya por su comisaría; era, en definitiva, una víctima en un caso de homicidio, obligado a no pensar en otra cosa durante el día. Pero pensaba en muchas otras cosas: en Gill Templer, en las cartas, en el incordio de que su coche no pasara la ITV. Y al mismo tiempo observaba a Anderson, el padre del amante de Rhona. Lo notaba cada vez más ansioso por encontrar alguna pista, una motivación, algo. Era casi un placer ver cómo se desesperaba.

En cuanto a las cartas, Rebus ya había descartado a su mujer y a su hija.

Una tenue señal en la última misiva de Knot, examinada por los de la científica (a costa de una pinta de cerveza), había resultado ser sangre. ¿Se habría arañado el asesino en un dedo al cortar el bramante? Era otro misterio. La vida de Rebus estaba llena de misterios y el último de ellos era adónde iba a parar su cuota diaria de reserva de diez cigarrillos. Abría la cajetilla a última hora de la tarde, los contaba y descubría que ya se los había fumado. Era absurdo; no recordaba haber fumado un solo cigarrillo, y menos diez. Pero un recuento de las colillas del cenicero aportaba la evidencia empírica de lo contrario. Qué cosa más rara: era como si estuviera eliminando parte de su vida consciente.

Le habían destinado a la sala de operaciones del caso en jefatura, mientras que el pobre Jack Morton seguía encargándose de las pesquisas puerta a puerta. En su actual posición, Rebus tenía la ventaja de ser testigo de cómo Anderson coordinaba el cotarro; no era de extrañar que el hijo le hubiera salido tonto. También se encargaba de atender las llamadas —desde los que pretendían ayudar hasta los chiflados que llamaban para confesarse autores de los crímenes— y de dirigir los interrogatorios que se llevaban a cabo a cualquier hora del día o de la noche. Había centenares de declaraciones por archivar y ordenar con arreglo a ciertas pautas de relevancia; era una tarea ingente, pero siempre cabía la posibilidad de captar alguna pista y no podía bajar la guardia.

En la atestada cantina se fumó el cigarrillo número once de la jornada, autoengañándose con que formaba parte de la cuota del día siguiente, y leyó el periódico. Ahora los titulares hacían alarde de adjetivos cada vez más impactantes, después de agotar el repertorio habitual. Los crímenes horripilantes y malignos del estrangulador; ese hombre perturbado, el diabólico obseso sexual (prescindían del hecho de que no había agredido sexualmente a las víctimas). ¡Maníaco asesino de colegialas! «¿Qué hace la policía? Ninguna tecnología puede sustituir la confianza que infundían antes los agentes que hacían las rondas urbanas. LOS ECHAMOS DE MENOS.» Era la «Crónica de nuestro corresponsal criminalista Jim Stevens». Rebus recordó al tipo fornido de la fiesta y la cara que puso cuando Gill pronunció el apellido Rebus. Qué raro. Todo era muy raro. Dejó el periódico.

Periodistas... Bueno, que le fuese bien a Gill en su trabajo. Escrutó la foto desenfocada en la primera página del tabloide: una niña de pelo corto que sonreía nerviosa, como si la hubieran sorprendido sin previo aviso; tenía una mella en los dientes delanteros. Pobre Nicola Turner, de doce años, alumna de un instituto del sector sur. No guardaba relación alguna con las otras víctimas ni existían vínculos visibles entre ellas y, lo que era más, el asesino había aumentado el parámetro de edad de las víctimas al matar a una estudiante de instituto. Por lo tanto, no había una pauta estrictamente regular en su elección del grupo de edad. Persistían los aspectos aleatorios, para desgracia de Anderson.

Pero Anderson no iba a admitir que el asesino tenía a sus agentes con las manos atadas. Y con buenos nudos. Tenía que haber pistas; tenía que haberlas. Rebus se tomó el café y sintió que la cabeza le daba vueltas; se veía como un detective de novela negra barata, y no deseaba otra cosa que llegar a la última página y acabar con aquella pesadilla, aquel vértigo mortífero que enloquecía sus oídos.

De vuelta al centro de operaciones, agrupó los informes sobre llamadas recibidas mientras él estaba en la cafetería. Los telefonistas trabajaban a tope, y un teletipo imprimía sin cesar datos considerados útiles para el caso y enviados por las fuerzas policiales de todo el país.

Anderson se abrió paso entre el barullo como quien está nadando en melaza.

—Necesitamos localizar un coche, Rebus. Un coche. Quiero tener en mi mesa todos los informes sobre hombres que hayan sido vistos con una niña en un coche. Quiero saber cuál es el coche de ese hijo de puta.

—Sí, señor.

Y volvió a marcharse, abriéndose paso entre aquella melaza capaz de ahogar a cualquier ser humano, menos al incombustible Anderson, inmune a cualquier peligro. Era arriesgarse demasiado, pensó Rebus, manoseando los montones de papeles que se acumulaban en su mesa y que se suponía debía ordenar de algún modo.

Coches. Anderson quería coches, pues tendría coches. Había testimonios jurados sobre la Biblia a propósito de un Escort azul, un Capri blanco, un Mini morado, un BMW amarillo, un TR7 plateado, una ambulancia transformada, una camioneta de helados (el informador tenía acento italiano y deseaba permanecer en el anonimato) y un enorme Rolls-Royce con matrícula británica personalizada. Y con toda aquella información disponible... ¿Qué? Más puerta a puerta, más registros de llamadas telefónicas, más interrogatorios, más papeleo y más chorradas. Daba igual; Anderson se abriría paso a nado, imperturbable en su desquiciado mundo, y al final saldría de aquello limpio y reluciente, indemne, como un anuncio de detergente. Tres hurras.

Hip, hip.

A Rebus no le habían gustado las chorradas durante sus años en el ejército, y eso que había tenido que pasar por unas cuantas. Había sido un buen soldado, un soldado excelente en lo que respecta a lo militar. Pero tuvo un arrebató y se apuntó al escuadrón aéreo de las Fuerzas Especiales, y allí sí que hubo chorradas, y una increíble ración de brutalidad. Allí, le habían hecho correr desde la estación hasta el campamento delante de un sargento en jeep; le habían martirizado con marchas de veinticuatro horas, instructores brutales y Dios sabe qué. Y cuando Gordon Reeve y él se graduaron, los SAS los sometieron a una prueba más, otra vuelta de tuerca, aislándolos, interrogándolos, haciéndoles pasar hambre, envenenándoles, sólo para que dieran alguna información sin valor, unas palabras que sirvieran como prueba de que no habían aguantado. Dos animales desnudos, temblorosos, con una bolsa atada a la cabeza, abrazados para darse calor.

—Quiero esa lista antes de una hora, Rebus —dijo Anderson al pasar por su lado.

Tendría la lista. Tendría su libra de carne.

Jack Morton llegó con cara de pocos amigos y mucho dolor de pies, y pasó cabizbajo junto a Rebus con un montón de papeles bajo el brazo y un cigarrillo en la otra mano.

—Mira esto —dijo levantando una pierna; tenía un desgarrón en el pantalón.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Rebus.

—¿Qué crees? Me persiguió un puñetero alsaciano enorme; eso es lo que me ha pasado. ¿Me van a indemnizar? Una mierda.

—De todos modos, puedes solicitarlo.

—¿Para qué? Sólo serviría para quedar como un imbécil.

Morton arrastró una silla hacia la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, sentándose con alivio.

—Busco coches. Muchos coches.

—¿Te apetece tomar una copa después?

Rebus miró el reloj, pensativo.

—Me apetecería, Jack, pero estoy pendiente de concertar una cita.

—¿Con la encantadora inspectora Templer?

—¿Cómo te has enterado?

Rebus se sentía genuinamente sorprendido.

—Venga, John. Con un policía no funcionan esa clase de secretos. Pero ve con cuidado. Ya conoces el reglamento.

—Sí, claro. ¿Lo sabe Anderson? ¿Ha comentado algo?

—No.

—Pues será que no sabe nada, ¿no crees?

—Serías un buen policía, hijo. Pierdes el tiempo en el cuerpo.

—Y que lo digas, papá.

Rebus encendió el cigarrillo número doce. Era cierto, no se podían guardar secretos en una comisaría, al menos ante los otros agentes, pero esperaba que Anderson y el dire no se enterasen.

—¿Has tenido suerte con el puerta a puerta? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Morton, tienes la molesta manía de contestar a una pregunta con otra.

—¿Ah, sí? Debe ser porque me paso todo el día haciendo preguntas, ¿no?

Rebus miró los cigarrillos que tenía. Se estaba fumando el número trece. Era absurdo. ¿Dónde había ido a parar el número doce?

—John, te digo que no vamos a averiguar nada. Nadie ha visto nada, nadie sabe nada. Es como una conjura.

—A lo mejor es que es una conjura.

—¿Y ha quedado establecido que los tres homicidios son obra de un solo individuo?

—Sí.

El inspector jefe no era partidario de malgastar palabras, sobre todo con la prensa. Estaba sentado imperturbable detrás de la mesa con las manos entrelazadas ante él, y Gill Templer estaba a su derecha. Ella llevaba las gafas en el bolso, una medida innecesaria, porque veía perfectamente sin ellas y en el trabajo no se las ponía salvo en ocasiones especiales. ¿Por qué se las habría puesto en la fiesta? Para ella era como llevar un collar; además, le parecía interesante calibrar las reacciones que suscitaba con ellas o sin ellas. Cuando se lo comentaba a sus amigas, la miraban pasmadas, como si hablara en broma. Quizá todo tenía su origen en aquel primer novio suyo que le decía que, para él, las chicas con gafas eran las mejores para follar. Hacía de eso quince años, pero no se le había olvidado la cara que puso él al decírselo, su sonrisa, aquella chispa en sus ojos. Y recordaba también su propia reacción, su sorpresa ante la palabra «follar». Ahora aquello le hacía sonreír. Ahora ella decía palabrotas, como sus colegas masculinos; y también por ver su reacción. Para Gill Templer todo era un juego, todo menos su trabajo. No había llegado a inspectora por suerte ni por su cara bonita, sino gracias a su empeño y eficacia profesional, y a su voluntad de ascender hasta donde la dejasen. Bien, ahora estaba allí, sentada junto al inspector jefe, una figura simbólica en aquel tipo de convocatorias, porque era ella quien hacía los preparativos, quien informaba previamente al inspector jefe y quien se las tenía que ver con los periodistas; todos lo sabían. El inspector jefe añadía el peso de su veteranía a la ceremonia, pero Gill Templer era quien daba a los periodistas los «extras», esos pequeños datos que no se abordaban en la conferencia de prensa.

Nadie lo sabía mejor que Jim Stevens, que estaba sentado al fondo de la sala, fumando sin quitarse el cigarrillo de la boca y sin apenas escuchar al inspector jefe. Pero tomaba nota de algunas frases para su uso futuro; al fin y al cabo, era periodista y los hábitos no se pierden. El fotógrafo, un jovencito

que cambiaba nerviosamente los objetivos cada cinco minutos, se había ido con el carrete completo. Allí estaban todos. Los veteranos de la prensa escocesa y los corresponsales ingleses. Escoceses, ingleses o griegos, daba igual; los periodistas siempre tenían aspecto de periodistas; rostros enérgicos, fumadores, con camisa de uno o dos días; no parecían bien pagados y, sin embargo, estaban muy bien pagados, y con más complementos que la mayoría, pero se lo ganaban porque trabajaban sin parar, estableciendo contactos, husmeando por grietas y rincones, molestando a mucha gente. Observó a Gill Templer. ¿Qué sabría de John Rebus? ¿Estaría dispuesta a contárselo? Al fin y al cabo, seguían siendo amigos. Aún seguían siéndolo.

Tal vez no muy buenos amigos; no, desde luego, no muy buenos amigos, y eso que él lo había intentado. Y ahora, ella y Rebus... Ya desenmascararía a aquel cabrón, si es que había algo. Sí, claro que habría algo. Lo intuía. Entonces a ella se le abrirían los ojos, de golpe. Entonces, ya veríamos. Ya estaba preparando el titular: algo en la línea «¡Compañeros de armas, compañeros de delitos!». Sí, eso sonaba bien. Los hermanos Rebus entre rejas, y todo gracias a su trabajo personal. Centró de nuevo su atención en el caso policial. Bah, era muy fácil sentarse y escribir algo sobre la ineptitud policial, sobre el supuesto maníaco. Pero, claro, era el tema del momento. Y allí estaba Gill Templer para contemplarla.

—¡Gill!

La alcanzó cuando iba a subir al coche.

—Hola, Jim —dijo ella fría, profesional.

—Oye, quería disculparme por mi comportamiento en la fiesta. — Llegaba sin aliento por la breve carrera a través del aparcamiento, y profirió la frase entrecortadamente—. Bueno, es que estaba borracho. Perdona, de todos modos.

Pero Gill le conocía de sobra y sabía que era un mero preludeo a una pregunta o a una demanda. Sintió lástima por él, lástima de su pelambrera rubia que necesitaba un lavado, lástima de aquel cuerpo no muy alto, fornido —que ella había supuesto poderoso—, de sus intempestivos temblores, como

si tiritara de frío. Pero la lástima no le duró mucho: había tenido una jornada agotadora.

—¿Y por qué me lo dices ahora? Podrías haberte disculpado en la conferencia del domingo.

Él sacudió la cabeza.

—No estuve en la conferencia del domingo; tenía resaca. ¿No notaste mi ausencia?

—¿Por qué habría de notarla? Estaba lleno de gente, Jim.

La respuesta le dejó cortado, pero no replicó.

—Bueno, en cualquier caso, perdona. ¿De acuerdo?

—Vale —añadió ella dispuesta a subir al coche.

—Si quieres, te invito a tomar algo. Para ratificar mis disculpas, por así decir.

—Lo siento, Jim, Tengo cosas que hacer.

—¿Alguna cita con ese Rebus?

—Puede.

—Ten cuidado, Gill. Quizás ése no es lo que parece.

Gill Templer se irguió junto al coche.

—Bueno —añadió Stevens—, simplemente, ve con cuidado, ¿vale?

De momento no diría más. Había sembrado la duda y dejaría que creciese. Ya le haría otras preguntas más adelante, y entonces ella tal vez le contaría algo. Dio media vuelta y se alejó con las manos en los bolsillos camino del Bar Sutherland.

En la Biblioteca Central de Edimburgo, un antiguo edificio sin adornos encajado entre una librería y un banco, comenzaban a acomodarse vagabundos para echar una cabezada. Acudían allí, como resignados a su destino, a pasar sus últimos días de pobreza absoluta hasta cobrar la ayuda mensual del gobierno, un dinero que gastarían en un solo día (dos, quizá, si lo estiraban) de jolgorio con vino, mujeres y canturreos ante un público indiferente.

Las actitudes del personal de la biblioteca hacia los pordioseros oscilaban entre una radical intolerancia (generalmente expresada por los miembros más antiguos de la plantilla) y una actitud reflexiva y apenada (por parte de los bibliotecarios más jóvenes). En cualquier caso, aquello era una biblioteca pública y mientras los sin techo se limitaran a pedir un libro al principio del día, no podía hacerse nada a menos que alborotasen, en cuyo caso aparecía inmediatamente un guardia de seguridad.

Por lo tanto, los vagabundos dormían en los cómodos asientos, a veces bajo la mirada reprobatoria de quienes no podían por menos de preguntarse si era eso lo que Andrew Carnegie había pensado al financiar en su época las primeras bibliotecas públicas. A los dormilones les traían sin cuidado aquellas miradas, soñaban sin que nadie se molestase en preguntarles en qué; nadie les tenía en cuenta.

Lo que sí tenían prohibido era entrar en la sección infantil de la biblioteca; incluso a los adultos que no acompañaran a un niño se les miraba

con recelo, y más desde los asesinatos de aquellas pobres niñas, que comentaban los bibliotecarios. La opinión general era que el asesino merecía la horca. Efectivamente, en el Parlamento se debatía sobre la pena de muerte, como suele suceder cuando en la civilizada Gran Bretaña se producen inopinadamente crímenes en serie. Sin embargo, los comentarios más frecuentes en Edimburgo no hablaban de la horca, sino de algo que uno de los bibliotecarios resumió contundentemente con estas palabras: «Es inconcebible que esto suceda aquí, ¡en Edimburgo!». Al parecer, los asesinatos en serie eran un asunto propio de los callejones brumosos del sur y de las Midlands, no de esta ciudad de tarjeta postal. Quienes lo escuchaban asintieron con la cabeza, horrorizados y apesadumbrados ante aquella ineludible realidad, tanto para las dignas señoras de sombrero mustio como para los matones de los barrios periféricos, los abogados, los banqueros, los corredores de bolsa, las dependientas y los vendedores de periódico. Se formaron inmediatamente grupos de vigilantes voluntarios, que fueron disueltos con no menos premura por la fulminante reacción de la policía. Ésa no era la solución, dijo el director del cuerpo. Había que estar alerta, sí, por supuesto, pero el imperio de la ley no podía recaer en manos de ciudadanos particulares. Mientras hablaba se restregaba las manos enguantadas, y hubo periodistas que pensaron si ésa no sería una señal de que, en su subconsciente, se lavaba las manos. El director de Jim Stevens decidió alertar a los lectores con un titular: «¡ENCIERREN A SUS HIJAS!». Sin más comentarios.

Efectivamente, las hijas estaban encerradas. Algunos padres no las dejaban ir al colegio y, cuando asistían a clase, lo hacían debidamente acompañadas en el trayecto de ida y de vuelta a sus casas y eran prudentemente interrogadas durante la comida. La sección infantil de préstamo de libros en la Biblioteca Central estaba últimamente medio vacía, y los bibliotecarios tenían poco que hacer, además de hablar de la horca y leer las morbosas especulaciones de la prensa británica.

La prensa británica recordaba el dato de que el pasado de Edimburgo distaba mucho de ser edificante y mencionaba a Deacon Brodie (inspirador, según decían, del doctor Jekyll y mister Hyde, de Stevenson), a Burke y Hare, y a cualquier otro caso con que se tropezaran al documentarse, incluso

hacían alusiones a los fantasmas que se aparecían en una exagerada cantidad de casas georgianas de la ciudad. Estas historias mantenían viva la imaginación de los empleados de la biblioteca que no tenían otra cosa que hacer; se ponían de acuerdo para comprar cada uno un periódico distinto para disponer de la mayor cantidad de datos posibles, pese a que les decepcionaba la frecuencia con que los periodistas compartían una misma historia en sus artículos, pues casi todos los diarios repetían lo mismo. Era como una conjura periodística.

Pero algunos niños seguían viniendo a la biblioteca, acompañados en su mayoría por la madre, el padre o alguien a su cuidado, si bien alguno que otro acudía solo. Tal muestra de temeridad por parte de ciertos padres y sus hijos trastornaba aún más a los medrosos bibliotecarios, que preguntaban a los niños —para sorpresa de éstos— dónde estaban su padre o su madre.

Samantha entraba rara vez en la sección infantil porque prefería libros para mayores, pero aquel día se metió allí para alejarse de su madre. Un bibliotecario se acercó a ella mientras fiseaba en la sección de libros para los más pequeños.

—¿Estás sola, guapa? —preguntó.

Samantha le reconoció. Hacía mucho tiempo que trabajaba allí.

—Mi mamá está arriba —dijo.

—Ah, menos mal. Te aconsejo que no te apartes de ella.

Samantha asintió con la cabeza, furiosa por dentro. Su madre le había dicho lo mismo cinco minutos antes. No era ninguna niña, pero, por lo visto, nadie se daba cuenta. Cuando el bibliotecario se alejó para hablar con otra chica, ella cogió el libro que quería, entregó la tarjeta a la mujer mayor de pelo teñido que los niños llamaban señora Slocum y subió rápidamente la escalera a la sección de consulta, donde su madre buscaba un ensayo de George Eliot. George Eliot, le había dicho su madre, era una mujer que había escrito unos libros muy realistas, de profundo psicologismo, en una época en que los grandes escritores naturalistas y psicologistas eran hombres, mientras que las mujeres se veían relegadas a realizar las tareas domésticas. Por eso había tenido que adoptar el nombre de «George», para poder publicar sus obras.

Para compensar los intentos de adoctrinamiento, Samantha había cogido en la sección infantil un libro ilustrado sobre un niño que vuela montado en un gato gigante y corre aventuras fantásticas en una tierra soñada. Esperaba fastidiar con ello a su madre. En la sección de consulta había tanta gente sentada a las mesas, que sus toses resonaban en la silenciosa sala. Su madre, con las gafas caídas sobre la nariz, con auténtico aspecto de profesora, discutía con un bibliotecario a propósito de un libro que había pedido. Samantha cruzó entre dos filas de mesas mirando qué leía y escribía la gente. Se preguntaba por qué dedicaban tanto tiempo a leer libros cuando había tantas cosas interesantes que hacer. Ella, primero, quería viajar por el mundo, y tal vez después estaría dispuesta a sentarse en salas aburridas a leer libros antiguos. Pero eso sería después.

La observó pasear entre las mesas. Estaba de perfil respecto a ella, fingiendo examinar un anaquel de libros, mirando hacia arriba. Pero ella no miraba a su alrededor; no había peligro. Estaba en su propio mundo. Estupendo. Todas las chicas eran iguales. Pero ésta iba acompañada. Lo notaba. Cogió un libro del anaquel, lo hojeó y le llamó la atención un capítulo; apartó la vista de Samantha. Era un capítulo sobre nudos de pescador. Había muchos tipos de nudos. Muchos.

15

Otra reunión de trabajo. A Rebus comenzaban a gustarle aquellas reuniones porque siempre existía la posibilidad de que acudiera Gill y que después pudieran ir juntos a tomar un café. La noche anterior habían cenado tarde en un restaurante, pero ella estaba cansada y le miraba de un modo extraño, inquiriéndole un poco más de lo habitual con sus ojos, sin gafas por primera vez, aunque se las volvió a poner mientras cenaban.

—Quiero ver lo que estoy comiendo.

Pero él sabía que veía perfectamente. Las gafas eran un refuerzo psicológico protector. Tal vez fuera una paranoia, o quizá simple cansancio, pero él sospechaba que se trataba de algo más, no sabía qué. ¿La había ofendido en algo? ¿Le había hecho algún desaire sin querer? Él también estaba cansado. Se fueron cada uno a su casa y él estuvo despierto en la cama, con ganas de no estar solo. Después volvió a tener aquel sueño del beso y se despertó como de costumbre, sudando y con los labios húmedos. ¿Habría otra carta? ¿Otro asesinato?

Se sentía fatal por la falta de sueño, pero le satisfizo la reunión, no sólo porque hubiera asistido Gill, sino porque había por fin indicios de una pista y a Anderson le urgía corroborarlo.

—Un Ford Escort azul claro —dijo Anderson. El director estaba sentado a su espalda, y su presencia le ponía nervioso—. Un Ford Escort azul claro —repitió Anderson enjugándose el sudor de la frente—. Tenemos informes de que se vio un coche así en el barrio de Haymarket la tarde en que apareció

el cadáver de la primera víctima, y hay otros dos testigos que vieron a un hombre y una niña, la niña dormida, al parecer, en un coche como ése la noche en que desapareció la tercera víctima. —Anderson alzó la vista del documento para mirar a los ojos de todos los agentes presentes—. Quiero que den prioridad a este dato. Mejor dicho, quiero saber con detalle quiénes son los propietarios de Fords Escort azules en los Lothian y quiero esa información lo antes posible. Ya sé que han estado trabajando mucho, pero con un esfuerzo más podremos atraparlo antes de que cometa otro asesinato. El inspector Hartley ha confeccionado una lista de turnos. Si su nombre figura en ella, dejen lo que estén haciendo y dedíquense a localizar ese coche. ¿Alguna pregunta?

Gill Templer tomaba apuntes en su pequeña libreta, perfilando quizás una nota para la prensa. ¿Emitirían un comunicado de la reunión? Probablemente aún no. Esperarían a ver si obtenían algún resultado tras esa primera indagación, y si no averiguaban nada, pedirían ayuda a la población. A Rebus no le apetecía ese plan en absoluto: recabar datos sobre propietarios, recorrer los suburbios, interrogar a sospechosos, tratando de «intuir» si pertenecían a la categoría «probable» o «posible», organizar quizás un segundo interrogatorio. No, no le gustaba nada. Lo que le habría gustado era irse con Gill a su guarida y hacer el amor. Desde su observatorio junto a la puerta sólo podía verla de espaldas; había vuelto a llegar el último, por entretenerse en algo más de lo previsto con Jack Morton en el pub, donde habían tomado un almuerzo (líquido). Morton le comentó lo lento que iba el proceso de indagación puerta a puerta: cuatrocientas personas interrogadas, datos de familias enteras verificados dos veces, comprobación de los grupos habituales de chiflados y perversos. Y ninguna pista que arrojara luz sobre el caso.

Pero ahora tenían un coche, o eso pensaban. Era una evidencia tenue, pero era una posibilidad, al fin y al cabo. Rebus se sentía un poco orgulloso de la parte que le correspondía en la investigación, porque gracias a su tenaz escrutinio de referencias cruzadas habían podido establecer ese indicio. Quería comentárselo a Gill Templer y luego quedar con ella para otro día aquella semana; quería volver a verla, ver otra vez a alguien, porque su piso

se estaba convirtiendo en una cárcel. Volvía a su casa sin ánimo, tarde, de noche o de madrugada, se metía en la cama y dormía sin preocuparse de limpiar ni de comprar comida (ni de robarla siquiera). No tenía tiempo ni ganas. Comía en los kebab y en los puestos de patatas y pescado frito, en las panaderías y chocolaterías que abrían temprano. Su palidez se acentuaba y su estómago gruñía como si no le quedase piel para distenderse; sólo continuaba afeitándose y poniéndose una corbata para estar mínimamente presentable. Anderson había reparado en que no llevaba las camisas muy limpias, pero no le había dicho nada de momento. Por un lado, tenía a Rebus en la lista de honor, como descubridor de la pista, y por otro lado, era evidente que no estaba de humor para aguantar amonestaciones.

La reunión tocaba a su fin. Nadie se hacía preguntas, salvo la obvia: «¿Hasta cuándo aguantaremos?». Rebus salió al pasillo para esperar a Gill, que cruzó la puerta con el último grupo, hablando plácidamente con Wallace y Anderson. El director le pasó la mano por la cintura en broma y con gesto amable al cruzar el umbral. Rebus miró con mala leche al variado trío de superiores. Miró a Gill, pero ella no pareció advertir su presencia y él volvió a sentirse como quien vuelve a la casilla de salida, uno del montón. Eso era el amor. ¿Quién se burlaba de quién?

El trío echó a andar pasillo adelante y él permaneció donde estaba, como un jovencito al que le han dado plantón, maldiciendo sin parar.

Otra vez le daban de lado, lo dejaban tirado.

«Por favor, John no me dejes.

»Por favor, por favor, por favor.»

Y un grito resonaba en su recuerdo...

Sintió un mareo; resonaba en sus oídos aquel oleaje. Notó que se tambaleaba levemente y se apoyó en la pared buscando algo firme donde apoyarse, pero el muro palpitaba. Respiró profundamente y pensó en su infancia en aquella playa pedregosa, cuando se recuperaba de la depresión. También entonces había oído el oleaje. Poco a poco el suelo fue afirmándose, mientras los que pasaban le miraban burlones, sin que nadie se parase a ayudarlo. Que se fueran a la mierda. Y a la mierda Gill Templer también. Ya se las arreglaría él solo. Dios le ayudaría. No pasaba nada. Lo único que

necesitaba era un cigarrillo y un café.

Pero lo que realmente necesitaba era recibir unas palmaditas en la espalda, felicitaciones por el buen trabajo realizado, reconocimiento; necesitaba que alguien le dijera que todo se arreglaría; que no iba a pasarle nada.

Aquella tarde, ya con un par de copas encima después del trabajo, decidió seguir celebrándolo. Morton tenía que hacer un recado, pero, mejor. No necesitaba compañía. Caminó por Princes Street recreándose en las perspectivas de la noche. Al fin y al cabo era un hombre libre, tan libre como aquellos jovenzuelos apiñados delante de la hamburguesería que se pavoneaban, entre bromas, expectantes, ¿de qué? Lo sabía muy bien: de que llegara la hora de irse a su casa hasta el día siguiente. También él esperaba, a su manera, matando el tiempo.

En el Rutherford Arms encontró a un par de clientes a los que conocía de noches como ésta, desde que Rhona le dejó. Estuvo una hora bebiendo con ellos, sorbiendo la cerveza como si fuera leche materna. Hablaron de fútbol, de carreras de caballos y del trabajo; así pudo recuperar la tranquilidad. Era una típica conversación nocturna y se aferró a ella con ganas. Pero se dijo que más valía poco y bueno que mucho y malo, y se largó de pronto del bar, borracho, después de despedirse de los conocidos hasta la próxima, y se dirigió, caminando con cuidado hacia Leith.

Jim Stevens, sentado a la barra, vio por el espejo que Michael Rebus dejaba el vaso en la mesa y se dirigía a los servicios. Segundos después le seguía el hombre misterioso, que estaba sentado a otra mesa; sería para convenir otra entrega, porque no parecían llevar encima nada comprometedor. Stevens siguió fumando, a la expectativa. No había transcurrido un minuto cuando Rebus reapareció y se acercó a la barra a pedir otra consumición.

John Rebus no daba crédito a sus ojos al cruzar la puerta del pub. Le dio una palmada en el hombro a su hermano.

—¡Mickey! ¿Qué haces aquí?

Michael Rebus se quedó de piedra. El corazón se le subió a la garganta y tuvo un acceso de tos.

—Tomando una copa, John —dijo con evidente incomodidad—. Me has dado un susto con esa palmada —añadió esbozando una sonrisa.

—Era un simple saludo fraterno. ¿Qué estás bebiendo?

Mientras los dos hermanos hablaban, el otro hombre salió de los servicios y se marchó del bar sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Stevens lo observó marcharse, pero ahora su mente se planteaba otra cuestión: no podía dejar que el policía le viese, y dio la espalda a la barra como si buscara a alguien sentado a alguna mesa. Ahora estaba convencido. El policía tenía que estar en el ajo. Toda la movida había sido muy hábil, pero ahora estaba seguro.

—¿Así que vas a actuar en Leith? —dijo John Rebus. Animado por lo que ya había bebido, sentía que por fin las cosas iban mejorando; ahí estaba con su hermano, tomando aquella copa que siempre se prometían, y pidió dos cervezas acompañadas de sendos whiskies—. Aquí los sirven de cuarto de pinta, una buena medida —comentó a Michael.

Michael no dejaba de sonreír, como si su vida dependiera de ello, pero pensaba a toda velocidad en aquel batiburrillo de ideas. Lo que menos le convenía era beber más. Si se enteraban de aquello, a su contacto en Edimburgo le iba a parecer extraño, muy extraño. Si se enteraban, le quebrarían las piernas. Se lo habían advertido. ¿Qué estaba haciendo John por aquí? Parecía muy alegre, bebido, incluso, pero ¿y si era una trampa? ¿Y si habían detenido en la calle a su contacto? Se sentía como cuando de niño robaba del monedero de su padre y lo negaba y negaba durante semanas, con el pesar de la culpa en su corazón.

Culpable, culpable, culpable.

Mientras tanto, John Rebus bebía y charlaba, sin advertir el cambio de actitud de su hermano, pendiente ahora de lo que él decía. Para él, en aquel momento, lo único que contaba era el whisky y el hecho de que Michael iba a actuar en el local de un bingo de aquel barrio.

—¿Quieres que vaya a verte? —preguntó—. Así seré testigo de cómo se gana el pan mi hermano.

—Claro —contestó Michael jugueteando con el vaso de whisky en las manos—. John, será mejor que no beba. Tengo que tener la cabeza despejada.

—Sí, naturalmente. Necesitas que las misteriosas sensaciones confluyan en tu persona —comentó Rebus moviendo las manos como un hipnotizador, mientras Michael le miraba con los ojos desorbitados y sonriendo.

Jim Stevens cogió su cajetilla y, sin volverse, abandonó el ruidoso y enrarecido pub. Si hubiera habido menos ruido, habría podido oír lo que hablaban.

Rebus le vio salir.

—Creo que conozco a ése —comentó, señalando con la cabeza hacia la puerta—. Es un reportero del periódico local.

Michael Rebus mantuvo la sonrisa; tenía que sonreír a toda costa, aunque el mundo se viniera abajo.

El Bingo Rio Grande era un antiguo cine. Habían eliminado las primeras doce filas de butacas para instalar tableros de bingo y taburetes, pero aun quedaban varias filas de asientos rojos y polvorientos, y el anfiteatro seguía intacto. John Rebus dijo que prefería sentarse arriba para no distraer a Michael y se encaminó al anfiteatro, detrás de un matrimonio anciano. Las butacas parecían cómodas, pero cuando optó por una de la segunda fila notó vibrar los muelles en las posaderas; se rebulló ligeramente para acomodarse y finalmente adoptó una postura estable sobre una sola nalga.

Abajo había bastante público, pero en la penumbra del descuidado anfiteatro sólo estaban él y la pareja. Oyó un taconeo por el pasillo, luego una pausa, y una mujer corpulenta entró en la segunda fila. Rebus no pudo por menos que alzar la mirada, y vio que ella le sonreía.

—¿Le importa que me siente a su lado? —dijo la mujer—. No espera a nadie, ¿verdad?

Tenía una mirada expectante, y Rebus asintió con la cabeza, sonriendo.

—Ya me lo parecía —añadió ella sentándose.

Él mantuvo la sonrisa. Por cierto, no había visto nunca a Michael tan alterado y tan sonriente. ¿Tan embarazoso le resultaba tropezarse con su

hermano mayor? No, tenía que ser otra cosa; aquella sonrisa de Michael era como la de un ladronzuelo sorprendido in fraganti. Tendría que hablar con él.

—Yo vengo mucho al bingo, pero pensé que el espectáculo de hoy sería divertido, ¿sabe? Pero desde que murió mi marido —hizo una pausa pícaro—, bueno, ya no es lo mismo. A mí me gusta salir de vez en cuando, ¿sabe? A todos nos gusta, ¿no? Así que me dije: voy a salir. Y no sé qué me hizo subir aquí. El destino, supongo.

Su sonrisa se amplió y Rebus también le sonrió.

Tenía poco más de cuarenta años e iba demasiado maquillada y perfumada, pero se conservaba bien. Hablaba como si hiciera días que no cruzase palabra con nadie, como si fuera importante para ella demostrar que podía hablar y que la escucharan, que la comprendiesen. A Rebus le dio lástima. Veía en ella algo de él mismo; no mucho, pero sí lo bastante.

—¿Y usted qué hace por aquí? —inquirió ella, forzándole a contestar.

—He venido a ver la actuación, igual que usted —respondió Rebus, sin atreverse a decirle que su hermano era el hipnotizador, para no dar pie a quién sabe qué preguntas.

—Ah, ¿le gusta este tipo de espectáculos?

—Es la primera vez que voy a ver uno.

—Yo también —añadió ella con otra sonrisa, de complicidad esta vez.

Tenían algo en común. Afortunadamente, en ese momento se apagaron las luces, las pocas que había, y en el escenario se encendió un foco y apareció un presentador. La mujer abrió el bolso, sacó una ruidosa bolsa de caramelos duros y le ofreció a Rebus.

A Rebus, para su sorpresa, le gustó el espectáculo, pero no tanto, ni mucho menos, como a la mujer sentada a su lado, que se rió a carcajadas al ver a un voluntario del público quitarse los pantalones en el escenario y recorrer el pasillo del patio de butacas moviéndose como si nadara. Michael le hizo creer a otro cobaya voluntario que se moría de hambre; a una mujer le hizo creerse que era una bailarina de striptease haciendo un número y a otro hombre le hizo creer que se moría de sueño.

Aunque el espectáculo le parecía divertido, Rebus comenzó a cabecear, a consecuencia del exceso de copas, la falta de sueño y la desangelada

oscuridad del teatro. Le despertó la ovación final del público. Michael, sudoroso en su deslumbrante indumentaria escénica, recibía los aplausos muy complacido y salió a saludar de nuevo cuando la mayoría del público se estaba levantando. Le había dicho a su hermano que tenía que irse enseguida a casa y que no se verían al final del espectáculo, y que ya le llamaría para saber si le había gustado.

Y John Rebus se había quedado dormido en plena actuación.

Pero ahora se sentía recuperado, e incluso cuando la mujer le invitó a tomar una copa en un bar cercano, aceptó. Salieron del teatro cogidos del brazo, sonrientes. Rebus se sentía relajado, como un muchacho. Aquella mujer le trataba como si fuera su hijo, verdaderamente, y a él le gustaba que fuera tan cariñosa. Bueno, una última copa y luego a casa. La última.

Jim Stevens los vio salir del teatro. Todo aquello le estaba resultando muy extraño. Ahora Rebus se desentendía de su hermano y se iba con una mujer. ¿Qué significaba aquello? Desde luego, tendría que contárselo a Gill en cuanto se le presentara la ocasión. Stevens, sonriente, guardó la instantánea en su archivo mental de escenas similares. De momento, había sido una noche fructífera.

¿Dónde, pues, aquel amor materno se transformó en contacto físico? ¿Quizás en el pub, cuando sus dedos enrojecidos le magrearon el muslo? ¿Afuera, cuando él le rodeó torpemente el cuello con los brazos tratando de besarla? ¿O en su piso, que olía a humedad y al marido, tendidos en un viejo sofá y dándose la lengua?

Daba igual. Era demasiado tarde para lamentarlo, o demasiado pronto. Así que la siguió sumiso cuando se encaminó al dormitorio, se dejó caer en la enorme cama de matrimonio con somier, gruesas mantas y edredón, y observó cómo se desvestía a oscuras. La cama era como la que él tenía de niño, cuando no había más que una bolsa de agua caliente para combatir el frío, montones de mantas rasposas y edredones. Camas pesadas y sofocantes, la antítesis del descanso.

Daba igual.

A Rebus no le deleitaban los detalles de aquel cuerpo recio y tuvo que dirigir el pensamiento hacia otras cosas; sus manos en aquellos pechos bien sobados le recordaban sus últimas noches con Rhona; tenía unas pantorrillas gruesas, al contrario que Gill, y un rostro marcado por la experiencia, pero era una mujer y estaba con él, así que se abstraigo de todo, la estrechó entre sus brazos y se dispuso a pasarlo bien. Pero le agobiaba la pesadez de aquella cama; era como estar en una jaula, se sentía pequeño, atrapado y aislado del mundo. Intentó rechazar aquella idea, aquel recuerdo de Gordon Reeve y él, sentados los dos a solas, oyendo los gritos en las otras celdas, mientras aguantaban y resistían, juntos de nuevo. Vencedores, pero derrotados. Su corazón latía al compás de los gemidos de ella, y ahora le sonaban alejados. Sintió que una primera oleada de repugnancia absoluta le golpeaba el estómago como una porra, y sus manos subieron hasta la garganta fofa y blanda del cuerpo que tenía debajo. Ahora oía unos gemidos inhumanos, como proferidos por un gato o una plañidera; apretó más y sintió en los dedos cómo la tela de la sábana aprisionaba la piel, arrastrándole sin remisión a un mortífero fin, ponzoñoso. No tendría que haber sobrevivido. Debería haber muerto entonces, en aquellas celdas malolientes como pocilgas, bajo los chorros a presión y los incesantes interrogatorios. Pero había sobrevivido. Había sobrevivido y se estaba corriendo.

«Él solo, totalmente solo.

»Y los gritos.

»Los gritos.»

Rebus sintió debajo de él un borboteo en el momento en que su cabeza iba a estallarle y cayó desmayado sobre aquel cuerpo medio asfixiado, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

16

Se despertó en una habitación blanca que le recordaba mucho la del hospital en que abrió los ojos tras la crisis nerviosa que sufrió años atrás. De afuera llegaban ruidos amortiguados, y se sentó en la cama con un fuerte dolor de cabeza. ¿Qué había ocurrido? Dios, aquella mujer, aquella pobre mujer. ¡Había intentado matarla! Estaba borracho, muy borracho. Dios bendito, había intentado estrangularla, ¿no? Por el amor de Dios, ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué?

Un médico abrió la puerta.

—Ah, señor Rebus, veo que ha despertado. Bien. Vamos a trasladarle a un pabellón. ¿Cómo se encuentra?

Se acercó a tomarle el pulso.

—Creemos que es simple agotamiento. Agotamiento nervioso. Su amiga llamó a la ambulancia...

—¿Mi amiga?

—Sí, dijo que se desmayó. Según nos han informado sus superiores, ha estado trabajando con mucho empeño en un caso de homicidio. Es simple agotamiento. Necesita descanso.

—¿Dónde está mi... amiga?

—No lo sé. En casa, supongo.

—Según ella, ¿simplemente me desmayé?

—Exacto.

Rebus sintió un gran alivio. No había contado nada. Sintió de nuevo

punzadas en la cabeza. El doctor tenía las muñecas vellosas y muy limpias; le puso un termómetro en la boca, sonriéndole. ¿Sabría lo que estaba haciendo antes de desmayarse? ¿O su amiga lo vistió antes de llamar a la ambulancia? Tenía que ponerse en contacto con aquella mujer. No sabía exactamente dónde vivía, pero lo sabrían los de la ambulancia; ya lo averiguaría.

Agotamiento. No se sentía agotado. Comenzaba a sentirse descansado y, aunque algo desconcertado, bastante tranquilo. ¿Le habrían dado algo cuando estaba inconsciente?

—¿Pueden traerme un periódico? —farfulló con el termómetro en la boca.

—Le diré a un ordenanza que se lo traiga. ¿Quiere que llamemos a alguien? ¿Un familiar o un amigo?

Rebus pensó en Michael.

—No —contestó—, no llamen a nadie. Sólo quiero un periódico.

—Muy bien —dijo el médico cogiendo el termómetro y anotando la temperatura.

—¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

—Dos o tres días. Quiero que le examine un psiquiatra.

—De psiquiatra, nada. Lo que quiero son unos libros.

—Veremos qué puede hacerse.

Rebus volvió a recostarse, más relajado y decidido a dejar que las cosas siguieran su curso. Se quedaría allí descansando, aunque no lo necesitara, y dejaría que se ocupasen los demás del caso. Que se fastidiasen. Anderson, Wallace y Gill Templer.

Pero le vino a la mente el pensamiento de sus manos apretando aquella garganta avejentada y se estremeció. Era como una mente ajena. ¿Había estado a punto de matar a esa mujer? ¿No sería, quizá, necesario que le viera un psiquiatra? Las preguntas acentuaban su dolor de cabeza. Trató de no pensar en nada, pero las imágenes de su viejo amigo Gordon Reeve, de su nueva amante Gill Templer y de la mujer con quien la había engañado y a la que había estado a punto de estrangular, regresaron a su mente y bailaron en su cabeza hasta hacerse borrosas. Pero enseguida se quedó dormido.

—¡John!

Se acercó diligente a la cama, con fruta y una bebida energética en las manos. Iba maquillada y vestía de calle. Le dio un beso en la mejilla; Rebus olió el perfume francés y atisbó de reajo, con cierta mala conciencia, el escote.

—Hola, inspectora Templer —dijo—. Adelante —añadió levantando una esquina de la sábana.

Ella se echó a reír y arrastró junto a la cama una silla de rígida estructura. En el pabellón entraban otras visitas, hablando en voz baja por respeto a los enfermos, pero Rebus no se sentía enfermo.

—¿Cómo estás, John?

—Muy mal. ¿Qué me has traído?

—Uvas, plátanos y naranjada. Muy poco original, me temo.

Rebus cogió un grano de uva y se lo metió en la boca, dejando a un lado la novelucha que había estado leyendo sin muchas ganas.

—Inspectora, hay que ver lo que tengo que hacer para conseguir una cita contigo —comentó balanceando la cabeza.

Gill sonrió, nerviosa.

—Estábamos preocupados por ti, John. ¿Qué te ocurrió?

—Que me desmayé. En casa de una amiga, figúrate. No es nada grave. Sólo me quedan unas semanas de vida.

Gill le dirigió una sonrisa cálida.

—Dicen que es por exceso de trabajo —comentó ella haciendo una pausa—. ¿A qué viene eso de «inspectora»?

Rebus se encogió de hombros y la miró enfurruñado. A su mala conciencia se mezclaba el recuerdo del desplante que ella le había hecho, aquel desaire que dio origen a todo lo que pasó después. Volvió a su papel de paciente, dejando hundir la cabeza en la almohada.

—Estoy muy enfermo, Gill. Muy enfermo para contestar preguntas.

—Bien, en ese caso no te pasaré los cigarrillos que me ha dado Jack Morton.

Rebus volvió a incorporarse.

—Que Dios le bendiga. ¿Dónde están?

Ella sacó dos cajetillas del bolsillo de la chaqueta y las introdujo bajo la sábana. Él le agarró la mano.

—Te echo de menos, Gill.

Ella sonrió sin retirar la mano.

Dado que la visita sin límite de tiempo era prerrogativa de la policía, Gill permaneció dos horas con él contándole cosas de su vida y haciéndole preguntas sobre la suya. Ella había nacido después de la guerra en una base aérea de Wiltshire. Le explicó que su padre era mecánico de la RAF.

—Mi padre —dijo Rebus— sirvió en el ejército durante la guerra. Me concibieron en uno de sus últimos permisos. Era hipnotizador profesional. — Siempre que lo mencionaba, su interlocutor solía enarcar una ceja, pero Gill Templer no mostró ninguna sorpresa—. Actuaba en auditorios y teatros, y a veces, en verano, en Blackpool, Ayr y sitios por estilo, así que siempre sabíamos que pasaríamos las vacaciones fuera de Fife.

Ella le escuchaba con la cabeza ladeada, contenta de oírle contar cosas de su vida. El pabellón quedó en silencio cuando las otras visitas se marcharon al sonar el timbre de la hora. Llegó una enfermera con una enorme tetera en un carrito y le sirvió a Gill una taza de té, sonriéndole con complicidad.

—Esa enfermera es muy amable —dijo Rebus relajado. Le habían dado dos pastillas, una azul y otra marrón, y estaba adormeciéndose—. Me recuerda a una chica que conocí cuando estaba en paracaidismo.

—¿Cuánto tiempo estuviste en los paracas, John?

—Seis años. No, no ocho años.

—¿Y por qué lo dejaste?

¿Por qué lo dejó? Rhona le había preguntado lo mismo docenas de veces, picada en su curiosidad por la sensación de que ocultaba algo, de que había un esqueleto en el armario de su pasado.

—No lo sé, la verdad. Me cuesta recordar aquella época. Me seleccionaron para someterme a un entrenamiento especial y no me gustó.

Era la verdad. No quería revivir los recuerdos del entrenamiento, del hedor a miedo y desconfianza, ni de aquel grito que resonaba en su cabeza: «¡Dejadme salir!», con su eco de soledad.

—Bueno —dijo Gill—, si no me equivoco, tengo un caso esperándome en el campamento base.

—Lo que me recuerda —añadió él— que creo que anoche vi a tu amigo el periodista. Stevens se llamaba, ¿no? Es extraño que coincidiésemos en el mismo bar.

—No tan extraño. Él merodea también por esa clase de tugurios. Es curioso cuánto se parece a ti en ciertos aspectos. Pero no es tan atractivo —añadió, besándole de nuevo en la mejilla y levantándose de la silla metálica—. Volveré a verte antes de que te den el alta, pero ya sabes que no puedo hacer promesas concretas, sargento Rebus.

De pie parecía más alta de lo que Rebus la imaginaba. El pelo le cubrió las mejillas al inclinarse a darle otro beso, éste en la boca, y él miró el canalillo oscuro entre sus pechos. Se sentía cansado, muy cansado. Hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos mientras ella se alejaba taconeando sobre los baldosines, sorteando a las enfermeras que caminaban como fantasmas con sus zapatos de suela de goma. Se irguió en la cama para poder ver sus piernas. Tenía las piernas bonitas. Eso sí lo recordaba. Las recordaba atenazándole los costados con los pies apoyados en sus nalgas. La recordaba tumbada sobre la almohada como una marina de Turner. Recordaba su voz susurrándole al oído, aquel susurro. «Sí, sí, John; oh, John, sí, sí, sí.»

«¿Por qué dejaste el ejército?»

Y cuando se daba la vuelta se transformaba en aquella otra mujer, entre los gritos ahogados de su propio orgasmo.

«¿Por qué lo hiciste?»

Oh, oh, oh, oh.

Ah, el bendito secreto de los sueños.

Los directores de periódicos estaban encantados de que el Estrangulador de Edimburgo hiciera aumentar la tirada de ejemplares. Les encantaba ver cómo crecía la historia, casi orgánicamente, como bien racionada. El *modus operandi* había cambiado ligeramente en el asesinato de Nicola Turner, pues, por lo visto, el estrangulador, antes de matarla, había hecho un nudo en el bramante que dejó una marca en la garganta de la niña. La policía no le daba mucha importancia a este detalle, pues andaba muy ocupada tratando de localizar todos los Escort azules registrados, comprobando los matriculados en la zona e interrogando a sus propietarios.

Gill Templer comunicó a la prensa los datos del coche con la esperanza de que se produjese una respuesta pública masiva. La hubo: muchos vecinos señalaron a otros vecinos, muchas esposas a sus maridos y muchos maridos a sus esposas. Había más de doscientos Escort de color azul pendientes de investigar, y si no se averiguaba nada, volverían a indagar de nuevo antes de pasar a otros colores de Ford Escort y a otras marcas de color azul claro. Tardarían meses o, en cualquier caso, varias semanas.

Jack Morton, con otra fotocopia doblada de la lista en la mano, reflexionaba. Fue al médico a causa de sus pies hinchados, y éste dictaminó que caminaba demasiado con zapatos baratos e inadecuados, cosa que Morton ya sabía. Había interrogado ya a tantos sospechosos que tenía un verdadero lío mental; todos le parecían iguales y todos reaccionaban igual: nerviosos, deferentes, inocentes. Si al menos el estrangulador cometiese un

error... No había pistas que valiera la pena seguir, y Morton sospechaba que el coche era una pista equivocada. Recordó las cartas anónimas que recibía John Rebus: «Hay pistas por todas partes». ¿Sería eso cierto? Desde luego, era un caso de homicidio extraño, extraordinariamente extraño, y cada vez abrigaba menos esperanzas de toparse con alguna pista imprevista a la que agarrarse. No se le ocurría indagar en nada nuevo, y por eso decidió ir al médico, en busca de un poco de comprensión y unos días de baja. Rebus había tenido suerte, el cabrón. Le envidiaba.

Aparcó el coche en la raya amarilla, enfrente de la biblioteca, y entró en el edificio. El gran vestíbulo le recordó la época en que acudía a aquella biblioteca a tomar prestados libros de ilustraciones en la sección infantil de la planta baja. ¿Seguiría allí? Su madre le daba dinero para el autobús y él iba a Edimburgo con el pretexto de devolver los libros a la biblioteca, pero en realidad se dedicaba a callejear un par de horas, imaginándose lo que haría cuando fuera mayor y libre. Seguía a los turistas americanos, observando su jactancia y seguridad, sus abultadas carteras y sus generosas cinturas; los veía fotografiar la estatua de Greyfriars en el cementerio de la iglesia, y se quedaba mirando un buen rato aquella estatua del perrito, pero no sentía nada especial. Había leído historias sobre los Conjurados, sobre Deacon Brodie y las ejecuciones públicas en High Street, y se preguntaba qué clase de ciudad era aquélla, qué clase de país. Sacudió la cabeza para disipar aquellas fantasías y se dirigió al mostrador de información.

—Buenas, señor Morton.

Se volvió y vio a una niña, casi una jovencita ya, que le miraba, con un libro apretado contra el pecho. Morton frunció el ceño.

—Soy Samantha Rebus.

—Dios mío —exclamó Morton sorprendido—. Claro que sí. Vaya, vaya, sí que has crecido desde la última vez que te vi hará uno o dos años. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. He venido con mi madre. ¿Está de servicio?

—Algo por el estilo.

Morton notaba sus ojos clavados en él. Dios, tenía los mismos ojos que su padre. Herencia paterna.

—¿Cómo está papá?

Decírselo o no decírselo. ¿Y por qué no? Pero no le pareció el lugar adecuado.

—Bien, que yo sepa —contestó, consciente de que era verdad en un setenta por ciento.

—Voy abajo, a la sección juvenil. Mamá está en la sala de lectura, pero allí es muy aburrido.

—Voy contigo. Me dirigía precisamente ahí.

Ella le sonrió, complacida por alguna idea de su cabeza adolescente, y Jack Morton pensó que era muy distinta a su padre. Era muy guapa y educada.

Una cuarta niña había desaparecido. Parecía algo anunciado. Nadie habría apostado en contra.

—Hay que establecer vigilancia extra —insistió Anderson—. Esta noche se asignarán más agentes de servicio. Recuerden —añadió ante los presentes, ojerosos y desmoralizados— que cuando mate a la víctima tratará de deshacerse del cuerpo y, si podemos sorprenderle en ese momento, o algún civil le ve haciéndolo, ya lo tenemos.

Anderson golpeó con el puño en la palma de su mano. Estaban todos poco animados. El estrangulador ya había dejado, sin ningún problema, tres cadáveres, en distintas partes de la ciudad: Oxgangs, Haymarket y Colinton. La policía no podía estar en todas partes (aunque aquellos días a los ciudadanos les parecía que sí) por mucho que se esforzara.

—Bien —prosiguió el inspector jefe consultando una carpeta—, el último secuestro no parece guardar mucha relación con los anteriores. El nombre de la víctima es Helen Abbot; ocho años. Observarán que es menor que las otras; tiene pelo castaño claro hasta los hombros y se la vio por última vez con su madre en Princes Street. La madre dice que la niña se extravió. Estaba con ella y de pronto ya no estaba allí, igual que ocurrió con la segunda víctima.

A Gill Templer, cuando pensó en ello más tarde, le llamó la atención un detalle. Las niñas no podían haber sido raptadas en una tienda; habría sido imposible sin que se produjeran gritos o alguien lo hubiera visto. Pero alguien

había declarado haber visto a una niña con el mismo aspecto que Mary Andrews —la segunda víctima— subir la escalinata de la National Gallery hacia el Mound. Iba sola y parecía contenta. Tal vez, se dijo Gill, porque había escapado a la tutela de su madre. ¿Por qué? ¿Para acudir a escondidas a alguna cita con alguien a quien había conocido y que resultó ser el asesino? En tal caso, se diría que todas las niñas habían conocido al asesino; por tanto, algo tendrían en común. Sin embargo, iban a distintos colegios, tenían distintos amigos, edades distintas. ¿Cuál era el común denominador?

Se dio por vencida cuando empezó a dolerle la cabeza. Además, había llegado a la calle donde vivía John y tenía otras cosas en qué pensar. Él le había pedido que le llevara una muda para cuando le dieran el alta, que mirase si tenía correo y comprobase si funcionaba la calefacción central. Le había dado la llave; mientras subía la escalera tapándose la nariz para evitar el olor a meados de gato, sintió que había un vínculo entre ella y John Rebus. Se preguntaba si la relación iba a convertirse en algo serio. Era un buen hombre, aunque con alguna obsesión, algún secreto. Tal vez era eso lo que a ella le gustaba.

Abrió la puerta del piso, recogió las cartas de la moqueta y echó una mirada al interior. En la puerta del dormitorio recordó aquella apasionada noche; el olor aún parecía flotar en el aire.

El piloto del radiador estaba encendido; Rebus se sorprendería cuando se lo dijera. Tenía muchos libros; claro, su mujer era profesora de literatura. Recogió algunos del suelo y los colocó en los estantes vacíos del mueble. En la cocina se preparó café, se sentó a tomarlo y miró el correo: una factura, una circular y una carta con el nombre mecanografiado echada al correo en Edimburgo hacía tres días. Las guardó en el bolso y cuando fue a mirar en el armario advirtió que el cuarto de Samantha seguía cerrado con llave. Más recuerdos suprimidos. Pobre John.

A Jim Stevens se le acumulaba el trabajo. El Estrangulador de Edimburgo se estaba convirtiendo en un personaje importante; no se podía ignorar a aquel malnacido, aunque uno tuviera mejores cosas que hacer. Stevens disponía de

un equipo de tres personas que trabajaban con él en las noticias y artículos del diario. Los malos tratos a niños en Inglaterra eran la noticia del día; las cifras eran horripilantes, pero era más horripilante la sensación de estar perdiendo el tiempo mientras esperaban que apareciera otra niña asesinada o que desapareciera otra criatura. Edimburgo era una ciudad desierta. Los niños no salían de casa y los pocos que se veían por la calle corrían como desesperados. Stevens quería dedicar sus esfuerzos al caso de las drogas, a reunir pruebas y desenmascarar la conexión con la policía; pero tenía encima a Tom Jameson a todas horas del día, entrando y saliendo de su despacho: «¿Y ese original, Jim? A ver si te ganas el sueldo, Jim. ¿Cuándo es la próxima rueda de prensa, Jim?» Stevens salía quemado al cabo de la jornada. Así que decidió interrumpir su investigación sobre el caso Rebus. Era una lástima, porque al estar la policía totalmente ocupada en aquellos asesinatos, quedaba el campo libre para otros delitos, incluido el tráfico de drogas. La mafia de Edimburgo debía de estar en la gloria. Había publicado el artículo sobre el «burdel» de Leith con la esperanza de obtener alguna información a cambio, pero los capos no entraban en el juego. Bueno, que les dieran. Ya llegaría su momento.

Cuando ella entró en el pabellón, Rebus leía una Biblia, cortesía del hospital; la monja, al enterarse de su petición, le preguntó si quería un cura o un pastor, posibilidad que él rechazó enérgicamente. Estuvo hojeando complacido —más que complacido— algunos de los mejores pasajes del Antiguo Testamento y refrescando su memoria acerca del vigor y la fuerza moral de los mismos. Leyó la historia de Moisés, de Sansón y de David, y a continuación el Libro de Job, y encontró en él una fuerza que creía olvidada:

Dios se ríe del sufrimiento de los inocentes,
la tierra es entregada en manos de los impíos
y él cubre el rostro de los jueces,
si no es él, ¿quién es?

Si yo dijere: olvidaré mi queja,

dejaré mi triste semblante y me esforzaré,
me turban todos mis dolores;
sé que no me tendrán por inocente.
Yo soy impío.
¿Para qué esforzarme en vano?
Aunque me lave con aguas de nieve.

Rebus sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal a pesar de que la calefacción del pabellón era agobiante, y su garganta imploraba agua. Mientras se servía un poco de agua tibia en un vaso de plástico vio llegar a Gill con unos tacones menos escandalosos y dirigirle una sonrisa que animaba el pabellón. Algunos enfermos la miraban con admiración. Rebus sintió una repentina alegría de marcharse aquel mismo día de allí. Dejó a un lado la Biblia y la saludó con un beso en el cuello.

—¿Qué me traes?

Cogió el paquete de sus manos y vio que era una muda.

—Gracias —dijo—. Creía que esta camiseta no estaba tan limpia.

—Y no lo estaba —comentó ella riendo y acercando una silla—. Tenías toda la ropa sucia y he tenido que lavarla y plancharla con verdadero riesgo para mi salud.

—Eres un ángel —comentó él dejando el paquete a un lado.

—Por cierto, ¿qué leías en la Biblia? —preguntó ella dando unos golpecitos en la tapa de imitación de cuero.

—Oh, no gran cosa; hojeaba el Libro de Job que leí hace mucho tiempo. Ahora me parece aún más terrible. El hombre que duda, que clama a Dios buscando una respuesta y oye que «Dios ha entregado la tierra en manos de los impíos», como dice un versículo, o bien este otro: «¿Para qué esforzarse en vano?».

—Qué interesante. ¿Y persiste en esforzarse?

—Sí, eso es lo increíble.

Trajeron el té y la joven enfermera tendió una taza a Gill. Les había llevado un plato con galletas.

—Te he traído unas cartas del piso, y aquí está la llave —dijo tendiéndole la pequeña Yale. Pero Rebus sacudió la cabeza.

—Quédателя, por favor —dijo—. Tengo un duplicado.

Se miraron en silencio.

—De acuerdo —dijo finalmente Gill—. Gracias.

Acto seguido le entregó las tres cartas y él examinó los sobres.

—Ya veo que ahora las envía por correo —dijo abriendo la última misiva—. Este tipo está obsesionado conmigo —añadió—. Yo le llamo el señor Nudos. Es mi chiflado particular.

Gill observó con interés cómo Rebus leía la carta. Era más larga que de costumbre.

SIGUES SIN ADIVINARLO, ¿VERDAD? NO TIENES NI IDEA. NI UNA SOLA IDEA EN TU CABEZA. Y AHORA ESTO ESTÁ A PUNTO DE ACABAR, A PUNTO DE ACABAR. NO DIRÁS QUE NO TE DI UNA OPORTUNIDAD. ESO NO PUEDES DECIRLO. FIRMADO.

Rebus sacó del sobre una cruz hecha con cerillas.

—Ah, veo que hoy es el señor Cruz. Bueno, a Dios gracias, esto está a punto de acabar. Supongo que le aburre.

—¿De qué se trata, John?

—¿No te he contado lo de mis cartas anónimas? No es una historia muy apasionante.

—¿Cuánto tiempo hace que las recibes? —preguntó Gill tras leer la carta y examinar el sobre.

—Seis semanas. Quizás algo más. ¿Por qué?

—Bueno es que esta carta la echaron al correo el día en que desapareció Helen Abbot.

—¿Ah, sí? —replicó Rebus cogiendo el sobre y mirando el matasellos: «Edimburgo, Lothian, Fife, Borders».

Una zona bastante amplia. Volvió a pensar en Michael.

—Supongo que no recuerdas cuándo recibiste las otras cartas.

—Gill, ¿dónde quieres ir a parar? —dijo él mirándola, consciente de que ella también era policía—. Por Dios bendito, Gill, este caso nos está afectando a todos y empezamos a ver fantasmas.

—Es simple curiosidad —replicó ella leyendo otra vez la carta.

No era el estilo característico de un chiflado ni su forma de expresarse. Eso era lo que le preocupaba. Y ahora parecía que Rebus había recibido las notas coincidiendo con las fechas de los secuestros... ¿Habría algún tipo de conexión que apuntara a él directamente? Rebus había sido muy miope al respecto. O era eso o tal vez fuese fruto de una monstruosa casualidad.

—Sólo es una casualidad, Gill.

—A ver, dime cuándo recibiste las notas.

—No me acuerdo.

Ella se inclinó sobre él y, con los ojos muy abiertos tras las gafas, dijo pausadamente:

—¿Me ocultas algo?

—¡No!

Todos los del pabellón se volvieron hacia él y sintió que sus mejillas enrojecían.

—No —repitió en voz baja—. No te oculto nada. A no ser...

Pero ¿cómo podía estar seguro tras tantos años de detenciones, de acusaciones ante los tribunales, de olvidos, con todos los enemigos que se había ganado...? Estaba seguro de que ninguno sería capaz de atormentarle de aquella manera. Seguro.

Papel y bolígrafo en mano y con gran esfuerzo por parte de Rebus, repasaron las notas: fecha, texto y cómo habían llegado hasta él. Gill se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz, bostezando.

—Es demasiada casualidad, John.

Él, en lo más profundo de su ser, sabía que tenía razón. Sabía que las cosas nunca eran lo que parecían, que nada era arbitrario.

—Gill —dijo finalmente, subiéndose la colcha—. Tengo que salir de aquí.

Una vez en el coche, ella siguió aguijoneándole, preguntándole. ¿Quién podía ser? ¿Habría una conexión? ¿En qué sentido?

—Pero, bueno —bramó Rebus—. ¿Es que ahora soy sospechoso?

Ella le miró a los ojos, tratando de penetrar en su ser, intentando arrancarle la verdad. Claro, era una auténtica policía, y una buena policía desconfía de todo el mundo; le miraba como a un niño a quien se regaña para que diga la verdad o confiese un secreto.

Gill sabía que era una simple corazonada sin base alguna. No obstante, notaba algo indefinible en la mirada candente de Rebus. Le habían ocurrido cosas extrañas cuando estaba en el ejército. Siempre ocurrían cosas extrañas. La realidad era siempre más extraña que la ficción y nadie era completamente inocente. Lo notaba en esa mirada esquiva de culpabilidad en los interrogatorios, fuese quien fuese. Todo el mundo tenía algo que ocultar. Aunque en su mayor parte eran cosas sin importancia, sepultadas por el paso de los años. Haría falta una policía del pensamiento para descubrir esa clase de delitos. Pero ¿y si John...? Si John Rebus formara parte de todo aquello, entonces... Era una idea absurda.

—Claro que no eres sospechoso, John —respondió—. Pero podría tener su importancia, ¿no crees?

—Que lo decida Anderson —contestó escuetamente, tembloroso.

Fue en aquel momento cuando Gill pensó: Y ¿si se envía él mismo las cartas?».

Le dolían los brazos y, al bajar la vista, comprobó que la niña ya no se debatía. Era ese momento, el momento inesperado y dichoso en que era inútil seguir viviendo y en que mente y cuerpo aceptan lo inevitable. Aquel momento hermoso y apacible, el momento más relajado de la vida. Él había intentado suicidarse hacía muchos años y saborear aquel momento. Pero le habían administrado algo en el hospital y después en la clínica, y le habían devuelto la voluntad de vivir. Ahora se lo haría pagar a todos. Vio la ironía de aquel hecho en su vida y contuvo la risa mientras arrancaba la cinta adhesiva de la boca de Helen Abbot y cortaba con las tijeritas sus ataduras. Sacó una cámara de bolsillo del pantalón y tomó otra instantánea de la niña, una especie de *memento mori*. Si le cazaban le harían polvo por aquello; ahora bien, no podrían imputarle como asesino sexual. El sexo no tenía nada que ver con ello; aquellas niñas eran prendas predestinadas por sus nombres. La que realmente importaba era la siguiente y última, y a ésa la conseguiría posiblemente aquel mismo día. Volvió a contener la risa. Este juego era mejor que el de tres en raya. Él jugaba a los dos como nadie.

19

Al inspector jefe William Anderson le encantaba la sensación de andar a la caza de alguien, esa pugna entre instinto y detección lenta pero segura; le gustaba, además, sentir que contaba con el apoyo de los hombres de su división. Como emisor de órdenes, intuición y estrategias estaba en su elemento.

Ni que decir tiene que ojalá hubiera ya cazado al estrangulador. No porque fuera un sádico, sino porque había que mantener la ley. De todos modos, cuanto más duraba una investigación como aquélla, más aumentaba la sensación de estar a punto de dar con el asesino, y saborear aquel esperado momento era uno de los grandes alicientes de la responsabilidad.

El estrangulador estaba cometiendo deslices, y eso era lo que contaba para Anderson en aquel momento. Primero fue el Ford Escort azul, y ahora la interesante hipótesis de que el asesino había estado o estaba en el ejército, una posibilidad sugerida por el nudo de bramante. Detalles como ése acabarían por conducirles a un nombre y una dirección, y a la detención del asesino. Y en ese momento Anderson dirigiría a sus hombres física y espiritualmente; habría otra comparecencia en televisión y fotos para la prensa (él era muy fotogénico). Sí, sí, sería una dulce victoria. A menos, claro está, que el estrangulador se esfumara en la noche como tantos otros antes que él. Pero era mejor no pensar en esa posibilidad, porque si lo hacía le temblaban las piernas.

Rebus no le desagradaba. Era un policía bastante bueno, tal vez algo rudo

en sus métodos. Tenía entendido que su vida privada había pasado por un mal momento, pues le habían dicho que la ex esposa de Rebus mantenía relaciones con su hijo. Evitaba pensar en ello. Andy, cuando se largó de casa dando un portazo, había roto los vínculos filiales. ¿Cómo era posible que la gente se dedicara a escribir poesía en estos tiempos? Era absurdo. Y además, liarse con la mujer de Rebus... No, no le desagradaba Rebus, pero cuando lo vio acercarse, acompañado por aquella hermosa oficial de enlace, Anderson sintió que se le revolvía el estómago y se recostó en el borde de un escritorio vacante. El agente que lo ocupaba habitualmente estaba haciendo una pausa en el trabajo.

—Me alegro de que vuelva a estar con nosotros, John. ¿Cómo se encuentra?

Anderson tendió la mano y Rebus, con extrañeza, tuvo que estrechársela.

—Me encuentro bien, señor —dijo.

—Señor —terció Gill Templer—, ¿podríamos hablar con usted un minuto? Hay novedades.

—Un simple indicio, señor —añadió Rebus mirando a Gill.

Anderson miró sucesivamente a uno y otro.

—Bien, pasen a mi despacho.

Gill explicó a Anderson la situación tal como ella la veía, y éste, atento y distanciado detrás de su escritorio, escuchó mientras miraba de vez en cuando a Rebus, que sonreía como disculpándose. «Perdone que le hagamos perder el tiempo», decía aquella sonrisa.

—¿Y bien, Rebus? —inquirió Anderson cuando Gill hubo concluido—. ¿Qué dice usted de todo eso? ¿Podría tratarse de alguien que tuviera motivos para informarle de sus planes? Quiero decir, ¿el estrangulador le conoce a usted?

Rebus se encogió de hombros, sonríe que te sonríe.

Jack Morton, en el interior de su coche, anotó unas observaciones en el

informe. Visita e interrogatorio al sospechoso; despreocupado y atento. Otra pista sin resultados, quería escribir. Otra maldita pista inútil. El vigilante del aparcamiento se acercaba mirándole con enfado para atemorizarle. Morton suspiró, dejó el bolígrafo y mostró el carné. Lo de siempre.

Rhona Phillips se puso el impermeable. Era un día de finales de mayo y la lluvia azotaba las casas como en un paisaje al óleo. Dio un beso de despedida a su amante poeta de pelo ensortijado, que estaba mirando la televisión, y salió de casa buscando en el bolso las llaves del coche. Desde hacía unos días recogía a Sammy en el colegio, a pesar de que estaba a menos de dos kilómetros de distancia, y la acompañaba también a la biblioteca a la hora del almuerzo, sin dejar que se apartara de ella. No quería arriesgarse mientras aquel psicópata andara suelto. Se dirigió rápidamente hacia el coche, subió y cerró de golpe la portezuela. La lluvia de Edimburgo era una maldición; calaba hasta los huesos, impregnaba los edificios empapados y los recuerdos de los turistas. Y duraba días, llenaba los charcos, rompía matrimonios, hacía tiritar, era mortal, omnipresente. El prototipo de postal enviada desde Edimburgo rezaba: «Edimburgo precioso. Gente muy reservada. Ayer vi el Castillo y el monumento a Escocia. Es una ciudad pequeña, casi un pueblo. Si estuviera dentro de Nueva York, pasaría desapercibida. El tiempo podría ser mejor».

El tiempo podría ser mejor. El arte del eufemismo. Lluvia, lluvia asquerosa. Era típico, justo cuando tenía el día libre. También era típico que ella y Andy hubiesen discutido. Y ahora allí lo tenía, en el sillón, sentado sobre las piernas. Lo de siempre. Y por la tarde tenía que corregir exámenes. Menos mal que habían empezado los exámenes. Aquellos días los chicos estaban más calladitos en clase, los mayores afectados por la fiebre o por la apatía ante el examen y los más jóvenes viendo en el rostro de víctima de los docentes la imagen de su irremediable futuro. Era una época interesante del año. Y pronto esos temores afectarían a Sammy, mejor dicho Samantha, porque era casi ya una mujer. Para una madre eso acarreaba otros temores: los peligros de la adolescencia, de experimentar cosas nuevas.

La observó desde el Escort, mientras sacaba el coche del camino de entrada haciendo marcha atrás. Perfecto. Tendría que esperar unos quince minutos. Cuando desapareció el coche, él aparcó el suyo frente a la casa y examinó las ventanas. Ahora estaría su novio solo. Salió del coche y caminó hacia la puerta.

Rebus volvió al centro de operaciones tras la reunión con Anderson, sin imaginarse que éste había decidido ponerlo bajo vigilancia. El centro de operaciones era un caos. Había papeles por todas partes, un ordenador en un rincón, y mapas y listas de tareas cubriendo totalmente las paredes.

—Tengo una reunión —dijo Gill—. Nos vemos más tarde. Oye, John, yo creo que hay una conexión. Llámalo intuición femenina u «olfato» policial, lo que quieras, pero lo digo en serio. Piénsalo. Piensa en alguna posible venganza, por favor.

Él asintió con la cabeza y la vio alejarse camino de su despacho, situado en otra parte del edificio. Ya ni sabía cuál era su mesa. Miró a su alrededor y vio que todo estaba de otra manera, como si hubieran cambiado las mesas de lugar o las hubieran agrupado. Sonó el teléfono en la que tenía al lado y, aunque había otros agentes y telefonistas más cerca, lo descolgó él, como si fuera un gesto para reintegrarse en la investigación. Rogó al cielo que no fuese él el objeto de la investigación, pero lo hizo sin fe.

—Centro de operaciones —dijo—. Sargento Rebus al habla.

—¿Rebus? Qué apellido tan raro. —Era una voz de hombre mayor pero vivaz, sin duda de alguien bien educado—. Rebus —repitió como si tomara nota.

Rebus miró con desconfianza el teléfono.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Ah, soy Michael Eiser, E-I-S-E-R, profesor de literatura inglesa en la universidad.

—Ah, dígame, señor —replicó Rebus cogiendo un bolígrafo y anotando

el nombre—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Bien, señor Rebus, se trata más bien de en qué puedo ayudar yo, aunque podría estar equivocado, por supuesto. —Rebus se imaginó al que llamaba, suponiendo que no se tratara de un falsario: un hombre de pelo ensortijado, con pajarita, traje de tweed no muy planchado, zapatos antiguos y que movía las manos al hablar—. Me interesan los acertijos, ¿sabe? De hecho, estoy escribiendo un libro sobre el tema que se titula *Ejercicios de lectura y respuestas exegéticas orientativas*. Menciono en él los acrósticos en los que la primera letra de cada palabra forma otra palabra, un juego tan viejo como la literatura. Sin embargo, el grueso del libro trata sobre su aparición en obras actuales, de Nabokov, Burgess y otros autores. Naturalmente, el acróstico constituye una pequeña parte de otros muchos recursos que los escritores utilizan para entretener o convencer a sus lectores.

Rebus trató de interrumpirle, pero el desconocido no paraba y tuvo que seguir escuchando, preguntándose si sería la llamada de un chiflado y si debería colgar por las buenas, claro que eso sería una infracción del reglamento. Tenía cosas más importantes que hacer y le dolía la espalda.

—... Y el caso, señor Rebus, es que he advertido casi por azar una especie de pauta en la elección que hace el asesino de sus víctimas.

Rebus se sentó en el borde de la mesa y apretó el bolígrafo como si quisiera estrujarlo.

—¿Ah, sí? —dijo.

—Sí. Tengo ante la vista una hoja con los nombres de las víctimas. Tal vez habría debido advertirlo antes, pero no se me ocurrió hasta hoy, al leer un artículo en el periódico que mencionaba a esas pobres niñas. Yo suelo leer el *Times*, ¿sabe?, pero esta mañana no pude encontrarlo y compré otro periódico, y allí lo vi. Puede que no sea nada, una simple casualidad, pero puede que no. Decídanlo ustedes mismos. Yo me limito a ofrecerles mi propuesta.

Jack Morton, expulsando humo a su alrededor, entró en la sala y, al ver a Rebus, le saludó con la mano. Rebus movió la cabeza en respuesta. Jack tenía aspecto de estar rendido. Todos lo tenían, y allí estaba él, fresco como una rosa después de una temporada de descanso y relajación, escuchando por

teléfono las elucubraciones de un lunático.

—¿Qué propuesta exactamente, profesor Eiser?

—Bueno, ¿no lo ve? Los nombres de las víctimas, en orden, son Sandra Adams, Mary Andrews, Nicola Turner y Helen Abbot. —Jack se acercó cabizbajo a la mesa de Rebus—. Si formamos un acróstico con nombres y apellidos obtenemos la palabra Samantha. ¿La próxima víctima del asesino, tal vez? O quizá sea una simple casualidad y no exista ningún juego.

Rebus colgó de golpe, se alejó rápidamente de la mesa y tiró de la corbata a Morton. Éste jadeó y el cigarrillo se le cayó de los labios.

—Jack, ¿tienes el coche ahí fuera?

Morton, casi sin respiración, asintió con la cabeza.

Santo cielo, santo cielo, así que era cierto. Tenía que ver con él. Samantha. Todas las pistas, los asesinatos eran un mensaje para él. «Dios mío, ayúdame por favor.»

Su hija iba a ser la siguiente víctima del estrangulador.

Rhona Phillips vio el coche aparcado delante de su casa, pero no le dio importancia. Lo único que quería era librarse de aquella lluvia. Echó a correr hacia la puerta de la casa, con Samantha siguiéndola de mala gana, y abrió.

—¡Es horrible salir de casa! —exclamó desde el vestíbulo en dirección al cuarto de estar.

Se quitó el impermeable y vio el televisor encendido y a Andy en el sillón, con las manos atadas a la espalda, amordazado con esparadrapo y un cordel de bramante colgándole del cuello.

Rhona iba a lanzar el grito más aterrador de su vida cuando un objeto pesado le golpeó en la cabeza, haciéndola caer desvanecida sobre las piernas de su amante.

—Hola, Samantha —dijo una voz que le resultó familiar, pero como iba enmascarado no pudo reconocer su sonrisa.

El coche de Morton cruzó veloz la ciudad con la luz azul parpadeante, como

si le persiguiera el demonio. Rebus le explicaba detalles por el camino, pero estaba demasiado alterado para hacerse entender; y Jack Morton, demasiado atento al tráfico para prestar atención. Habían pedido ayuda: que enviasen un coche al colegio, por si aún no se habían marchado, y dos coches a la casa, advirtiéndole que el estrangulador podía estar allí. Había que ir con cuidado.

El coche cruzó Queensferry Road a ciento treinta, dio un giro demencial a través del tráfico que circulaba en dirección contraria y se internó en el pulcro barrio donde vivían Rhona y Samantha, y ahora también el amante de Rhona.

—Dobla ahí —gritó Rebus alzando la voz por encima del ruido del motor.

Al entrar en la calle vieron los dos coches patrulla estacionados delante de la casa y el coche de Rhona, cual llamativo símbolo de futilidad, en el camino de entrada.

Querían administrarle sedantes pero se negó a tomar ningún medicamento. Le pidieron que se fuera a casa, pero no les hizo caso. ¿Cómo podía irse a casa con Rhona hospitalizada allí mismo? ¿Con su hija secuestrada, con su vida destrozada y convertida un guiñapo? Caminó de un lado a otro por la sala de espera del hospital. Les dijo que se encontraba bien. Sabía que Gill y Anderson esperaban en el pasillo. Pobre Anderson. Observó a través de la mugre de la ventana a las enfermeras caminar bajo la lluvia, entre risas, con las capas ahuecadas por el viento como en una vieja película de Drácula. ¿Cómo podían reírse? La niebla comenzaba a acumularse en los árboles, y las enfermeras, sin dejar de reír, ajenas al sufrimiento del mundo, se perdieron en la niebla como si un Edimburgo del pasado las hubiese engullido en su leyenda llevándose con ellas toda la risa del mundo.

Empezaba a anochecer y el sol era ya un recuerdo tras el cortinaje de nubes. Los pintores religiosos de la Antigüedad debieron de conocer cielos como aquél, y aceptaron ese color cárdeno de las nubes como un signo de la presencia de Dios, una manifestación de su poder creador. Rebus no era pintor y sus ojos no captaban la belleza en la realidad sino a través de las imágenes impresas. En aquella sala de espera tuvo el convencimiento de que su vida había sido una aceptación de experiencias secundarias —la experiencia de leer las ideas de otro— en detrimento de la vida real. Bien, pues ahora allí la tenía, cara a cara: volvió a verse a sí mismo en el regimiento de paracaidistas, en los SAS, cuando era la viva imagen del

agotamiento, angustiado, con los músculos en tensión.

Una vez más volvía a revivirlo todo. Golpeó la pared con las palmas de las manos, como si fueran a cachearle. Sammy se encontraba en algún lugar en manos de un maníaco, y él, allí, pensando en elogios funerarios, disculpas y comparaciones. No era suficiente.

En el pasillo, Gill concentraba su atención en William Anderson. A él también le habían dicho que se fuese a casa. Tras reconocerlo un médico para evaluar los efectos del shock, le recomendaron que permaneciera una noche en observación.

—No pienso moverme de aquí —dijo Anderson con fría determinación—. Si todo esto tiene algo que ver con John Rebus, quiero tenerle cerca. De verdad, me encuentro bien. —Pero no era cierto. Estaba aturdido y arrepentido, desconcertado por todo lo que había pasado—. Es inconcebible —le comentó a Gill Templer—. Es increíble que todo fuese un simple preludio al secuestro de la hija de Rebus. Es inverosímil. Ese tipo tiene que ser un trastornado. ¿Seguro que John no tiene alguna idea respecto a quién puede ser el asesino?

Gill Templer estaba pensando lo mismo.

—¿Por qué no nos lo ha dicho? —prosiguió Anderson, y, de repente, recuperó su condición de padre y comenzó a sollozar—. Andy, mi Andy —balbució, tapándose la cara con las manos y permitiendo que Gill le pasara el brazo por sus hombros caídos.

John Rebus, mientras miraba cómo oscurecía, pensaba en su matrimonio y en su hija. Su hija Sammy.

«Para quienes leen entre épocas.»

¿Qué era lo que estaba reprimiendo? ¿Qué era lo que había rechazado durante todos aquellos años, desde que estuvo en la costa de Fife, sufriendo el último ataque de depresión y cerrando el pasado con el aplomo de quien le cierra la puerta a un testigo de Jehová? No era tan fácil. El mensajero indeseado se había tomado su tiempo y ahora había decidido aparecer y entrar de nuevo en su vida. Trabando con el pie la puerta. La puerta de la percepción. ¿De qué le servía interpretarlo ahora? ¿Tan débil era el hilo de su fe? Samantha, Sammy, su hija. «Dios bendito, que no le ocurra nada. Dios

bendito, que no muera.»

«John, tú tienes que saber quién es.»

Pero él negó con la cabeza, regando con sus lágrimas los pliegues del pantalón. No lo sabía, no, no. Era Nudos. Era Cruces. Ya no le decían nada aquellos nombres. Nudos y cruces. Le enviaban nudos y cruces, bramante y cerillas; un galimatías, como había dicho Jack Morton. Simplemente eso. Dios bendito.

Salió al pasillo y se acercó a Anderson, que parecía una pieza de naufragio a punto de ser recogida por un camión de residuos. Se dieron un abrazo para infundirse ánimos mutuamente; eran dos viejos enemigos que de pronto se habían dado cuenta de que estaban en el mismo bando, y se abrazaban llorosos, desahogándose por todos aquellos años pateándose las calles impávidos e imperturbables. Ahora se mostraban como seres humanos, como todo el mundo.

Finalmente, después de que le informaran de que Rhona había sufrido una fractura craneal y de que le permitieran verla un momento, conectada a un respirador, Rebus permitió que lo llevaran a casa. Rhona estaba fuera peligro. Ya era algo. Mientras que Andy Anderson yacía en una mesa del depósito de cadáveres para que los forenses examinasen sus restos. Pobre Anderson; pobre hombre, pobre padre, pobre policía. Ahora el caso era una cuestión personal. Se había convertido en algo mucho más fuerte de lo que se hubieran podido llegar a imaginar. Ahora les movía el rencor.

Por fin tenían una descripción, aunque no muy buena. Una vecina había visto al hombre llevando a la niña al coche, un vehículo de color claro, dijo. Un coche corriente y un hombre corriente; no muy alto, rasgos duros. Caminaba muy deprisa y ella no se pudo fijar bien.

Apartarían a Anderson del caso, y también a Rebus. Ahora era un asunto de mayor magnitud: el estrangulador había allanado un domicilio y había perpetrado un asesinato allí mismo. Había ido muy lejos. Los periodistas y los fotógrafos apostados delante del hospital querían conocer más detalles. El director Wallace convocaría una conferencia de prensa. Los lectores y los curiosos también querían más detalles. Era una noticia bomba. Edimburgo, capital europea del crimen. El hijo de un inspector jefe asesinado y la hija de

un sargento de policía secuestrada y posiblemente muerta, a aquellas alturas.

¿Qué podía hacer salvo sentarse y esperar a que llegase otra carta? Estaría mejor en su piso, por oscuro y vacío que le pareciera, por mucho que le recordara una celda. Gill prometió ir a verle más tarde, después de la conferencia de prensa. Pondrían vigilancia delante de su casa, en un coche camuflado, por supuesto, pues no sabían hasta qué punto podía llegar el estrangulador.

Mientras, sin que él lo supiera, en jefatura escrutaron su expediente en busca de datos; en alguna parte tendría que aparecer el estrangulador. Tenía que estar ahí.

Claro que tenía que estar. Rebus sabía que sólo él tenía la clave. Pero era como si estuviera en un cajón cuya llave fuese él mismo. Sólo le llegaba un rumor lejano de aquella historia excluida de su memoria.

Gill Templer llamó al hermano de Rebus y, aunque a John no iba a gustarle nada, le pidió a Michael que viniera inmediatamente a Edimburgo para acompañar a John. Al fin y al cabo era la única familia que tenía Rebus. Michael, por teléfono, sonaba nervioso; nervioso y preocupado. Gill reflexionó sobre el asunto del acróstico. El profesor había estado en lo cierto. Tratarían de localizarle aquella misma tarde para interrogarle; sí, por supuesto. Pero si el estrangulador había planeado aquellos crímenes, tenía que haber obtenido los nombres de alguna lista, ¿cómo la habría conseguido? ¿A través de un funcionario, quizás? ¿De un profesor? ¿De alguien que tuviese acceso a los ordenadores de algún organismo público? Había muchas posibilidades. Tendrían que examinarlas una por una. De todos modos, en primer lugar, Gill propondría que interrogasen a todos los hombres apellidados Knott o Cross en Edimburgo. Era algo inaudito, pero en aquel caso todo estaba resultando inaudito.

Y después venía la conferencia de prensa, que convocarían —era lo más conveniente— en el edificio de la administración del hospital. Sólo había un lugar apropiado para celebrarla, al fondo del vestíbulo. El rostro de Gill Templer, humano pero serio, comenzaba a resultarle familiar al público

británico, casi tan conocido ya como el de cualquier periodista o presentador del telediario. Pero aquella tarde sería el director de la policía el protagonista de la conferencia. Esperaba que aquello no se alargara demasiado, porque quería ver a Rebus. Y tal vez fuera urgente hablar con su hermano. Alguien tenía que conocer el pasado de John. Por lo visto nunca hablaba con sus amigos de sus años en el ejército. ¿Era ésa la clave? ¿O era su matrimonio? Gill escuchó al director soltar su discurso, sonaron los clics de las cámaras y el vestíbulo se llenó de humo.

Y allí estaba Jim Stevens, con su sonrisita, como si supiera algo. Gill se puso nerviosa. El periodista clavaba sus ojos en ella mientras escribía en su libreta. Gill recordó la desastrosa velada que pasaron juntos y la no tan desastrosa velada con John Rebus. ¿Por qué eran tan complicados los hombres de su vida? Tal vez porque a ella le atraían las complicaciones. Pero ese caso había dejado de complicarse; parecía que se iba aclarando.

Jim Stevens, sin prestar mucha atención al informe policial, pensó en lo complicada que estaba resultando aquella historia. Rebus por un lado y Rebus por otro: drogas y homicidios, mensajes anónimos seguidos del secuestro de la hija. Tenía que indagar oficiosamente en la policía, y sabía que la mejor manera de hacerlo era a través de Gill Templer con un poco de mano izquierda. Si las drogas y el secuestro estaban relacionados, como era probable, tal vez fuera porque uno u otro de los hermanos Rebus no habían respetado las leyes del hampa. Quizá Gill Templer lo sabría.

Echó a andar tras ella cuando abandonó el edificio. Gill sabía que era Stevens, pero por una vez deseaba hablar con él.

—Hola, Jim. ¿Te llevo a algún sitio?

Stevens decidió aceptar y le dijo que le dejase en un bar, a menos que, por supuesto, fuera posible ver a Rebus un momento. No era posible. Continuaron en silencio.

—Este caso se está volviendo cada vez más raro, ¿no te parece?

Ella centró la mirada en la calle, como si pensara en una respuesta. En realidad, esperaba que él dijera algo más y que su silencio le hiciera creer que reservaba algo, algo que implicara un toma y daca entre ambos.

—Desde luego, Rebus parece el protagonista de todo esto. Es curioso.

Gill sintió que el periodista estaba a punto de jugar una carta.

—Quiero decir —prosiguió Stevens, encendiendo un cigarrillo—... No te importa que fume, ¿verdad?

—No —contestó ella con absoluta calma, aunque interiormente estaba en ascuas.

—Gracias. Quiero decir que es curioso porque tengo a Rebus en el punto de mira por otro asunto en el que estoy trabajando.

Ella detuvo el coche ante el semáforo en rojo, sin apartar la vista del parabrisas.

—Gill, ¿te interesaría conocer este otro asunto?

¿Diría que sí? Sí, claro que sí. Pero ¿a cambio de qué?

—Pues, sí, es un hombre muy interesante el señor Rebus. Y su hermano.

—¿Su hermano?

—Sí, ya sabes, Michael Rebus, el hipnotizador. Son unos hermanos muy extraños.

—¿Ah, sí?

—Escucha, Gill, déjate de gilipolleces.

—Estoy esperando a que lo hagas tú —replicó ella metiendo la marcha y arrancando.

—¿Estáis investigando a Rebus por algo? Quiero que me lo digas. Es decir, ¿sabéis realmente que es lo que hay detrás de todo este asunto y no lo reveláis?

Ella volvió la cabeza hacia él.

—No estamos investigando nada, Jim.

Él lanzó un resoplido.

—Tal vez no estéis investigando, Gill, pero no finjas que no pasa nada. Yo sólo quería saber si habías oído algo, algún comentario en las altas esferas. Tal vez en el sentido de que alguien ha hecho una chapuza al dejar que las cosas llegasen a este extremo.

Jim Stevens observaba su expresión sin perder detalle, lanzando ideas e hipótesis ambiguas con la esperanza de que alguna de ellas la hiciera reaccionar. Pero ella no mordía el anzuelo. Muy bien. A lo mejor no sabía nada. Pero eso no era óbice para que sus teorías fuesen erróneas. Podía ser que el asunto tuviera origen en un nivel superior, al que ni Gill Templer ni él tuvieran acceso.

—Jim, ¿qué es lo que tú «crees» saber de John Rebus? Puede ser importante; en serio. Podríamos interrogarte si pensamos que ocultas...

Stevens comenzó a silbar por lo bajo y a menear la cabeza.

—Sabemos que eso no vale, ¿no crees? Eso no vale.

Ella volvió a mirarle.

—Podríamos sentar un precedente —dijo.

Él se la quedó mirando. Sí, era muy capaz.

—Déjame aquí —dijo señalando a través de la ventanilla y dejando caer ceniza en la corbata.

Gill detuvo el coche y le miró mientras bajaba, pero antes de cerrar la portezuela él se inclinó hacia el interior.

—Podemos acordar un intercambio de información, si quieres. Ya sabes mi teléfono.

Sí, claro que sabía su teléfono. Él se lo había dado por escrito hacía mucho tiempo; hacía tanto que ahora vivían en mundos aparte y ella apenas le entendía. ¿Qué sabría de John? ¿Y de Michael? Mientras se dirigía a casa de Rebus pensó que tal vez allí podría averiguarlo.

21

John Rebus leyó unas páginas de la Biblia, pero la dejó a un lado al darse cuenta de que no se concentraba. Se puso a rezar, enfurruñado, y a continuación empezó a pasearse por el piso y a manosear objetos; era lo mismo que había hecho antes de sufrir su primera depresión, pero ahora no tenía miedo. Que pasara lo que tuviera que pasar. No le quedaba fortaleza, era un ser pasivo a merced de la voluntad de su malévolo creador.

Sonó el timbre de la puerta, pero no contestó. Que se fueran; así volvería estar a solas con su dolor y su ira impotente, sus mugrientos dominios. Volvió a sonar el timbre con mayor insistencia y, maldiciendo, fue al vestíbulo y abrió la puerta. Era Michael.

—John, he venido tan pronto como he podido —dijo.

—Mickey, ¿cómo te has enterado? —preguntó él invitándole a pasar.

—Me llamó una mujer y me explicó lo que había pasado. Es horrible, John, horrible —añadió poniéndole la mano en el hombro. Rebus, estremeciéndose, pensó en el tiempo que hacía que no sentía el contacto con un ser humano, un contacto de consuelo, fraternal—. Había dos gorilas afuera; por lo visto, te vigilan de cerca.

—Es el procedimiento —dijo Rebus.

Sería el procedimiento, pero Michael pensó que les debió de parecer sospechoso porque se abalanzaron sobre él cuando llegó. Él había desconfiado de aquella llamada telefónica, pensando en la posibilidad de que fuera una trampa. Pero, en cualquier caso, había oído por la radio la noticia

del secuestro y sabía que era verdad; por eso se había puesto en camino hacia aquella leonera, aun a sabiendas de que corría el riesgo de que le mataran si se enteraban de que iba a verse con su hermano, y preguntándose si el secuestro tendría algo que ver con su propia situación. ¿Sería un aviso para ellos dos? No lo sabía, y cuando los dos gorilas se le acercaron en la penumbra de la escalera pensó que todo había acabado. Primero creyó que eran gánsters que iban a por él y resultó que eran policías dispuestos a detenerle. Pero no; era «el procedimiento».

—¿Dices que te llamó una mujer? ¿Te acuerdas del nombre? Bueno, da igual, sé de quién se trata.

Cuando pasaron al cuarto de estar, Michael se quitó el chaquetón de borrego y sacó una botella de whisky de uno de los bolsillos.

—¿Nos servirá de consuelo? —dijo.

—Mal no nos hará.

Rebus fue a buscar un par de vasos a la cocina mientras Michael examinaba el cuarto de estar.

—Tu piso está bien —comentó.

—Bueno, es algo grande para mí solo —replicó Rebus.

De la cocina llegó un sonido ahogado. Michael fue hacia allí y se encontró a su hermano inclinado sobre el fregadero, llorando en silencio.

—John, ya verás como todo se arreglará —dijo abrazándolo, sintiendo que le invadía una sensación de culpabilidad.

Rebus buscó en los bolsillos un pañuelo, se sonó con fuerza y se enjugó los ojos.

—No seas animal; eso es fácil de decir —replicó, sorbiendo aire por la nariz y tratando de sonreír.

Se bebieron media botella, sentados en sendos sillones y mirando en silencio las sombras del techo. Rebus tenía los ojos enrojecidos y le escocían las pestañas. Aspiraba de vez en cuando por la nariz y se la restregaba con el dorso de la mano. Para Michael era como volver a ser niños, pero con los papeles cambiados. No habían estado nunca muy unidos pero ahora el

sentimiento se imponía a la realidad. Al acordarse de que John se había peleado por defenderle en un par de ocasiones, volvió a sentirse culpable y tembló un poco. Tenía que librarse de aquel negocio, aunque posiblemente estaba demasiado metido en él, y si había implicado sin querer a John... No quería ni pensarlo. Tenía que verse con su contacto y explicarle. Pero ¿cómo? No tenía su número de teléfono ni su dirección. Era siempre ÉL quien le llamaba y no al revés. Era ridículo, ahora que lo pensaba. Como una pesadilla.

—¿Te gustó la actuación la otra noche?

Rebus hizo esfuerzos por recordar: la mujer sola y perfumada, sus dedos apretándole la garganta; la escena que había marcado el principio del fin.

—Sí, fue interesante —dijo, creyendo recordar que se había quedado dormido. Bueno, daba igual.

Volvieron a quedarse en silencio, roto sólo por los ruidos del tráfico en la calle y por los gritos distantes de algún borracho.

—Dicen que puede ser alguien que me guarda rencor —dijo por fin.

—Ah. ¿Y es así?

—No lo sé. Eso parece.

—¿Y no sabes quién es?

Rebus sacudió la cabeza.

—Ése es el problema, Mickey. No puedo recordarlo.

Michael se enderezó en el sillón.

—¿Qué es lo que no puedes recordar?

—Algo. No lo sé. Si lo supiera, lo recordaría, ¿no? Pero tengo una laguna, sé que es así y que hay algo que debo recordar.

—¿Algo que hiciste tú? —preguntó Michael con interés.

Tal vez el secuestro no tenía que ver nada con él. Tal vez era por causa de otra cosa, de otra persona. Eso le animó un poco.

—Es algo del pasado, sí. Pero no puedo recordarlo —añadió Rebus restregándose la frente como si fuera una bola de cristal.

Michael metió la mano en el bolsillo.

—John, yo puedo ayudarte a recordar.

—¿Cómo?

—Con esto —respondió Michael sosteniendo entre el pulgar y el índice una moneda de plata—. Recuerda lo que te conté. Soy capaz de conseguir que mis pacientes regresen a vidas pasadas. Debería ser fácil hacerte regresar a tu pasado real.

Ahora fue Rebus quien se incorporó en su asiento. De repente se sintió más despejado.

—Adelante, entonces —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

Pero en su interior una parte de su ser decía: «No, no. No quieres saberlo».

Sí quería saberlo.

Michael se acercó a él.

—Recuéstate en el sillón y ponte cómodo. No bebas más whisky. Ahora bien, ten en cuenta que no todo el mundo es vulnerable al hipnotismo. No hagas ningún esfuerzo; ninguno. Si tiene que producirse, se producirá quieras o no. Relájate, John, relájate.

Sonó el timbre de la entrada.

—No contestes —dijo Rebus, pero Michael iba ya por el pasillo. Se oyeron voces en el vestíbulo y reapareció Michael con Gill.

—Creo que fue ella quien me llamó por teléfono —dijo.

—¿Cómo estás, John? —preguntó Gill con gesto de preocupación.

—Bien, Gill. Te presento a mi hermano Michael, el hipnotizador. Va a... eliminar ese bloqueo que tengo en mi memoria, ¿no, Michael? Tú podrías tomar notas, si quieres.

Gill miró a uno y otro, sintiéndose un poco fuera de lugar. Qué hermanos tan extraños. Eso era lo que Jim Stevens le había dicho. Llevaba dieciséis horas trabajando y ahora, sesión de hipnotismo. Pero sonrió y se encogió de hombros.

—¿Puedo beber algo antes?

Rebus sonrió.

—Sírrete tú —dijo—. Hay whisky, whisky con agua o agua. Adelante, Mickey. Han secuestrado a Samantha, pero aún puede haber esperanza.

Michael separó un poco las piernas y se inclinó sobre Rebus. Parecía como si fuera a devorar a su hermano, mirándole fijamente a los ojos y

hablándole con la boca muy cerca de él. Eso le pareció a Gill, que se sirvió whisky en un vaso. Michael alzó la moneda para que le diera la tenue luz de la bombilla de bajo voltaje que iluminaba cuarto hasta que consiguió un reflejo que hizo incidir sobre la retina de John, produciendo una expansión y una contracción de las pupilas. Estaba casi seguro de que su hermano sería susceptible al hipnotismo. Al menos, eso era lo que él esperaba.

—John, escucha atentamente. Escucha mi voz, John. Mira esta moneda. Mira cómo brilla y gira. Mírala girar. ¿La ves girar, John? Ahora relájate y escúchame. Mira cómo gira, mira cómo brilla.

Por un instante pareció que Rebus no iba a ceder al hipnotismo. Tal vez era el vínculo familiar lo que le hacía inmune a aquella voz y a su poder de sugestión. Pero, de pronto, Michael vio que se producía un leve cambio en la mirada, un cambio imperceptible para un profano. Su padre se lo había enseñado bien. Su hermano estaba ahora en un limbo, cautivo del brillo de la moneda, transportado a donde él quisiera llevarle, había caído bajo su poder. Como de costumbre, Michael sintió un ligero estremecimiento: el del poder, un poder total e irreductible; podía hacer lo que quisiera con sus pacientes.

—Michael —musitó Gill—, pregúntele por qué dejó el ejército.

Michael tragó saliva. Sí, era una buena pregunta, una pregunta que él también quería hacerle a John.

—John —dijo—. ¿John? ¿Por qué dejaste el ejército, John? Dínoslo.

Muy despacio, como si hablara en una lengua extraña o desconocida, Rebus comenzó a explicar la historia. Gill se apresuró a sacar del bolso el bolígrafo y la libreta. Michael dio un sorbo de whisky y los dos escucharon.

CUARTA PARTE

La cruz

Servía en el regimiento de paracaidismo desde los dieciocho años, pero decidí alistarme en las Fuerzas Especiales de los SAS. ¿Por qué? ¿Por qué un soldado es capaz de aceptar una reducción de la paga para alistarse en los SAS? No lo sé. Lo único que sé es que de pronto me encontré en el campamento de entrenamiento de los SAS en Herefordshire. Yo le llamaba La Cruz, porque me habían advertido que aquello sería un martirio y, tanto yo como los demás voluntarios, vivimos allí un calvario de marchas, instrucción, pruebas y esfuerzos. Nos entrenaban con saña, hasta el límite de nuestra resistencia. Nos enseñaron a ser mortíferos.

Por entonces corría el rumor de que iba a estallar de un momento a otro una guerra civil en el Ulster y que enviarían a los SAS para aplastar la insurrección. Llegó el día de la entrega de los uniformes y nos dieron una boina nueva con las insignias. Ya éramos de los SAS. Pero eso no era todo. A Gordon Reeve y a mí nos convocaron al despacho del comandante, y éste nos dijo que habíamos obtenido las dos mejores calificaciones de la promoción. Nos aguardaba un entrenamiento de dos años para convertirnos en militares profesionales, pero en nuestro caso nos reservaban un futuro espléndido.

Cuando salíamos del edificio, Reeve me comentó:

—Oye, he oído ciertos rumores y conversaciones de los oficiales. Tienen planes para nosotros, Johnny. Te lo digo en serio: planes.

Semanas más tarde iniciamos un cursillo de supervivencia. Teníamos que actuar como fugitivos, y los soldados de otras unidades tenían que tratar de

capturarnos. Si lo conseguían, no se andarían con miramientos para obtener información sobre nuestra misión. Tuvimos que poner trampas y cazar para comer, ocultarnos y desplazarnos por la noche a través del páramo desolado. Por lo visto estaba decidido que la prueba la pasáramos los dos juntos, aunque esta vez nos acompañaban otros dos.

—Han preparado algo especial para nosotros —repetía Reeve—. Tengo esa corazonada.

Apenas nos metimos en los sacos de dormir para descansar dos horas, cuando el soldado que montaba guardia asomó la nariz por la tienda de campaña.

—Muchachos, no sé cómo explicaros...

Acto seguido nos vimos rodeados de luces y armas, nos dieron una paliza que nos dejó casi inconscientes y lo destrozaron todo. A la luz de las linternas, vimos que iban enmascarados y que hablaban una lengua extranjera. Un culatazo en los riñones me hizo comprender que no era un sueño. Era real.

La celda en la que me arrojaron era también real. El suelo de aquella celda estaba cubierto de sangre, heces y otros detritos. Había un colchón hediondo y una cucaracha. Nada más. Me tumbé en el colchón húmedo e intenté dormir, porque sabía que el sueño es lo primero de que te privan.

De pronto se encendieron las intensas luces de la celda. Las mantuvieron implacablemente encendidas, abrasándome el cerebro. A continuación comenzaron los ruidos, ruidos de una paliza y un interrogatorio en la celda de al lado.

—¡Dejadle, cabrones! ¡Os voy a arrancar la cabeza!

Golpeé el muro con los puños y las botas, y los ruidos cesaron. Oí el portazo en la celda de al lado y que arrastraban un cuerpo por delante de la mía. Después, silencio. Sabía que vendrían a por mí.

Esperé y espere, horas y días, hambriento, sediento, y cada vez que cerraba los ojos, de las paredes y el techo brotaban sonidos, como si encendieran una radio a todo volumen. Me tumbé y me tapé los oídos con las manos.

«Que os den por culo. Que os den por culo.»

Estaba a punto de desmoronarme, pero si me desmoronaba, de nada habrían servido los meses de entrenamiento. Me puse a cantar en voz alta. Arañé las paredes de la celda, unas paredes húmedas cubiertas de verdín, y con las uñas marqué un anagrama de mi apellido: BRUSE. Hacía juegos mentales, pensaba en acertijos y en juegos de palabras. Transformé la supervivencia en juego. Un juego, un juego, un juego. Me lo repetía constantemente para no olvidarlo; por muy mal que me fuera, aquello era un juego.

Y pensaba en Reeve, que me lo había advertido. Sí, claro, grandes planes. Reeve era lo más parecido a un amigo que tenía en el regimiento; me preguntaba si era su cuerpo lo que había oído arrastrar por el pasillo. Recé por él.

Un día me trajeron comida y un tazón de agua turbia. La comida parecía que la hubieran recogido allí mismo, entre la porquería del suelo, antes de pasarla por la trampilla que se abrió de repente en la puerta para volver a cerrarse inmediatamente. Deseé que aquella bazofia fría se convirtiera en un bistec con verduras, antes de llevarme una cucharada a la boca y escupirla acto seguido. El agua sabía a hierro. Me limpié despacio la barbilla con la manga, convencido de que me estaban observando.

—Mi enhorabuena al cocinero —dije en voz alta.

Lo único que recuerdo es que a continuación me quedé dormido.

Estábamos volando. No me cabía la menor duda. Iba en un helicóptero y el viento me azotaba la cara. Me desperté despacio y abrí los ojos en la oscuridad. Tenía la cabeza metida en una especie de saco y las manos atadas a la espalda. Sentía que el helicóptero subía y bajaba.

—¿Estás despierto? —dijo alguien dándome un culatazo.

—Sí.

—Bien. Ahora dime el nombre de tu regimiento y los detalles de tu misión. Esto no es ninguna broma, hijo. Así que más vale que cantes.

—Vete a la mierda.

—Espero que sepas nadar, hijo. Espero que puedas nadar. Estamos a

sesenta metros por encima del mar de Irlanda y vamos a tirarte de este helicóptero con las manos atadas. Chocarás con el agua como si fuera cemento, ¿te das cuenta? Te matarás o quedarás atontado. Te comerán los peces, hijo, y jamás aparecerá tu cadáver. ¿Entiendes lo que te digo?

Era un oficial y hablaba con voz monocorde.

—Sí.

—Bien. Dime, pues, el nombre de tu regimiento y los detalles de tu misión.

—Vete a la mierda —dije procurando conservar la calma.

Sería otro accidente reflejado en las estadísticas: muerto en un entrenamiento; sin comentarios. Caería en el mar como una bombilla que se estrella contra un muro.

—Vete a la mierda —repetí, diciéndome para mis adentros que sólo era un juego.

—Esto no es un juego, ¿sabes? Se acabó el juego. Tus amigos ya han cantado, y de qué manera. De acuerdo, muchachos, dadle el empujón.

—Espera...

—Que desfrutes del chapuzón, Rebus.

Me agarraron por las piernas y el tronco. En la oscuridad del saco, con el viento soplando salvajemente, comencé a pensar que todo había sido un grave error...

—Esperad...

Sentí que flotaba en el aire, a unos sesenta metros por encima del mar, entre los graznidos de las gaviotas, antes de que me dejaran caer.

—¡Esperad!

—¿Cómo dices, Rebus?

—¡Quitadme al menos este puto saco de la cabeza! —grité desesperado.

—Tirad a este cabrón.

Y me tiraron. Floté en el aire un segundo antes de caer como un ladrillo. Caía en el vacío atado como un pavo de Navidad. Grité una o dos veces antes de estrellarme contra el suelo.

El duro suelo.

Quedé allí tirado mientras el helicóptero aterrizaba. Me rodearon todos

riendo y volví a oír las voces extranjeras. Me levantaron y me arrastraron hasta la celda. Me alegré de tener tapada la cabeza con el saco porque así no veían que lloraba. En lo más íntimo de mi ser era un revoltijo estremecido de agujetas; serpientes de terror, de adrenalina y de alivio se enroscaban en mi hígado, mis pulmones y mi corazón.

Cerraron la puerta de golpe a mis espaldas; oí unos pasos arrastrados y unas manos me desataron con torpeza. Al quitarme la capucha tardé unos segundos en recobrar la visión.

Vi un rostro que parecía el mío. Otra vuelta de tuerca. Pero comprobé que era Gordon Reeve en el mismo instante que él me reconocía a mí.

—¡Rebus! —exclamó—. Me dijeron que habías...

—A mí me dijeron lo mismo de ti. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Dios, me alegro de verte.

Nos abrazamos, sintiendo, aunque débilmente, la fuerza de otro ser humano, los olores del sufrimiento y la resistencia. Él lloraba.

—Eres tú —dijo—. No estoy soñando.

—Sentémonos —dije—. Casi no me tengo en pie.

Lo dije porque sus piernas no le aguantaban; se apoyaba en mí como en una muleta, y se sentó con agradecimiento.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunté.

—Aguanté firme un tiempo —contestó dándose un palmetazo en la pierna—. Hacía flexiones y gimnasia, pero me cansaba. Me han puesto drogas en la comida y tenía alucinaciones cuando estaba despierto.

—A mí me han dado somníferos.

—Esas drogas son muy distintas. Además, está la manguera a presión. Me rociaban con ella una vez al día, creo; con agua helada, que no acaba nunca de secarse.

—¿Cuánto tiempo crees que llevas aquí?

¿Me veía él tan hecho polvo como yo le veía a él? Esperaba que no. Él no mencionó lo del lanzamiento desde el helicóptero y no quise preguntarle al respecto.

—Mucho —dijo—. Esto es absurdo.

—Siempre decías que nos reservaban algo especial y yo no te creía. Dios

me perdone.

—No era esto precisamente lo que yo imaginaba.

—Pero sí que somos nosotros dos quienes les interesamos.

—¿Qué quieres decir?

Hasta aquel momento no había pensado mucho en ello, pero ahora estaba seguro.

—Mira, cuando el centinela asomó la cabeza por la tienda aquella noche, no estaba sorprendido ni asustado. Creo que nos tenían en el punto de mira desde el principio.

—¿Y qué es lo que quieren?

Yo le miré sentado allí, con la barbilla apoyada en el brazo. Éramos seres debilitados, excluidos. Las hemorroides nos devoraban como vampiros hambrientos, teníamos la boca reseca y ulcerosa, se nos caía el pelo, nos bailaban los dientes. Pero aún teníamos fuerza interior de sobra. Y eso era lo que yo no podía entender: ¿por qué nos habían puesto juntos si separados estábamos los dos a punto de desmoronarnos?

—¿Qué pretenderán?

Tal vez trataban de infundirnos un falso sentimiento de seguridad antes de apretarnos más las tuercas. No se ve lo peor mientras podamos decir «esto es lo peor». Shakespeare, *El rey Lear*. No lo sabía en aquel momento, pero ahora sí. Dejémoslo.

—No lo sé —dije—. Nos lo dirán cuando llegue el momento, supongo.

—¿Tienes miedo? —preguntó de pronto, mirando la siniestra puerta de la celda.

—Es posible.

—Tienes que estar muerto de miedo, John. Yo lo estoy. Recuerdo que una vez, cuando era niño, íbamos por la orilla de un río cerca de donde vivíamos, un río crecido, porque llevaba una semana lloviendo. Fue justo después de la guerra y había muchas casas en ruinas. Fuimos corriente arriba y llegamos hasta la tubería de una cloaca. Yo jugaba siempre con chicos más mayores, no sé por qué, y tenía que aguantar sus putas bromas, pero yo seguía yendo con ellos. Supongo que me gustaba ir con chicos que atemorizaban a los chavales de mi edad. Así que, aunque me trataban mal, me

conferían cierto poder sobre los más pequeños. ¿Me entiendes?

Asentí con la cabeza, pero él no me miraba.

—La tubería no era muy ancha pero sí muy larga, y cruzaba el río a gran altura. Me dijeron que la atravesara yo el primero. Dios, qué miedo me entró. Tenía tanto miedo que, cuando iba por la mitad de la tubería, empezaron a temblarme las piernas y era incapaz de moverme. De pronto sentí los orines mojándome los pantalones y chorreándome por las piernas, y ellos, al verlo, se echaron a reír. Se reían de mí y yo no podía moverme ni echar a correr. Y se fueron todos, dejándome allí.

Yo pensé en las risas que oí mientras me arrastraban, después de la farsa del helicóptero.

—¿A ti te ha ocurrido alguna vez algo así, Johnny?

—Creo que no.

—¿Y por qué demonios te alistaste?

—Para largarme de casa. No me llevaba bien con mi padre. Su preferido era mi hermano pequeño, y yo me sentía marginado.

—Yo no he tenido hermanos.

—Ni yo, por así decir. Tuve un adversario.

«—Voy a despertarle.

—Ni se le ocurra.

—No está contando nada. Continúe.»

—¿En qué trabajaba tu padre, Johnny?

—Era hipnotizador. Hacía subir a gente al escenario para hacer tonterías.

—¡No me digas!

—De verdad. Mi hermano pensaba seguir sus pasos, pero yo no. Por eso me fui. No creas que lo sintieron.

Reeve contuvo la risa.

—Si fueran a vendernos tendrían que ponernos una etiqueta que dijera «bastante estropeado», ¿eh, Johnny?

Me eché a reír, más de lo necesario, y nos pasamos los dos el brazo por los hombros para darnos calor.

Dormíamos uno junto a otro, meábamos y defecábamos uno delante del otro, hacíamos gimnasia a la par y resistíamos juntos.

Reeve tenía un trozo de cordel y lo enrollaba y desenrollaba, haciendo los nudos que nos habían enseñado en el entrenamiento. Eso me llevó a explicarle lo del nudo gordiano.

También jugábamos al tres en raya^[1] trazando las casillas en la pared de la celda con las uñas. Reeve me enseñó un truco con el que, como mínimo, conseguías empatar. Habíamos jugado más de trescientas partidas y él había ganado dos tercios de las veces. Era un truco muy sencillo.

—Llenas la primera casilla de la esquina izquierda de arriba y luego la opuesta en la diagonal y ya no pierdes.

—¿Y si el adversario la ha llenado con una cruz?

—Aún puedes cubrir la otra esquina y ya ganas.

Reeve pareció animarse al decirlo y se puso a bailotear por la celda. Después me miró.

—John, eres como el hermano que nunca tuve.

De pronto me cogió la mano, me hizo un arañazo en la palma con la uña, él se hizo otro en la suya y nos restregamos las palmas, mezclando nuestra sangre.

—Ahora somos hermanos de sangre —dijo Gordon sonriente.

Yo le sonreí, consciente de su gran dependencia y de que si nos separaban él no lo soportaría.

A continuación se arrodilló ante mí y me dio otro abrazo.

Gordon estaba cada vez más inquieto. Hacía cincuenta flexiones diarias. Con lo mal que comíamos, eso era un esfuerzo extraordinario. Canturreaba. El efecto de mi compañía iba diluyéndose y empezó a desbarrar otra vez. Así que empecé a contarle historias.

Le hablé primero de mi infancia y de los trucos que hacía mi padre, y a continuación comencé a contarle historias de ficción y a explicarle

argumentos de mis libros preferidos. Un día le conté la historia de Raskolnikov, el protagonista de *Crimen y castigo*, el relato más moral de la literatura. Él me escuchaba extasiado, y yo hice lo posible por prolongar la historia, inventándome pasajes, diálogos y personajes. Cuando terminé, dijo:

—Cuéntamela otra vez.

Lo hice.

—¿Era inevitable, John? —preguntó Reeve sentado en cuclillas, con las manos apoyadas en el suelo de la celda.

Yo estaba tumbado en el colchón.

—Sí —dije—. Creo que sí. Desde luego, está escrito con esa intención. Se adivina el final casi desde el principio.

—Sí, me ha dado también esa impresión.

Después de una larga pausa se aclaró la garganta.

—John, ¿cuál es tu idea de Dios? Me gustaría saberlo.

Comencé a explicárselo y a medida que hablaba, uniendo mis torpes argumentos con relatos de la Biblia, Gordon Reeve, tumbado en el suelo me miraba con los ojos como platos, sin perder detalle de mis palabras.

—Yo no creo nada de eso —dijo finalmente, mientras yo tragaba saliva—. Me gustaría, pero no puedo. Yo creo que Raskolnikov debería habérselo tomado con más calma y haber disfrutado de su libertad. Tendría que haber cogido una Browning y cargárselos a todos.

Reflexioné sobre aquel comentario. Encontré en él cierta justicia, pero tenía serias reservas al respecto. Reeve era como alguien atrapado entre dos aguas, alguien que creía carecer de fe, pero no necesariamente sin posibilidades de creer.

«¿Qué es toda esa gilipollez?»

«Chiss.»

Un día, entre juegos y relatos, puso sus manos en mi cuello.

—John somos amigos, ¿no? ¿Muy amigos? Nunca he tenido un amigo de verdad. —Su hálito era cálido a pesar del frío de la celda—. Nosotros sí que somos amigos, ¿verdad? Me refiero a que yo te he enseñado a ganar al tres en raya, ¿no?

Me miraba ya con ojos inhumanos, ojos de lobo. Yo había visto llegar

aquello sin poderlo evitar.

Hasta aquel preciso momento. En aquel momento lo vi claramente con los ojos alucinados de quien ha visto cuanto hay que ver y más. Vi a Gordon Reeve acercar su rostro al mío, muy despacio, como en una imagen irreal, y darme un tímido beso en la mejilla, intentando hacerme volver la cara hacia él para besar mi boca esquiva.

Y sentí que cedía. ¡No, no, aquello no! Era intolerable. No podía ser aquello lo que habíamos construido a lo largo de aquellas semanas; no podía ser. Y si lo era, yo había actuado como un verdadero incauto.

—Sólo un beso, John —decía—, un beso. Coño, venga.

Había lágrimas en sus ojos, porque también él sentía que de pronto todo se había echado a perder y que algo tocaba a su fin. Pero, de todos modos, se colocó despacio detrás de mí. Yo temblaba, pero, para mi gran sorpresa, no podía moverme. Sabía que era incomprensible, algo más fuerte que yo. Así que hice esfuerzos por llorar y las lágrimas bañaron mis mejillas.

—Sólo un beso.

Todo aquel entrenamiento, todo el ahínco por alcanzar nuestros mortíferos objetivos, había desembocado en un momento como aquél. Al final, el amor era el motor de todo.

—John...

Yo sólo sentía lástima por los dos, hediondos, sucios, aislados en aquella celda; sólo sentía una inmensa frustración por todo aquello, las ignominiosas lágrimas de una indignación eterna. Gordon, Gordon, Gordon...

—John...

La puerta de la celda se abrió de pronto, como si no hubieran echado la llave.

En el umbral apareció un hombre que no era extranjero, sino un oficial inglés de alto rango. Contempló la escena con cierta repulsión. Sin duda, lo había oído todo, o quizás incluso lo había visto. Me señaló con el dedo.

—Rebus, ha aprobado —dijo—. Está en nuestro bando.

Le miré a la cara, perplejo. ¿Qué quería decir? Sabía perfectamente lo que quería decir.

—Ha superado la prueba, Rebus. Vamos. Venga conmigo. Le daremos el

equipo. Ahora está en nuestro bando. El interrogatorio de su... amigo continuará. A partir de ahora usted nos ayudará a interrogarlo.

Gordon se puso en pie de un salto y noté que se había situado detrás de mí porque sentí su hálito en la nuca.

—¿Qué quiere decir? —inquirí yo con la boca y el estómago reseco. Miraba a aquel oficial impecable y estirado, tan distinto de mi lamentable suciedad. «Bueno, estoy así por culpa de él»—. Es un truco —dije—. Tiene que serlo. No pienso hablar. No pienso ir con usted. Yo no he revelado información. He aguantado. ¡No me hagan esto! —grité delirante.

Pero sabía que él hablaba en serio y vi que negaba despacio con la cabeza.

—Comprendo su recelo, Rebus. Ha estado sometido a una fuerte presión. Una presión tremenda.

Pero ya ha terminado. Lo ha superado y está aprobado. Ha pasado la prueba con matrícula de honor. De eso creo que no cabe ninguna duda. Ha aprobado, Rebus. Ahora es uno de los nuestros. Nos ayudará a desmoronar a Reeve. ¿Entendido?

Negué con la cabeza.

—Es un truco —dije.

El oficial sonrió magnánimo. Habría interpretado aquella escena decenas de veces.

—Escuche —añadió—, venga con nosotros y todo se arreglará.

Gordon se situó de un salto junto a mí, codo con codo.

—¡No! —gritó—. ¡Le ha dicho que no quiere irse! Lárguese de aquí —y poniéndome la mano en el hombro, añadió—: No le hagas caso, John. Es un truco. Estos cabrones siempre hacen trampa.

Noté que el temor le atenazaba porque no dejaba de mover los ojos con la boca ligeramente abierta, pero al sentir la presión de su mano en mi hombro supe que yo había adoptado una decisión, y Gordon debió de notarlo.

—Eso debe decidirlo el soldado Rebus, ¿no cree? —replicó el oficial, dirigiéndome una mirada amistosa.

Yo no necesitaba volver la cabeza hacia la celda ni hacia Gordon; sólo pensaba: «Esto forma parte del juego». Pero ya había adoptado la decisión.

No, no me mentían y, por supuesto, yo quería salir de aquella celda. No era algo arbitrario. Di un paso al frente, pero Gordon me agarró de un jirón de la camisa.

—John —dijo con voz lastimera—, no me dejes. Por favor, John.

Pero yo di un tirón y salí de la celda.

—¡No! ¡No! —gritó como un endemoniado—. ¡No me dejes, John! ¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!

Oí un alarido que casi me hizo desmayar. Era el alarido de un loco.

Después de lavarme y de que me examinara un médico, me llevaron a una estancia eufemísticamente llamada sala de informe sobre operaciones. Había vivido un infierno y ellos querían que hablásemos de aquella experiencia como si se tratara de un simple ejercicio.

Eran cuatro; tres capitanes y el psiquiatra. Me lo explicaron todo. Me dijeron que estaban organizando un nuevo grupo de élite dentro de los SAS, cuya misión sería infiltrarse en organizaciones terroristas para destruirlas. El primer objetivo sería el IRA, que se estaba convirtiendo en algo más que un simple incordio, porque la situación en Irlanda iba degenerando en guerra civil. Debido a la naturaleza de la misión, sólo podrían desempeñarla los mejores entre los mejores, y Reeve y yo éramos los mejores de nuestra compañía. Por eso nos habían tendido una trampa para capturarnos como si fuésemos enemigos y someternos a unas pruebas que nunca antes se habían llevado a la práctica en los SAS. En aquel momento no me sorprendía ya nada de lo que decían; sólo pensaba en los desgraciados que iban a tener que pasar por lo mismo. Y todo para que, si nos torturaban para obtener información, no revelásemos quiénes éramos.

A continuación hablaron de Gordon.

—Nuestra actitud respecto al soldado Reeve es muy ambivalente —dijo el de la bata blanca—. Es un magnífico soldado y cualquier esfuerzo físico que se le encomiende lo llevará a cabo. Pero siempre lo ha hecho en solitario; les pusimos a los dos juntos para evaluar cómo reaccionaría ante el hecho de compartir celda y, sobre todo, para observar su reacción al verse privado de

su amigo.

¿Sabían lo del beso o no lo sabían?

—Me temo —prosiguió el médico— que el resultado es negativo. Se ha hecho muy dependiente de usted, ¿no es cierto? Naturalmente, nos consta que usted no ha caído en esa dependencia.

—¿Qué eran aquellos gritos en la celda contigua?

—Grabaciones en una cinta magnetofónica.

Asentí con la cabeza, súbitamente cansado y sin interés.

—¿Así que todo ha sido una prueba más?

—Claro —respondió, y se sonrieron entre ellos—. Pero no se preocupe más por ello. Lo que importa es que la ha superado.

Pero sí que me preocupaba. ¿Cuál era el saldo? Había roto una amistad a cambio de aquella disquisición informal sobre operaciones; había renunciado al afecto por aquellas sonrisitas. Todavía resonaban en mi cabeza los gritos de Gordon. Gritos de venganza. Apoyé las manos en las rodillas, bajé la cabeza y me eché a llorar.

Y si en aquel momento hubiera tenido una Browning les habría agujereado la cabeza.

Me sometieron a otro examen médico más meticuloso en un hospital militar. Había estallado la guerra civil en el Ulster, pero yo no podía dejar de pensar en Gordon Reeve. ¿Qué habría sido de él? ¿Seguiría en aquella infecta celda, solo, por culpa mía? ¿Se derrumbaría? Volví a sentirme culpable y me eché a llorar. Me dieron un paquete de pañuelos de papel. Debía de ser lo normal en esos casos.

Lloraba a diario, sin poder contenerme, sintiéndome culpable de todo aquello. Sufría pesadillas. Presenté mi dimisión; exigí mi dimisión. Y la aceptaron a regañadientes. En cualquier caso, yo no era más que un simple conejillo de Indias. Me fui a un pueblo de pescadores de Fife a dar paseos por la playa de guijarros para recuperarme de la depresión nerviosa, desterrar todo aquello de mi mente y esconder el episodio más lastimoso de mi vida en los recovecos del cerebro, bloqueándolo y aprendiendo a olvidarlo.

Y lo olvidé.

Se portaron bien conmigo. Me concedieron una indemnización y movieron los hilos cuando decidí ingresar en la policía. Oh, sí, no podía quejarme de su actitud hacia mí, pero no me informaron de lo que pasó con mi amigo y nunca más lo volví a ver. Yo estaba muerto; no existía en sus archivos.

Había sido un fracaso.

Y sigo siendo un fracasado; con un matrimonio desastroso y mi hija secuestrada. Pero ahora todo cobra sentido. Todo cobra sentido. Al menos sé que Gordon Reeve sigue con vida y que está trastornado. Sé que tiene a mi niña en su poder y que va a matarla.

Y a mí también, si puede.

Sé que, para recuperar a mi hija, voy a tener que matarlo.

Y voy a hacerlo. Voy a hacerlo, y que Dios me ayude.

QUINTA PARTE

Nudos y cruces

23

Cuando John Rebus volvió a la realidad después de aquel sueño tan profundo y agitado, vio que no estaba en la cama. Michael, inclinado sobre él, le sonreía irónico, y Gill paseaba de arriba abajo conteniendo las lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Nada —contestó Michael.

En ese momento recordó que Michael le había hipnotizado.

—¿Nada? —exclamó Gill—. ¿Nada, dices?

—John —dijo Michael—, no sabía que estabas tan resentido con el viejo y conmigo. Siento que te hiciéramos sufrir —añadió, poniendo la mano en el hombro de su hermano, «el hermano que nunca había tenido».

«Gordon, Gordon Reeve. ¿Qué ha sido de ti? Revoloteas a mi alrededor, deshecho y sucio, como el polvo de la calle que arrastra el viento. Como un hermano. Tienes a mi hija. ¿Dónde estás?»

—Oh, Dios mío —musitó Rebus bajando la cabeza y cerrando los ojos. Gill le acarició el pelo.

Amanecía y los pájaros reanudaban sus trinos. Rebus notó con alegría que su canto lo devolvía al mundo real. Le recordaba que ahí fuera había alguien que se sentía feliz. Tal vez unos amantes que se despertaban abrazados, un hombre que advertía que era un día festivo o una anciana que daba gracias a Dios por seguir viva y poder ver una vez más los primeros signos del despertar del día.

—Una noche oscura del alma —dijo tiritando—. Hace frío. Se habrá

apagado el piloto.

Gill se sonó y cruzó los brazos.

—No, John, la calefacción funciona. Escucha. —Hablabas despacio, con afabilidad—, necesitamos una descripción física de ese hombre. Ya sé que será una imagen de hace quince años, pero más vale eso que nada. Tenemos que averiguar qué fue de él después de que tú... te fueses.

—Será información confidencial, si es que existe.

—Y tenemos que contarle al director todo esto —prosiguió Gill, mirando al frente, como si Rebus no hubiese dicho nada—. Tenemos que encontrar a ese bicho.

Rebus sentía una extraña quietud en la estancia, como si hubiera muerto alguien, cuando en realidad se había producido un alumbramiento: el de su memoria; el de Gordon; el de su salida de aquella celda fría e implacable; de la escena en que le volvía la espalda...

—¿Estás seguro de que ese Reeve es el tipo a quien buscáis? —preguntó Michael sirviendo otro whisky, pero Rebus negó con la cabeza cuando le tendió el vaso.

—No, gracias. No tengo la cabeza despejada. Sí, creo que podemos estar seguros de que es él quien anda detrás de todo este asunto. Los mensajes, los nudos y cruces. Ahora todo cobra sentido. Lo tenía desde el principio. Reeve debe de pensar que soy un asno. Lleva semanas enviándome mensajes y no he sabido darme cuenta... He dejado que murieran esas niñas... Y todo por ser incapaz de afrontar... los hechos.

Gill se agachó detrás de él y le puso las manos en los hombros. John Rebus se levantó del sillón como movido por un resorte y se dio la vuelta hacia ella: «Reeve». No, era Gill, Gill. Sacudió la cabeza como disculpándose y rompió a llorar.

Gill miró a Michael, pero éste había bajado la mirada. Abrazó con fuerza a Rebus para impedir que volviera a apartarse de ella, y le susurró varias veces que era Gill, que estaba junto a él, que no era ningún fantasma del pasado. Michael reflexionaba sobre la reacción que acababa de provocar. Nunca había visto llorar a John, y volvió a asaltarle un sentimiento de culpabilidad. Tenía que acabar con aquel negocio; se mantendría alejado

hasta que su proveedor se cansara de buscarle y sus clientes buscasen la droga en otra parte. Lo haría, no por John, sino por él mismo.

«Le tratábamos muy mal, es cierto —pensó—. El viejo y yo le tratábamos como a un intruso.»

Más tarde, después tomarse un café, Rebus estaba más tranquilo, pero Gill no apartaba la vista de él, preocupada y temerosa.

—No cabe duda de que ese Reeve está chiflado —dijo.

—Tal vez —comentó Rebus—. Una cosa es segura, y es que irá armado. Estará preparado para cualquier eventualidad. Fue soldado del regimiento Seaforths y miembro de los SAS, y será un hueso duro de roer.

—Tú también fuiste de los SAS, John.

—Por eso soy yo quien debe ir a por él. Hay que hacérselo comprender al jefe, Gill. Vuelvo a encargarme del caso.

Gill Templer frunció los labios.

—No creo que lo autorice —dijo.

—Pues que se joda. De todos modos, daré con ese cabrón.

—Di que sí, John —terció Michael—. Hazlo y no te preocupes de lo que puedan decir.

—Mickey —dijo Rebus—, eres el mejor hermano de mundo. Bueno, ¿hay algo para comer? Me muero de hambre.

—Y yo estoy agotado —dijo Michael, satisfecho de sí mismo—. ¿Te importa que me tumbe un par de horas antes de volver a casa?

—En absoluto. Échate en mi cama, Mickey.

—Buenas noches, Michael —añadió Gill.

Michael, sonriente, les dejó solos.

Nudos y cruces. El juego... Era tan evidente... Reeve habría pensado que era tonto, y en cierto modo lo había sido. Aquellas partidas interminables al tres en raya, los trucos y las estrategias; sus charlas sobre cristianismo... y la cruz. Dios, qué imbécil había sido, sucumbiendo a la falacia mental de que el

pasado era una cáscara vacía y anulando sus recuerdos. Qué imbécil.

—John, estás derramando el café.

Gill venía de la cocina con un plato de queso y tostadas. Rebus se despertó.

—Come algo. He hablado con jefatura y tenemos que estar allí dentro de dos horas. Han iniciado ya las indagaciones sobre el apellido Reeve. Lo encontraremos.

—Eso espero, Gill. Con toda mi alma.

Se abrazaron. Ella sugirió tumbarse en el sofá y así lo hicieron, fundidos en un cálido abrazo. Rebus no podía dejar de pensar si su noche oscura había sido una especie de exorcismo o si el pasado volvería a trastocar su sexualidad. Esperaba que no. Desde luego, no era el momento ni el lugar para verificarlo.

«Gordon, amigo mío, ¿qué te hice?»

Stevens era un hombre paciente. Los dos policías habían sido inflexibles. Nadie podía ver al sargento Rebus en ese momento. Stevens regresó al periódico, trabajó en un artículo para la siguiente edición y después volvió a casa de Rebus. En el piso seguían las luces encendidas, pero había dos nuevos gorilas ante el portal. Stevens aparcó frente a la casa y encendió otro cigarrillo. Todo cuadraba perfectamente. Los dos hilos se juntaban en una sola hebra. Había cierta relación entre los asesinatos y el tráfico de drogas, y, al parecer, Rebus era la clave. ¿De qué estarían hablando los dos hermanos? Tal vez de un plan para salir del apuro. Dios, en aquel momento habría dado cualquier cosa por ser una mosca dentro de aquel cuarto de estar. Sabía de periodistas de Londres que utilizaban lo último en tecnología —interceptar teléfonos, micrófonos ultrasensibles, incluso en el auricular— y se preguntó si valdría la pena gastarse un dinero en disponer de esos medios técnicos.

Se formuló mentalmente nuevas hipótesis, con cientos de variantes. Si los delincuentes del mundo de la droga de Edimburgo habían recurrido al secuestro y el asesinato para asustar a alguien, eso significaba que las cosas se habían puesto muy feas, desde luego, y él, Jim Stevens, tendría que ir con pies de plomo. Pero Big Podeen no sabía nada. Podría ser que hubiese entrado en juego una banda nueva con nuevas reglas. Lo cual degeneraría en guerra de gánsters al estilo de Glasgow. Pero ahora ya no se hacían así las cosas. Quién sabe.

Pensando en todo aquello, Stevens se mantenía despierto y alerta,

tomando notas en la libreta y con la radio puesta para escuchar las noticias cada media hora: la hija de un policía era la última víctima del asesino de niñas de Edimburgo, que en el último secuestro había estrangulado a un hombre en casa de la madre de la niña, etcétera, etcétera. Stevens continuó elucubrando y haciendo especulaciones.

No habían dicho que los asesinatos estuvieran relacionados con Rebus; la policía no iba a revelar ese dato, ni siquiera a Jim Stevens.

A las siete y media, Stevens consiguió sobornar a un repartidor de periódicos para que le trajera panecillos y leche de una tienda cercana, y se los comió acompañándolos con tragos de leche. Aunque tenía puesta la calefacción del coche, estaba aterido, pero poseía la tenacidad —alguien lo llamaría locura o fanatismo— del buen periodista. Durante su guardia vio llegar a otros reporteros, pero los gorilas los alejaban de allí. Un par de ellos, al verle sentado en el coche, se acercaron para charlar y ver si podían descubrir alguna pista, pero él escondió la libreta y les dijo con fingido desinterés que estaba a punto de irse a casa. Era mentira, una condenada mentira.

Formaba parte de la profesión. Ahora salían por fin de la casa. Había algunos micrófonos y cámaras, naturalmente, pero sin acosos ni tumulto; por un lado, se trataba de un padre que había perdido a su hija y, por otro, era policía. Nadie iba a acosarle.

Stevens vio a Gill Templer y a Rebus subir a un Rover de la policía con el motor en marcha. Observó los rostros: el de Rebus, pálido; era de esperar. Pero, además, su mirada era sombría, y sus labios formaban una fina línea de particular gravedad. Ese detalle le preocupó: era como si aquel hombre hubiera resuelto emprender una guerra. Joder. En cuanto a Gill Templer, parecía ofuscada, más aún que Rebus; tenía los ojos enrojecidos y en su aspecto había también algo fuera de lo normal. Algo extraño estaba pasando. Era evidente para cualquier periodista que se preciara y supiera lo que buscaba. Stevens se mordió el labio. Necesitaba más datos. Aquella historia era como una droga y él necesitaba cada vez mayores dosis. Y tuvo que admitir, con cierta sorpresa, que el motivo por el cual necesitaba esas dosis

no era el trabajo, sino su propia curiosidad. Rebus le intrigaba y Gill Templer, por supuesto, le interesaba.

Y Michael Rebus...

Michael Rebus no había salido del piso. Vio que el circo se alejaba; el Rover doblaba al final de la tranquila Marchmont Street, pero los gorilas seguían en la puerta. Éstos eran el nuevo relevo. Stevens encendió un cigarrillo. Podría intentarlo. Volvió al coche, lo cerró y, mientras daba una vuelta a la manzana, urdió un plan.

—Perdone, señor, ¿vive usted aquí?

—¡Claro que vivo aquí! ¿A qué viene esto? Voy a acostarme.

—¿Ha tenido una noche dura, señor?

El hombre ojeroso agitó ante el policía tres bolsas de papel con panecillos.

—Soy panadero y acabo de terminar mi turno. Si me hace el favor...

—¿Cómo se llama, señor?

Fingiendo que se dirigía hacia la puerta, Stevens logró leer uno de los apellidos escritos junto al portero automático.

—Laidlaw —dijo—. Jim Laidlaw.

El agente miró en la lista de nombres de los vecinos que tenía en la mano.

—Muy bien, señor. Y perdón por la molestia.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Ya se enterará, señor. Buenas noches.

Aún quedaba otro obstáculo, y Stevens sabía que, por mucha astucia que emplease, si la puerta estaba cerrada no habría nada que hacer y descubrirían su juego. La empujó discretamente y vio que cedía. No habían echado la llave. La suerte le sonreía.

Nada más entrar en el portal tiró los panecillos y planeó otro truco mientras subía los dos tramos de escalera hasta el piso de Rebus. Allí olía a meados de gato. Se detuvo ante la puerta de Rebus para recobrar el aliento, en parte porque no estaba en forma, pero también porque le dominaba la emoción. Hacía años que no se sentía así. Era algo sensacional, y pensó que

aquel día todo le iba a salir bien. Pulsó el timbre con ganas.

Michael Rebus abrió la puerta, bostezando y con cara de sueño. Por fin se encontraban cara a cara. Stevens, con un movimiento le mostró un carné sin darle tiempo a leerlo; era el carné de un club de billar a nombre de James Stevens.

—Señor, soy el inspector Stevens. Siento haberle sacado de la cama —dijo guardando la tarjeta—. Su hermano nos previno de que seguramente estaría durmiendo, pero decidí subir, de todos modos. ¿Puedo pasar? Serán sólo un par de preguntas, señor. Seré breve.

Los dos policías pateaban el suelo con los pies helados, a pesar de los calcetines térmicos y de que ya estaban a principios de verano. Mientras esperaban con impaciencia el relevo hablaban del secuestro, comentando el asesinato del hijo de un inspector jefe, se abrió la puerta a sus espaldas.

—¿Aún siguen aquí? Me ha dicho mi mujer que todavía estaban en la puerta, pero no me lo creía. ¿Desde anoche? ¿Qué es lo que pasa?

Era un anciano, en zapatillas pero con un grueso abrigo de invierno. Iba mal afeitado y había perdido u olvidado la parte inferior de la dentadura postiza. Cruzó la puerta encasquetándose un gorro en su cabeza calva.

—Nada que pueda preocuparle, señor. Seguro que pronto lo sabrá.

—Ah, sí, muy bien. Sólo voy a por el periódico y la leche. Generalmente tomamos tostadas para el desayuno, pero no sé quién demonios habrá tirado media docena de panecillos en el portal, y si nadie los quiere, pues bienvenidos sean.

Sonrió mostrando la encía inferior, rosada y huera.

—¿Quieren algo de la tienda?

Los dos agentes, sin decir nada, se miraron con suspicacia y alarma.

—Sube ahora mismo —dijo finalmente uno de ellos—. ¿Cómo se llama, señor?

El viejo contestó muy estirado, como un excombatiente:

—Jock Laidlaw, para servirle.

Stevens tomaba un café solo. Se sentía agradecido, porque hacía horas que no ingería nada caliente. Sentado en el cuarto de estar, recorría la habitación con la mirada.

—Me alegro de que me haya despertado —dijo Michael Rebus—, porque tengo que volver a casa.

«Ya me lo imagino —pensó Stevens—. Ya me lo imagino.» Rebus estaba más tranquilo de lo que él esperaba. Relajado, descansado y despreocupado. «Vaya, vaya.»

—Señor Rebus, voy a hacerle unas preguntas, como le dije.

Michael Rebus tomó asiento, cruzó las piernas y dio un sorbo de café.

—Adelante.

Stevens sacó la libreta.

—Su hermano ha sufrido una fuerte conmoción.

—Sí.

—¿Cree usted que la superará?

—Sí.

Stevens fingió tomar nota.

—Por cierto, ¿ha pasado buena noche? ¿Durmió bien?

—Bueno, no hemos dormido mucho ninguno de nosotros. Estoy seguro de que John no ha pegado ojo —contestó Michael frunciendo el entrecejo—. Oiga, ¿a qué viene esto?

—Es simple rutina, señor Rebus. Compréndalo usted. Necesitamos recoger datos de todos los involucrados para resolver el caso.

—Pero ya está resuelto, ¿no?

A Stevens le saltó el corazón en el pecho.

—¿Ah, sí? —dijo casi sin querer.

—Ah, ¿no lo sabe?

—Sí, claro que sí, pero tenemos que recabar todos los datos...

—De los involucrados. Sí, acaba de decirlo. Escuche, ¿me enseña otra vez el carné? No es por nada.

Se oyó el sonido de una llave en la cerradura.

«Dios —pensó Stevens—, ya están aquí.»

—Escuche —dijo entre dientes—, sabemos lo del trapicheo de drogas. ¡Díganos quién está detrás de ello o se pasará cien años entre rejas, amigo!

El rostro de Michael adquirió un tono azulado antes de volverse lívido. Abrió la boca como si fuera a decir una palabra, la palabra que Stevens esperaba.

Pero en aquel momento entró uno de los gorilas y arrancó al periodista del asiento.

—¡Aún no me he acabado el café! —protestó Stevens.

—Suerte tiene de que no le parta esa cara tan dura, amigo —replicó el agente.

Michael Rebus se puso en pie sin decir palabra.

—¡Dígame un nombre! —exclamó Stevens—. ¡Un nombre! ¡Saldrá todo en primera página si no colabora, amigo! ¡Deme un nombre!

Siguió gritando por el pasillo y por la escalera hasta el portal.

—Está bien, ya me voy —dijo finalmente, desasiéndose del policía—. Ya me voy. Habéis sido un poco negligentes, muchachos. Por esta vez me lo callaré, pero la próxima ya veremos.

—¡Lárguese de aquí! —dijo uno de los gorilas.

No tuvo más remedio que hacerlo. Stevens subió a su coche más frustrado que nunca. Dios, había estado a punto de enterarse. ¿Qué había querido decir el hipnotizador con aquello de que el caso estaba resuelto? ¿Sería cierto? Si así era, quería conocer todos los detalles. No estaba acostumbrado a ir a remolque de los acontecimientos; era él quien se adelantaba a ellos. No estaba acostumbrado a aquello, y no le hacía ninguna gracia.

Pero se lo estaba pasando bien.

Si era cierto que el caso estaba resuelto, le quedaba poco tiempo. No había podido sacarle lo que quería al hermano menor, y tendría que ir a por al otro. Se imaginaba dónde estaría Rebus. Aquel día su intuición funcionaba a toda máquina. Se sentía inspirado.

25

—Bien, John, todo esto me suena increíblemente fantástico, pero tal vez exista una posibilidad. Desde luego, es la mejor pista que tenemos, aunque me cuesta concebir que alguien sienta tanto rencor como para matar a cuatro niñas inocentes sólo para darle a usted la clave de la víctima final.

El director Wallace miró sucesivamente a Rebus y a Gill Templer y viceversa, y después a Anderson, que estaba sentado a la izquierda de Rebus. Wallace tenía las manos en la mesa, quietas como dos pescados muertos, con un bolígrafo delante. Era un despacho espacioso y ordenado, un oasis inviolable. Allí se resolvían los problemas y se tomaban siempre las decisiones correctas.

—Ahora el problema principal es localizar a ese hombre. Si damos publicidad a esta historia podemos asustarlo y poner en peligro la vida de su hija. Por otro lado, un llamamiento público podría ser el modo más rápido de dar con él.

—¡Pero no se puede...!

Gill Templer estaba a punto de explotar en aquel tranquilo despacho, pero Wallace la hizo callar con un gesto.

—Sólo estoy reflexionando sobre la fase actual del caso, inspectora Templer, considerando nuestras posibilidades.

Anderson permanecía callado como un muerto, con la vista en el suelo. Ahora estaba de baja oficial y de luto, pero se había empeñado en seguir de cerca el caso y el director había dado su consentimiento.

—Usted, John, por supuesto, no puede seguir trabajando en el caso —dijo Wallace.

Rebus se puso en pie.

—Siéntese, John, haga el favor. —El director le miraba con firmeza y sinceridad, con ojos de auténtico policía de la vieja escuela. Rebus volvió a sentarse—. Bien, sé cómo debe sentirse, lo crea o no. Pero este asunto es de suma importancia para todos nosotros. Usted está demasiado implicado para trabajar con objetividad, y la opinión pública rechazaría una actuación irregular del cuerpo. Compréndalo.

—Lo único que comprendo es que, si no intervengo, Reeve no se detendrá ante nada. Es a mí a quien busca.

—Exacto. ¿Vamos a ser tan idiotas como para entregárselo en bandeja? Haremos cuanto podamos, igual que haría usted. Deje que nos ocupemos nosotros.

—El ejército no le revelará nada, puede estar seguro.

—Tendrán que hacerlo —replicó Wallace jugueteando con el bolígrafo como si estuviera en la mesa para eso—. En definitiva, su jefe es el mismo que el nuestro. Tendrán que revelarlo.

Rebus negó con la cabeza.

—Ellos hacen su propia ley. Los SAS son casi independientes del ejército. Si no quieren revelar nada, créame, no le dirán nada. Nada de nada —espetó golpeando la mesa con la mano.

—John.

Gill le apretó el hombro para que se calmase. Ella también se sentía furiosa, pero sabía cuándo tenía que contenerse y transmitir exclusivamente con la mirada la rabia y la disconformidad. Para Rebus la acción era ahora lo único que contaba. Había estado demasiado tiempo alejado de la realidad.

Se levantó de la silla como poseído por una furia casi inhumana y salió del despacho. El director miró a Gill.

—Queda apartado del caso, Gill. Tiene que hacérselo comprender. Tengo entendido que usted —hizo una pausa para abrir y cerrar un cajón—, que ustedes dos se entienden bien. Bueno, así se decía en mis tiempos... Tal vez usted pueda hacerle comprender la situación. Atraparemos a ese hombre, pero

sin darle ninguna posibilidad de venganza a Rebus. —Wallace miró hacia Anderson, y éste le devolvió la mirada con sequedad—. No puede haber interferencias personales —repitió—. Y menos en Edimburgo. ¿Qué pensarían los turistas? —añadió esbozando una sonrisa despectiva, y miró sucesivamente a Anderson y a Gill antes de levantarse—. Esto se está convirtiendo en algo demasiado...

—¿Interno? —aventuró Gill.

—Iba a decir incestuoso. Figúrese, el inspector jefe Anderson, su hijo y la mujer de Rebus, usted y Rebus, Rebus y ese Reeve, Reeve y la hija de Rebus... Espero que no se entere la prensa. Usted será responsable de que no trascienda y de sancionar cualquier filtración. ¿Está claro?

Gill Templer asintió con la cabeza, conteniendo un súbito bostezo.

—Muy bien —dijo el director—. Por favor, ocúpese de que el inspector jefe Anderson vuelva a su casa sin contratiempos —añadió señalando con la barbilla a Anderson.

William Anderson, sentado en el asiento trasero del coche, repasaba mentalmente su lista de informadores y amigos. Conocía a un par de personas que podrían informarle sobre los SAS. No cabía duda de que un asunto como el caso Rebus-Reeve no podía ser absolutamente silenciado, aunque lo hubieran expurgado del archivo. Algunos soldados se habrían enterado; radio macuto existe en todas partes, y sobre todo donde menos te lo esperas. Tendría que apretar algunas tuercas y gastar algunas libras para untar a alguien, pero localizaría a aquel cabrón aunque fuese lo último que hiciera en este mundo.

O iría con Rebus.

Rebus salió de jefatura por una puerta lateral, tal como esperaba Stevens, y éste le siguió después de ver que parecía destrozado y que echaba a andar con paso airado. ¿Qué estaba ocurriendo? Mientras no perdiera de vista a Rebus, estaba seguro de que acabaría enterándose, y no cabía duda de que prometía

ser algo sensacional. Stevens miraba hacia atrás de vez en cuando, pero no parecía que nadie siguiera a Rebus. Al menos, nadie de la policía. Le resultaba extraño que lo dejaran solo, sin pensar en lo que podría ser capaz de hacer un hombre a quien han secuestrado a su hija. Stevens ansiaba desentrañar la trama: creía que Rebus le conduciría directamente hasta los capos de la nueva red de drogas. Si un hermano no le había servido, le serviría el otro.

«Era como un hermano para mí, y yo para él.» ¿Qué ocurrió? En el fondo de su corazón sabía que la culpa era suya. El origen de todo aquello era el método. La reclusión, la presión al límite y la fase final de juntarlos. Aquella fase había sido un fracaso, claro. Eran dos hombres destrozados, cada uno a su manera. Pero eso no le impediría arrancarle la cabeza a Reeve. Nada ni nadie le detendría. Pero primero tenía que encontrarlo, y no se le ocurría ni por dónde empezar. Sentía que Edimburgo se le caía encima con todo su peso histórico, aniquilándole. Disidencia, racionalismo, ilustración: Edimburgo sobresalía en los tres aspectos. A él también le iban a hacer falta. Tenía que trabajar por su cuenta y rápido, pero metódicamente, aplicando el ingenio y todo lo que estuviera en su mano. Pero, sobre todo, necesitaba instinto.

Al cabo de cinco minutos se percató de que le seguían y se le erizó el vello de la nuca. No se trataba del típico seguimiento policial. Eso habría sido más difícil de detectar. Pero sí... y tan cerca... Se detuvo en una parada de autobús y se dio la vuelta, como si comprobase si llegaba el autobús. Y lo vio esconderse en un portal. No era Gordon Reeve; era aquel maldito periodista.

Su corazón volvió a latir acompasadamente, pero ya le hormigueaba la adrenalina azuzándole a echar a correr por un camino largo y angosto, de cara al viento más fuerte que cupiera imaginar. En aquel momento, un autobús dobló la esquina y se subió a él.

Por la ventanilla trasera vio al periodista salir del portal y hacer señas desesperadamente a un taxi. No tenía tiempo de preocuparse de aquel hombre. Tenía cosas más importantes en qué pensar: cómo demonios podría dar con Reeve. Le obsesionaba la posibilidad de que Reeve lo encontrase

antes a él. No tendría que buscarlo. Y, en cierto modo, aquello era lo que más miedo le daba.

Gill Templer no pudo encontrar a Rebus. Había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. Llamó por teléfono, indagó, preguntó e hizo todo cuanto un buen policía debe hacer, pero lo cierto era que Rebus no sólo era buen policía sino que había sido además uno de los mejores soldados entrenados por los SAS. Podría estar escondido bajo sus pies, bajo la mesa o en su armario y ella no sería capaz de descubrirlo. Y seguía ocultándose.

Gill suponía que Rebus se ocultaba porque estaba actuando, con rapidez y metódicamente, por las calles y bares de Edimburgo en busca de su presa y a sabiendas de que si la encontraba, la presa se tornaría cazador.

Pero Gill no se daba por vencida. Se estremecía a veces, al pensar en el triste y atroz pasado de su amante y en la mentalidad de quienes habían decidido someterles a aquel entrenamiento. Pobre John. ¿Qué habría hecho ella en su lugar? Salir de aquella celda sin pensarlo dos veces y sin mirar atrás, igual que él. Pero también se habría sentido culpable; igual que él, y lo habría relegado todo al olvido, como una cicatriz invisible.

¿Por qué los hombres de su vida tenían que ser siempre unos tipos tan complicados y enrevesados? ¿Es qué sólo atraía a tíos tarados? Hubiera sido para reírse, de no haber estado Samantha por medio, y eso no tenía ninguna gracia. ¿Por dónde empezar a buscar una aguja en un pajar? Recordó las palabras del director Wallace: «Tienen el mismo jefe que nosotros». Valía la pena sopesar las implicaciones de esa afirmación. Si dependían del mismo jefe, quizá por ese lado podrían actuar de forma encubierta, ahora que la horrorosa y antigua verdad enterrada amenazaba con salir a la superficie. Si aquello trascendía a la prensa se armaría un buen follón. Tal vez estarían dispuestos a colaborar para que no trascendiese. Tal vez querrían hacer callar a Rebus. Dios mío, ¿y si querían silenciar a Rebus? Eso significaría silenciar a Anderson y a ella misma. Sobornos o una limpieza general. No, tendría que andarse con mucho cuidado. Un paso en falso podía traducirse en su baja del cuerpo, y eso sí que no. Había que hacer justicia. Sin patrañas. Al Jefe, fuese

quien fuese e independientemente de lo que significara ese término, no le iba a gustar. Tenía que descubrir la verdad o aquello se convertiría en una farsa y ellos en unos peleles.

¿Y sus sentimientos hacia John Rebus, de quien todos estaban pendientes? No sabía qué pensar, pero seguía inquietándole la posibilidad de que, por absurdo que pareciese, John fuera la causa y no Reeve: que él mismo se enviara las notas y que los celos lo hubieran impulsado a matar al amante de su mujer; y que mantuviera a su hija oculta en algún lugar como aquel cuarto cerrado.

No quería ni pensarlo, pero, considerando hasta donde habían llegado las cosas, Gill pensaba en esa posibilidad, y no a la ligera. Sin embargo, acabó descartándola. Lo hizo por la mera circunstancia de que había hecho el amor con John Rebus y él le había abierto su alma, le había apretado la mano bajo la manta en el hospital. ¿Un hombre que tiene algo que ocultar iba a liarse con una policía? No, no era verosímil.

Pero era una posibilidad entre otras. Empezaba a dolerle la cabeza. ¿Dónde demonios andaría John? ¿Y si Reeve lo encontraba antes de que ellos encontraran a Reeve? Si John Rebus era un blanco en movimiento para su enemigo, ¿no era una locura que anduviera por ahí solo? Era una idiotez. Había sido una idiotez dejarle marchar del despacho, salir del edificio y esfumarse. Mierda. Cogió el teléfono y marcó el número de su casa.

26

John Rebus recorría la jungla urbana, esa jungla que los turistas nunca ven porque están muy entretenidos en fotografiar esos templos de antiguo esplendor que ya son sólo sombras del pasado. La jungla se cerraba implacable sobre los turistas sin que la vieran, como una fuerza natural, la fuerza del deterioro y la destrucción.

Edimburgo no es más que una ronda tranquila, decían sus colegas de la costa oeste. Sal una noche por Patrick y ya me dirás. Pero Rebus no pensaba igual. Sabía que en Edimburgo todo era apariencia, y eso hacía que los delitos fuesen más difíciles de detectar, no por ello menos reales. Edimburgo era una ciudad esquizofrénica, la tierra natal del doctor Jekyll y mister Hyde, por supuesto, de Deacon Brodie, y la cuna de los abrigo de pieles sin bragas debajo (como decían en el oeste). Pero también era una ciudad pequeña, para ventaja de Rebus.

Buscó por los tugurios de matones bebedores y en los polígonos de bloques de apartamentos donde reinaban la heroína y el paro, porque sabía que en algún rincón de aquel terreno anónimo podía ocultarse y pasar desapercibido un tipo duro. Intentaba ponerse en la piel de Gordon Reeve, un hombre que tantas veces había cambiado de piel, pero tenía que admitir que se encontraba más alejado que nunca de aquel loco y mortífero hermano de sangre. Si él le había vuelto la espalda a Reeve antes, ahora era Reeve quien no se dejaba ver. Tal vez le enviaría otra nota, otro acertijo burlón. «Oh, Sammy, Sammy. Dios bendito, que no muera, por favor.»

Gordon Reeve se había esfumado del mundo de Rebus. Era como si flotase por encima de él, regocijándose por su recién adquirido poder. Quince años había tardado en montar su treta. Pero, Dios mío, qué treta. Quince años en los que probablemente habría cambiado de nombre y de aspecto y habría tenido tiempo de indagar en la vida de Rebus. ¿Desde cuándo lo habría tenido en el punto de mira, vigilándole con odio mientras planeaba su venganza? Todas aquellas ocasiones en que había sentido aquel escalofrío, cuando llamaban por teléfono y colgaban sin hablar al otro extremo de la línea, todas aquellas casualidades nimias rápidamente olvidadas... Y Reeve sonriente en la sombra, como un pequeño dios rigiendo su destino. Rebus entró temblando en un pub y pidió un whisky triple.

—Aquí los servimos de un cuarto de pinta, ¿seguro que lo quiere triple?

—Seguro.

Qué demonios. Daba igual. Si había un Dios dando vueltas en los cielos e inclinándose para atender a sus criaturas, era una extraña atención la que les concedía. Miró a su alrededor y vio una escena deplorable: viejos sentados ante media pinta de cerveza mirando al vacío hacia a la puerta. ¿Se preguntaban qué habría ahí fuera? ¿O tal vez temían que lo que hubiera ahí fuera irrumpiera algún día en el local y se abalanzara sobre los oscuros rincones desde donde ellos miraban temerosos, poseído por la furia de algún monstruo del Antiguo Testamento, de un gigante o de un diluvio devastador? Rebus no podía ver lo que había ante sus ojos, del mismo modo que sus ojos no veían nada a su espalda. Aquel atributo de no compartir los sufrimientos ajenos era lo que mantenía en marcha a toda la humanidad centrada en el «yo», ignorando a los mendigos que tiritaban de frío con los brazos cruzados. Rebus, rogaba a aquel extraño Dios que le permitiera encontrar a Reeve y explicarse ante el loco. Pero Dios no contestaba y en el televisor atronaba un banal concurso.

—Contra el imperialismo, contra el racismo.

Una joven con chaqueta de imitación de cuero y gafitas redondas estaba de pie detrás de él. Se dio la vuelta hacia ella. Llevaba una cazoleta petitoria en una mano y en la otra un montón de periódicos.

—Contra el imperialismo, contra el racismo.

—Y que lo digas. —Sentía ya el alcohol hormigueándole en los músculos maxilares, liberándolos de su rigidez—. ¿De dónde eres?

—Del Partido Revolucionario de los Trabajadores. La única manera de aplastar el sistema imperialista y el racismo es la unidad de los trabajadores. El racismo es la base de la represión.

—¿Ah, sí? ¿No estás mezclando dos temas distintos, guapa?

La muchacha se encrespó, dispuesta a discutir. Siempre lo estaban.

—Los dos son inseparables. El capitalismo se construyó sobre el trabajo de los esclavos y se mantiene gracias al trabajo de los esclavos.

—No me pareces tú muy esclava, guapa. ¿De dónde es ese acento que tienes? ¿De Cheltenham?

—Mi padre era un esclavo de la ideología capitalista y no sabía lo que hacía.

—¿Quieres decir que te envió a un colegio caro?

Ahora estaba furiosa. Rebus encendió un cigarrillo y le ofreció otro, pero ella sacudió la cabeza. Porque era un producto capitalista, se dijo Rebus, y los esclavos recolectan la hoja en Sudamérica. Era bastante guapa y tendría dieciocho o diecinueve años. Calzaba unos extraños zapatos victorianos de puntera estrecha y una falda recta de tubo negra, el color de la disidencia. Él estaba totalmente a favor de la disidencia.

—Supongo que eres estudiante.

—Sí —contestó ella inquieta, calculando acertadamente quién iba a contribuir a la causa y quién no. Aquél no.

—¿En la Universidad de Edimburgo?

—Sí.

—¿Y qué estudias?

—Literatura y política.

—¿Literatura? ¿Conoces a un tal Eiser? Da clases allí.

Ella asintió con la cabeza.

—Es un viejo fascista —dijo la muchacha—. Su teoría sobre la lectura es propaganda derechista para dar gato por liebre al proletariado.

Rebus asintió con la cabeza.

—¿De qué partido dijiste que eras?

—Del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

—Pero tú eres estudiante, ¿no? No eres trabajadora ni proletaria, a juzgar por tu modo de hablar. —La muchacha estaba roja y lanzaba fuego con la mirada. Si estallaba la revolución, Rebus sería el primero en ir al paredón. Pero a él aún le quedaba por jugar su mejor carta—. En realidad, estás infringiendo la Ley de Comercio, ¿sabes? ¿Y esa cazoleta? ¿Tienes licencia de la autoridad para recoger dinero en ella?

Era un platillo petitorio viejo con la marca de procedencia borrada, de esos que se usan el día de homenaje a los caídos en las dos guerras mundiales. Pero hoy no era ese día.

—¿Es policía?

—Exacto, guapa. ¿Tienes esa licencia? Porque si no, tendré que detenerte.

—¡Poli de mierda!

Tomándoselo como triunfal réplica final, la muchacha dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Rebus, conteniendo la risa, apuró el whisky. Pobre chica. Ya cambiaría. Su idealismo se desvanecería en cuanto viese la hipocresía del juego y descubriera los lujos que brinda la vida fuera de la universidad. En cuanto acabara la carrera lo querría todo: un trabajo de ejecutiva en Londres, un piso, coche, sueldo, vinaterías. Y prescindiría de su idealismo para acceder a un trozo del pastel. Ahora no lo entendería; la universidad era para eso, y todos pensaban que podían cambiar el mundo en cuanto salían de la órbita familiar. Él también había sido un idealista. Había creído que regresaría del ejército con un montón de medallas y una lista de menciones, pero no fue así. Resignado, estaba a punto de marcharse de allí cuando, desde unos dos o tres taburetes de distancia, una voz se dirigió a él:

—Eso no cura nada, ¿verdad, hijo?

Una vieja bruja desdentada le había obsequiado con esas perlas de sabiduría. Rebus miró aquella lengua dislocada en una boca cavernosa.

—No —dijo mientras pagaba al camarero, y éste le dio las gracias con una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes verdosos. Rebus oía la televisión, el tintineo de la caja registradora, las conversaciones a voces de los viejos, pero a todo aquel bullicio se superponía otro runrún tenue y claro, más real para él que ningún otro.

El grito de Gordon Reeve:

«¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!».

Pero esta vez no sintió vértigo, no le entró pánico ni echó a correr. Hizo frente al sonido y dejó que afirmara sus razones, que calara en él. No volvería a escabullirse de aquel recuerdo.

—La bebida nunca cura nada —prosiguió su demonio personal—. Aquí donde me ve, yo antes vivía contenta como la que más, pero al morir mi marido quedé destrozada. ¿Me comprende, hijo? Y para mí, la bebida fue un consuelo, o eso creía. Pero es una trampa que juega contigo. Te pasas el día sentado sin hacer nada más que beber mientras la vida pasa a tu lado.

Tenía razón. ¿Cómo podía estar allí sentado soplándose un whisky y dándole vueltas a sus penas, cuando la vida de su hija pendía de un hilo? Debía de estar loco; otra vez había perdido el sentido de la realidad. Tenía que aferrarse a cualquier posibilidad, por ínfima que fuera. Podía rezar otra vez, pero eso sólo le alejaría más de los crudos hechos, y ahora perseguía hechos concretos, no sueños. Andaba tras el hecho de que un loco había surgido del armario de sus pesadillas, se había infiltrado en su mundo y le había arrebatado a su hija. ¿No era como un cuento de hadas? Mejor: así podría tener un final feliz.

—Tiene razón, encanto —dijo, y, cuando ya estaba a punto de irse, señaló el vaso vacío—. ¿Quiere otra?

Ella le miró con sus ojos legañosos y asintió torpemente con la barbilla.

—Sírvale una copa a la señora de lo que esté tomando —dijo Rebus al camarero de los dientes verdosos, y dejó unas monedas sobre el mostrador—. Y devuélvale el cambio —añadió antes de abandonar el bar.

—Necesito hablar, y creo que usted también.

Frente a la puerta del local, Stevens encendió un cigarrillo con gesto bastante melodramático, a juicio de Rebus. Su cutis era casi amarillo bajo el alumbrado urbano, como si la piel apenas recubriera su cráneo.

—¿Podemos hablar? —insistió el periodista, guardando el encendedor en el bolsillo.

Tenía el pelo rubio despeinado, iba sin afeitarse y tenía aspecto de estar pasando frío y hambre.

Pero era todo energía por dentro.

—Me tiene hecho un lío, señor Rebus. ¿Puedo llamarle John?

—Escuche, Stevens, ya sabe lo que hay. Yo ya tengo bastante con lo mío.

Rebus intentó proseguir su camino, pero Stevens le agarró del brazo.

—No, no lo sé todo; me falta el final. Es como si me hubieran expulsado a mitad del partido.

—¿Qué quiere decir?

—Usted sabe exactamente quién está detrás de todo esto, ¿verdad? Claro que lo sabe, y sus superiores también. ¿A que sí? ¿Les ha dicho toda la verdad y nada más que la verdad, John? ¿Les ha contado lo de Michael?

—¿Qué pasa con Michael?

—Oh, vamos —replicó Stevens, cambiando el peso de un pie a otro y alzando la vista hacia los bloques de apartamentos cuya silueta se perfilaba en el atardecer. Contenía la risa, tiritando, y Rebus recordó haberle visto en la fiesta hacer aquella extraña mueca—. ¿Dónde podemos hablar? —añadió el periodista—. ¿En el pub? ¿O hay alguien ahí dentro que no quiere que le vea?

—Stevens, está chiflado. Lo digo en serio. Váyase a casa, duerma un poco, coma, tome un baño y déjeme de una puta vez. ¿De acuerdo?

—O si no, ¿qué? ¿Hará que ese capo amigo de su hermano me dé una paliza? Escuche, Rebus, se acabó el juego. Estoy al corriente del asunto, pero me faltan detalles, y sería mejor que sea mi amigo en vez de mi enemigo. No me tome por tonto. Yo sé que no es tan poco inteligente como para pensarlo. No me falle.

«No me falles.»

—Al fin y al cabo, han secuestrado a su hija y necesita mi ayuda. Yo tengo amigos por todas partes. Tenemos que unir nuestras fuerzas.

Rebus, sin entender nada, negó con la cabeza.

—No tengo ni la menor idea de lo que está diciendo, Stevens. Haga el favor de irse a casa.

Jim Stevens suspiró y sacudió la cabeza entristecido. Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó brutalmente con el zapato haciendo saltar chispas.

—Bueno, John, pues lo siento, de verdad. Michael pasará un buen tiempo a la sombra por las pruebas que tengo contra él.

—¿Pruebas? ¿De qué?

—De tráfico de drogas, por supuesto.

Stevens no vio llegar el golpe, pero tampoco le habría servido de nada porque fue un gancho lateral bajo que le alcanzó en el estómago. El periodista dio un resoplido y cayó de rodillas.

—¡Miente!

Stevens tosió y tosió, como si hubiese llegado al final de una carrera. Aspiraba aire, de rodillas, con los brazos recogidos sobre el vientre.

—Si se empeña, John, pero es la verdad —replicó alzando la vista—. ¿Va a decirme que no sabe nada, sinceramente? ¿Nada de nada?

—Stevens, más vale que me dé una prueba o se la va a cargar.

Stevens no se esperaba aquello en absoluto.

—Está bien —dijo—. Esto cambia las cosas. Dios, necesito un trago. ¿Me acompaña? Creo que ahora sí que deberíamos hablar, ¿no le parece? No le entretendré mucho, pero creo que debe saberlo.

Al pensar retrospectivamente en ello, Rebus comprendió que, de un modo inconsciente, lo sabía. Aquel día, el día del aniversario del viejo, cuando fue a visitar la tumba de su padre bajo la lluvia y luego a casa de Mickey, había notado aquel olor a manzanas caramelizadas en el cuarto de estar. Ahora sabía lo que era. Ya lo había pensado en aquel momento, pero no prestó atención. Dios bendito. Sintió que su mundo se hundía en un cenagal de locura. Esperaba que pronto hubiera una tregua, porque no iba a poder soportarlo.

Manzanas caramelizadas, cuentos de hadas, Sammy, Sammy, Sammy. A veces era imposible soportar la realidad, cuando ésta era tan aplastante. Necesitaba un escudo protector. El escudo de una tregua, el olvido. Reír y olvidar.

—Ésta la pago yo —dijo Rebus, recobrando la calma.

Gill Templer sabía lo que siempre había sabido: el asesino seguía una pauta para elegir a sus víctimas. Por lo tanto, había tenido acceso a sus nombres antes de secuestrarlas. Eso significaba que las cuatro niñas tenían algo en

común, algo que le permitió a Reeve seleccionarlas. ¿Qué? Lo habían comprobado todo: tenían algunos gustos comunes: baloncesto, música pop y libros.

Baloncesto, música pop y libros.

Baloncesto, música pop y libros.

Eso implicaba indagar entre los entrenadores de baloncesto (no, descartado: eran todas féminas), empleados de tiendas de discos, pinchadiscos, dependientes de librerías y bibliotecarios. Bibliotecas.

Bibliotecas.

Rebus le contaba historias a Reeve. Samantha iba a la biblioteca central. Y las otras niñas, a veces, también. A una de ellas la habían visto subir por el Mound hacia la biblioteca el día que desapareció.

Pero Jack Morton ya había indagado en la biblioteca. Un empleado tenía un Ford Escort azul, pero habían descartado a aquel sospechoso. ¿Había sido suficiente con un interrogatorio? Hablaría con Morton y ella misma lo interrogaría otra vez. Se disponía a reunirse con Morton cuando sonó el teléfono.

—Inspectora Templer —contestó por el receptor color beige.

—La niña va a morir esta noche —dijo entre dientes una voz al otro extremo del hilo.

Irguió el torso en la silla con tal fuerza que estuvo a punto de derribarla.

—Oiga —dijo—, si es un chiflado...

—Calla, zorra. No soy ningún chiflado y lo sabes. Soy el auténtico. Escucha. —Oyó un grito amortiguado y sollozos infantiles, y a continuación la misma voz rencorosa—: Dile a Rebus que le deseo suerte. No podrá decir que no le di oportunidades.

—Escuche, Reeve, no...

Inmediatamente se dio cuenta de que no debía haber dicho su nombre, pero el sollozo de Samantha la había trastornado. Oyó un nuevo grito, el grito lúgubre de un loco que se ve descubierto. Se le puso la carne de gallina y sintió que el aire se helaba. Era el grito de la muerte, el grito final de victoria de un alma demente.

—Ah, lo sabes —jadeó la voz en un tono que reflejaba regocijo y terror

—, lo sabes, lo sabes, lo sabes. Eres muy lista. Y además tienes una voz muy sexy. Tal vez vaya a por ti algún día. ¿Te jodió bien Rebus? ¿Sí? Dile que tengo a su niña y que esta noche va a morir. ¿Entendido? Esta noche.

—Escuche, yo...

—No, no, no. No me pidas nada, señorita Templer. Han tenido tiempo de sobra para localizarme. Adiós.

Oyó un clic y el sonido de la línea libre.

Tiempo para localizarlo. Qué imbécil había sido. Tenía que haber pensado en ello antes que nada y no lo había hecho. Tal vez el director Wallace tenía razón. Quizá no era sólo John quien estaba emocionalmente implicado en el caso. Se sintió cansada, vieja, agotada, como si su trabajo se hubiera transformado en una carga insoportable y todos los delincuentes fueran invencibles. Tenía los ojos irritados y pensó en ponerse las gafas, su escudo frente al mundo.

Tenía que encontrar a Rebus. ¿O buscaría primero a Jack Morton? Tenía que poner a John al corriente. No había tiempo que perder, y tenía que tomar la decisión correcta: ¿A quién llamar primero, a Rebus o a Morton? Optó por llamar a John Rebus.

Desconcertado por la revelación de Stevens, Rebus había regresado a su piso. Necesitaba averiguar algunas cosas. Mickey podía esperar. Le habían tocado muchas cartas malas en aquella agotadora tarde. Tenía que ponerse en contacto con sus antiguos jefes en el ejército, hacerles ver que había una vida en juego, a ellos que valoraban la vida humana de un modo tan extraño. Tendría que hacer muchas llamadas. Se puso en ello.

Pero antes llamó al hospital. Rhona estaba bien. Era un alivio, pero aún no le habían dicho lo del secuestro de Samantha. ¿Le habrían dicho que su amante había muerto? No, claro que no. Encargó unas flores para ella. Estaba a punto de hacer acopio de fuerzas para marcar el primer número de una larga lista cuando sonó el teléfono. Lo dejó sonar pero no cesó de hacerlo hasta que lo descolgó.

—Diga.

—¡John! Gracias a Dios. Te he buscado por todas partes.

Era Gill, hablaba con mucha excitación, nerviosa y tratando de mostrarse amable al mismo tiempo, en una modulación extraña y Rebus sintió que su corazón, o lo que quedaba de él para compartir con alguien, se volcaba en ella.

—¿Qué hay, Gill? ¿Ha ocurrido algo?

—He recibido una llamada de Reeve.

A Rebus le saltó el corazón en el pecho.

—Cuéntame —dijo.

—Me ha llamado y me ha dicho que tiene a Samantha.

—¿Y?

Gill tragó saliva.

—Y que va a matarla esta noche. —Se hizo un silencio al otro extremo de la línea y a continuación oyó unos extraños ruidos—. ¿John? John, ¿estás ahí?

Rebus dejó de dar puñetazos al taburete del teléfono.

—Sí, estoy aquí. Dios mío. ¿Dijo algo más?

—John, no deberías estar solo, ¿sabes? Yo podría...

—¿Dijo algo más? —gritó casi sin aliento.

—Bueno, yo...

—Dime.

—Se me escapó que sabemos quién es.

Rebus se quedó sin respiración. Se miró los nudillos y vio que sangraban. Se lamió la sangre mirando por la ventana.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó al fin.

—Se puso furioso.

—Ya me lo imagino. Dios, espero que no se desahogue con... Dios mío, ¿por qué crees que te llamó precisamente a ti?

Ya no se lamía la herida, ahora se miraba las uñas sucias, se las mordía y escupía al suelo.

—Bueno, soy la oficial de enlace del caso y me habrá visto en la televisión o habrá leído mi nombre en los periódicos.

—O a lo mejor nos ha visto juntos. Tal vez me ha estado siguiendo todo

este tiempo —dijo mirando por la ventana a un hombre mal vestido que pasaba por la calle y se paraba a recoger una colilla.

Dios, necesitaba fumar. Miró a su alrededor buscando un cenicero que tuviera colillas aprovechables.

—No se me había ocurrido.

—¿Cómo iba a ocurrírsete? Aún no sabíamos que esto tuviera nada que ver conmigo hasta que... Fue ayer, ¿verdad? Se diría que fue hace días. Gill, recuerda que sus primeras notas no las envió por correo. —Encendió un resto de cigarrillo y aspiró el humo acre—. Lo he tenido muy cerca sin percatarme de nada, ni la más leve intuición. Menudo sexto sentido para un policía.

—Hablando de sexto sentido, John. Tengo una corazonada.

Gill se sintió más aliviada al oír que él hablaba con más calma. Ella también se sentía más tranquila, como si estuvieran ayudándose mutuamente, agarrados el uno al otro, en un bote abarrotado de gente en una galerna.

—¿De qué se trata? —preguntó Rebus dejándose caer en el sillón y mirando el cuarto sin muebles, polvoriento y revuelto.

Vio el vaso usado por Michael, un plato con migajas de tostadas, dos cajetillas de cigarrillos vacías y dos tazas de café. Decididamente, vendería pronto aquel piso, aunque le pagaran poco por él, y se mudaría a otro sitio.

—Bibliotecas —dijo Gill, mirando su despacho, repleto de archivadores y montones de papeles, producto de años de trabajo, y sintió la electricidad en el ambiente—. Lo único que todas las niñas tenían en común, incluida Samantha, es que solían ir a la misma biblioteca, la Biblioteca Central. Reeve quizá trabajó allí y pudo obtener los nombres para montar su acertijo.

—Es una posibilidad —dijo Rebus con súbito interés.

Sí, desde luego, aunque parecía demasiada causalidad, ¿o no? ¿Qué mejor circunstancia para indagar sobre John Rebus que encontrar un trabajo tranquilo durante unos meses o unos años? ¿Qué mejor para atrapar niñas que fingirse bibliotecario? Reeve se había camuflado para hacerse invisible.

—En cualquier caso —prosiguió Gill—, tu amigo Jack Morton ya fue a la Biblioteca Central e interrogó a un sospechoso que tenía un Escort azul, pero descartó a ese individuo.

—Sí, también descartaron al destripador de Yorkshire como sospechoso

más de una vez, ¿no es cierto? Merece la pena volver a interrogarlo. ¿Cómo se llama el sospechoso?

—No lo sé. He tratado de localizar a Morton pero no sé dónde anda. John, estoy preocupada por ti. ¿Dónde has estado? Intenté dar contigo.

—Eso es desperdiciar el tiempo y los recursos de la policía, inspectora Templer. Vuelve al mundo real. Encuentra a Jack y averigua el nombre de ese individuo.

—A la orden.

—Estaré en casa, por si me necesitas. Tengo que hacer unas llamadas.

—Me han dicho que Rhona está mejor...

Pero Rebus ya había colgado. Gill dejó escapar un suspiro y se frotó el rostro; necesitaba un descanso. Decidió enviar alguien al piso de John Rebus. No podían dejar que se dejara dominar por el encono y estallara. Y tenía que averiguar el nombre de aquel individuo y localizar a Jack Morton.

Rebus se preparó café. Pensó en salir a por leche, pero al final decidió tomarlo solo y sin azúcar. Pensó en la idea de Gill. ¿Reeve bibliotecario? Le parecía improbable, impensable, pero lo cierto es que todo lo que le había ocurrido últimamente era increíble. La racionalidad puede llegar a ser un poderoso obstáculo cuando uno se enfrenta a la irracionalidad. Hay que combatir el fuego con el fuego y aceptar que Gordon Reeve podría haber conseguido un empleo en la biblioteca, como un recurso inocuo pero esencial para llevar a cabo sus planes. Y de pronto, igual que le había pasado a Gill, todo cobró sentido para John Rebus. «Para los que leen entre épocas.» Para los que usan libros entre una época (La Cruz) y otra (el presente). Dios mío, ¿había algo arbitrario en esta vida? No, nada. Tras lo que en apariencia era irracional se ocultaba el sendero dorado del designio. Tras este mundo había otro. Reeve había estado en la biblioteca; Rebus estaba seguro. Eran las cinco. Podía llegar a la biblioteca antes de que cerraran, pero ¿seguiría allí o habría cambiado de lugar ahora que ya tenía a su última víctima?

Rebus sabía ahora que Samantha era la última víctima de Reeve. No era una de las «víctimas», sino un simple instrumento; sólo podía haber una

víctima: él mismo. Por ese motivo Reeve estaría cerca de allí, a su alcance; porque quería que él lo encontrase, despacio, como en el juego del ratón y el gato pero al revés. Rebus pensó en cómo jugaban al ratón y el gato en el colegio; a veces una chica cazaba a un chico o un chico cazaba a la chica, y así todo resultaba distinto de lo que parecía. Ése era el juego de Reeve. Gato y ratón; el ratón con el aguijón en la cola y el bocado entre los dientes, y él, Rebus, tan tranquilo e ignorante, satisfecho. Para Gordon Reeve no había satisfacción; no, porque le había traicionado alguien a quien él había llegado a llamar hermano.

«Sólo un beso.»

El ratón cazado.

«El hermano que nunca tuve.»

Pobre Gordon Reeve, manteniendo el equilibrio sobre aquella estrecha tubería y meándose en los pantalones mientras todos se reían de él.

Y pobre John Rebus, marginado por su padre y su hermano, un hermano que ahora era un delincuente y a quien finalmente habría que castigar.

Y pobre Sammy. Era en ella en quien debía pensar. «Piensa en ella, John, y todo se arreglará.»

Este juego iba en serio, era un juego a vida o muerte, y no tenía que olvidar ni un momento que seguía siendo un juego. Ahora sabía que tenía a Reeve. Pero cuando lo cazase, ¿qué ocurriría? De algún modo, los papeles se invertirían. Aún no conocía todas las reglas. Y sólo había una manera de aprenderlas. Dejó que el café se enfriara en la mesita. Ya tenía bastante amargor en la boca.

Afuera, bajo la llovizna gris, le esperaba la conclusión de un juego.

Desde su piso en Marchmont podía llegar a la biblioteca dando un agradable paseo a través de los hitos históricos de Edimburgo. Cruzó una zona verde llamada The Meadows, desde donde se veía en lo alto la silueta gris del Castillo con la bandera tremolando sobre las murallas en medio de la llovizna; cruzó por delante de la Royal Infirmary, sede de descubrimientos y nombres famosos, de un ala de la Universidad, del Greyfriars Kirkyard y la pequeña escultura del perro. ¿Cuántos años hacía que el perrito yacía junto a la tumba de su amo? ¿Cuántos años hacía que Gordon Reeve se iba a dormir cada noche urdiendo planes mortíferos contra John Rebus? Se estremeció. Sammy, Sammy, Sammy. Esperaba poder conocer mejor a su hija, ser capaz de decirle que era muy guapa y que encontraría mucho amor en la vida. Dios mío, esperaba encontrarla con vida.

Al cruzar el puente Jorge IV, que encauzaba turistas y peatones hacia el Grassmarket, lejos de la zona de mendigos e indigentes, pobres de los de antes que no tenían a nadie a quien recurrir, John Rebus reflexionó sobre ciertos hechos. Primero, Gordon Reeve iría armado, y segundo, utilizaría algún disfraz. Recordó los comentarios de Sammy acerca de los vagabundos que se pasaban todo el día sentados en la biblioteca. Podía ser uno de ellos. Y se preguntó qué haría cuando se topara con Reeve cara a cara. ¿Qué le diría? Aquellos interrogantes y posibilidades le trastornaban, le asustaban y le dolían tanto como la evidencia de que la suerte de Sammy estaba en manos de Reeve. Pero lo importante era ella, no sus recuerdos; ella era el futuro.

Resuelto y sin temor, apretó el paso en dirección a la fachada gótica de la biblioteca.

En la puerta, un vendedor de periódicos enfundado en un abrigo que parecía de papel de seda mojado voceaba las últimas noticias, que hoy no hablaban del estrangulador, sino de un desastre marítimo. Las noticias son efímeras. Rebus esquivó al hombre, no sin antes escrutar su rostro. Sintió que el agua le calaba los zapatos, como de costumbre, y cruzó la puerta batiente de entrada.

En el mostrador principal, un vigilante de seguridad hojeaba un periódico. No se parecía a Gordon Reeve en absoluto. Rebus aspiró profundamente para contener su temblor.

—Vamos a cerrar, señor —dijo el vigilante desde detrás del periódico.

—Sí, claro. —Al vigilante no pareció gustarle el sonido de la voz de Rebus: una voz dura, gélida, como un arma—. Me llamo Rebus, sargento Rebus, y busco a un tal Reeve, que trabaja en la biblioteca. ¿Está aquí en este momento?

Rebus esperaba haberlo dicho sin alterarse, pero se sentía alterado. El vigilante dejó el periódico en la silla, se acercó y miró a Rebus como con desconfianza. Bien, eso ya le gustaba más.

—¿Puedo ver su carné?

Con torpeza, con dedos poco hábiles, Rebus mostró su identificación. El vigilante la examinó un instante y alzó la vista hacia su rostro.

—¿Ha dicho Reeve? —inquirió, devolviéndole el carné y sacando una lista de nombres de una carpeta amarilla de plástico—. Reeve, Reeve, Reeve, Reeve. Aquí no trabaja nadie apellidado Reeve.

—¿Está seguro? Tal vez no sea bibliotecario. Podría trabajar en el equipo de limpieza, en mantenimiento o en cualquier otra cosa.

—No, en la lista está todo el mundo, desde el director hasta el portero. Mire, aquí figura mi nombre: Simpson. En la lista está todo el mundo. Si trabajase aquí lo tendría en la lista. Puede que usted esté equivocado.

El personal comenzaba a abandonar el trabajo, diciendo «buenas noches»

y «hasta luego». Tenía que darse prisa si quería localizar a Reeve; suponiendo que aún trabajase allí. Era una posibilidad tan ínfima, una esperanza tan leve, que Rebus volvió a sentir pánico.

—¿Puedo ver la lista? —dijo tendiendo la mano y mirándole con fuego autoritario en los ojos.

El vigilante dudó, pero le tendió la lista. Rebus la examinó enfurecido, buscando anagramas, claves, lo que fuese.

Lo vio enseguida:

—Ian Knott —musitó.

Ian Knott, nudo, «nudo gordiano». Nudo de rizo. Nudo gordiano. «Como mi apellido.» Se preguntó si Gordon Reeve tendría la facultad de oler su presencia. Él olía a Reeve; lo tenía al alcance de la mano, tal vez al final de un simple tramo de escaleras.

—¿Dónde trabaja ese Ian Knott?

—¿El señor Knott? Trabaja a tiempo parcial en la sección infantil. Es un hombre encantador. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—¿Trabaja hoy?

—Creo que sí. Creo que viene dos horas al final de la tarde. Oiga, ¿qué ocurre?

—¿Ha dicho la sección infantil? Abajo, ¿verdad?

—Sí —contestó el vigilante aturdido; intuía que iba a haber problemas—. Voy a llamarle...

Rebus se abalanzó sobre el mostrador hasta casi tocar nariz con nariz al vigilante.

—Nada de telefonar, ¿entendido? Si se le ocurre avisarle, le meto el teléfono por el culo y ya verá las llamadas internas que hace. ¿Lo ha captado?

El vigilante asintió despacio con la cabeza, pero Rebus ya le había dado la espalda y se dirigía hacia la reluciente escalera.

La biblioteca olía a libros usados, a humedad y a pulimento para dorados. Pero para Rebus era el olor del enfrentamiento, un olor permanente; bajar por aquella escalera hacia el corazón de la biblioteca le hizo recordar el olor de la manguera a presión a medianoche, la acción de arrebatarse la pistola a alguien, las marchas solitarias por el páramo, los lavaderos, toda aquella

pesadilla. Podía oler colores, sonidos y sensaciones; había una palabra para definir el fenómeno, pero no la recordaba.

Contó los peldaños para calmarse los nervios: doce; dobló y doce más. Estaba ante una puerta de cristal con un dibujo: un osito y una comba de saltar. El osito se reía de algo, y le pareció que se reía de él; no era una risa amable, sino de fruición: Pasa, pasa, seas quien seas. Miró el interior de la sección. No había nadie; ni un alma. Abrió despacio la puerta. Ni niños, ni bibliotecario, pero se oía a alguien colocando libros en un anaquel. El ruido venía de más allá de una mampara que había detrás del mostrador de préstamos. Rebus se acercó de puntillas y tocó la campanilla.

De detrás de la mampara surgió, tarareando y sacudiéndose las manos de un polvo inexistente, un sonriente Gordon Reeve, rechoncho y envejecido. Parecía un osito. Rebus se aferró con fuerza al borde del mostrador.

Gordon Reeve dejó de tararear al verlo, pero la sonrisa permanecía en su rostro y le hacía parecer inocente, normal, tranquilo.

—Me alegro de verte, John —dijo—. Así que por fin me has localizado, condenado diablo. ¿Cómo estás? —añadió tendiéndole la mano.

Pero John Rebus sabía que si soltaba las manos del borde del mostrador se desplomaría allí mismo.

Ahora recordaba a Gordon Reeve, recordaba con todos los detalles el tiempo que habían pasado juntos. Recordaba gestos, bromas, ocurrencias. Habían sido hermanos de sangre, habían sufrido juntos y casi habían llegado a leerse el pensamiento. Volverían a ser hermanos de sangre. Rebus lo veía en la mirada enloquecida de su sonriente torturador. Sintió una oleada que le aturdiría los oídos. Así que era eso. Eso es lo que esperaba de él.

—Vengo a buscar a Samantha —dijo—. La quiero viva y ahora. Luego podemos ajustar cuentas como tú quieras. ¿Dónde está, Gordon?

—¿Sabes cuánto tiempo hace que nadie me llama Gordon? He sido Ian Knott tanto tiempo que me resulta difícil asimilar que soy «Gordon Reeve» —dijo sonriente, mirando más allá de la espalda de Rebus—. John, ¿y la caballería? No irás a decirme que has venido solo... Va en contra del reglamento, ¿no?

Pero Rebus se guardó muy mucho de decirle la verdad.

—Están ahí fuera; tranquilo. He entrado yo solo para hablar contigo, pero mis colegas están ahí fuera. Se ha acabado el juego, Gordon. Dime dónde está Samantha.

Pero Gordon Reeve sacudió la cabeza conteniendo la risa.

—Vamos, John. No es tu estilo venir acompañado. Olvidas que te conozco bien. —Ahora iba despojándose poco a poco de su personaje ficticio —. No, has venido solo. Solito. Igual que lo estaba yo, ¿recuerdas?

—¿Dónde está mi hija?

—No pienso decírtelo.

No cabía duda de que aquel hombre estaba loco; quizá siempre lo había estado. Tenía el mismo aspecto que antes de aquellos atroces días en la celda; el de un hombre al borde del abismo, un abismo creado por su propia mente. Pero lo más terrible era la ausencia de control físico. Sonreía, rodeado de carteles polícromos, relucientes dibujos y libros ilustrados. Era el hombre de aspecto más peligroso que Rebus había visto en su vida.

—¿Por qué?

Reeve le miró como si le hubiera hecho una pregunta pueril. Sacudió la cabeza sin dejar de sonreír con aquella sonrisa de puta, la sonrisa fría y profesional del asesino.

—Tú sabes por qué —respondió—. Por todo. Porque me dejaste en la estacada, como si hubiéramos caído en manos del enemigo. Desertaste, John. Me abandonaste. Y sabes cómo se castiga, ¿verdad? ¿Sabes cuál es la pena por deserción?

Ahora Reeve hablaba con voz histérica. Volvió a contener la risa, tratando de calmarse. Rebus se preparaba para la inminente violencia; se cargaba de adrenalina, apretaba los puños y tensaba los músculos.

—Conozco a tu hermano.

—¿Qué?

—A tu hermano Michael. Lo conozco. ¿Sabías que trafica con droga? Y no es un simple intermediario. Bueno, está metido en un buen lío, John. Le he estado pasando droga desde hace tiempo. El suficiente para saber muchas cosas de ti. Michael se esforzó en convencerme de que no era un farsante, un delator de la policía. Y me lo contó todo acerca de ti, John, así que le creí. Él

estaba convencido de que trataba con una banda de traficantes, pero era yo solito. ¿Verdad que soy listo? Tengo bien agarrado a tu hermano. Tiene la soga al cuello, ¿no? Esto se podría considerar como el plan B.

Tenía a su hermano y tenía a su hija. Sólo le faltaba una persona: él, que había ido directo a la trampa. Necesitaba tiempo para pensar.

—¿Desde cuándo llevabas planeándolo?

—No lo sé muy bien —replicó riendo mientras iba ganando confianza—. Desde que desertaste, supongo. Michael fue lo más fácil. Quería obtener dinero fácil y no me costó convencerle de que las drogas era lo ideal. Tu hermano está metido hasta el cuello. —La última palabra fue como un escupitajo cargado de veneno—. A través de él me enteré de más cosas sobre ti, John. Y eso lo facilitó todo. Así que —añadió encogiéndose de hombros—, si me denuncias, lo denuncio a él.

—No cuentes con ello. Lo que quiero es hundirte.

—¿Y vas a dejar que tu hermano se pudra en la cárcel? Muy bien. De todos modos gano yo. ¿No lo comprendes?

Sí, Rebus lo comprendía, pero no del todo, como si fuese una ecuación difícil oída en una clase abarrotada.

—¿Qué ha sido de ti durante todo este tiempo? —inquirió, sin saber muy bien por qué trataba de ganar tiempo. Había entrado allí sin un plan preconcebido, y ahora estaba atascado, esperando una reacción de Reeve que, sin duda, se produciría tarde o temprano—. Me refiero a después de mi... deserción.

—Ah, me hicieron cantar poco después —respondió Reeve despreocupado, dominando la situación—. Me sentía solo y aislado. Primero me metieron en un hospital y luego me soltaron. Oí que te habías vuelto lelo y eso me animó un poco, pero después me llegó el rumor de que habías ingresado en la policía. La verdad es que no soportaba la idea de que llevaras una plácida existencia, sobre todo después de todo lo que pasamos y de lo que me hiciste.

Su rostro comenzó a crispase, apoyó las manos en el escritorio y Rebus notó el olor a sudor ácido. Hablaba como adormecido, pero Rebus sabía que con cada palabra que desgranaba crecía el peligro, y él no podía moverse; aún

no.

—Has tardado en localizarme —dijo.

—Pero ha valido la pena —replicó Reeve restregándose la mejilla—. Hubo momentos en que pensé que moriría sin conseguirlo, pero creo que en el fondo tenía la certeza de que sí lo haría —añadió sonriendo—. Ven, John, quiero enseñarte algo.

—¿A Sammy?

—No seas gilipollas. —Su sonrisa desapareció durante unos segundos—. ¿Crees que la tengo aquí? No; pero es algo que te interesará. Ven.

Le hizo pasar al otro lado de la mampara. Rebus, con los nervios a flor de piel, miró la espalda de Reeve, aquellos músculos cubiertos de grasa por la vida sedentaria. Un bibliotecario; un bibliotecario para niños. El asesino en serie de Edimburgo.

Detrás de la mampara se extendía un buen número de estanterías llenas de libros, algunos amontonados en desorden y otros bien colocados en hileras sin ningún lomo que sobresaliera entre los otros.

—Están todos por archivar —comentó Reeve con gesto paternalista—. Tú fuiste quien despertó mi interés por los libros, John. ¿Lo recuerdas?

—Sí, te contaba historias.

Rebus empezó a pensar en Michael. Si no hubiera sido por él, no habría podido encontrar a Reeve, ni siquiera habría sospechado de su existencia. Y ahora iba a ir a la cárcel. Pobre Mickey.

—¿Pero dónde lo habré puesto? Sé que está por aquí. Lo dejé aparte para enseñártelo, por si me encontrabas. Has tardado bastante tiempo en hacerlo. No has sido muy listo, ¿eh, John?

Qué fácil era olvidarse de que aquel hombre estaba loco, de que había matado a cuatro niñas como si fuera un juego y aún tenía a otra en su poder. Qué fácil.

—No —contestó—. No he sido muy listo.

Notó que se ponía tenso. El aire parecía enrarecerse. Estaba a punto de ocurrir algo. Podía sentirlo. Y para impedirlo, lo único que tenía que hacer era darle un puñetazo a Reeve en los riñones, golpearle en la nuca, reducirle y sacarlo de allí.

¿Por qué no lo hacía? No lo sabía. Su única certeza era que ocurriría lo que tuviera que ocurrir, y que sería tan previsible como los planos de un edificio o una partida de tres en raya como las de años atrás. Reeve había empezado aquel juego y eso le dejaba a él en la posición del perdedor. Pero tenía que seguir jugando.

—Ah, aquí está. Es un libro que estaba leyendo...

John Rebus se preguntó por qué, si lo estaba leyendo, lo tenía tan escondido.

—*Crimen y castigo*, ¿recuerdas que me explicaste la historia?

—Sí, lo recuerdo. Te la conté más de una vez.

—Exacto, John, sí.

Era una antigua edición de lujo con tapas de piel. No parecía un ejemplar de la biblioteca. Reeve lo sujetaba como si se tratara de dinero o de diamantes, como si en su vida no hubiese tenido nada igual.

—Hay una ilustración que quiero enseñarte, John. ¿Recuerdas lo que te dije sobre Raskolnikov?

—Dijiste que tendría que haberlos matado a todos...

Rebus captó el sentido un segundo demasiado tarde. No había sabido interpretar aquella clave, del mismo modo que no había comprendido tantas otras de Reeve. Gordon Reeve, con los ojos brillantes, abrió el libro y sacó un revólver corto del interior hueco. Y ya lo apuntaba hacia el pecho de Rebus cuando éste saltó hacia delante y le golpeó brutalmente en la nariz. Prefería planificar sus actos, pero a veces era mejor improvisar. Del hueso roto brotó sangre y mocos, a Reeve se le cortó la respiración y Rebus le desarmó de un manotazo. Reeve se echó a gritar. Era un grito que surgía del pasado, fruto de innumerables pesadillas, que desconcertó a Rebus y le hizo revivir aquel momento de traición y recordar la imagen de los guardianes, de la puerta abierta de la celda y de él mismo dándole la espalda al cautivo que gritaba. La escena se volvió borrosa al tiempo que oía una detonación.

Sintió un golpe sordo en el hombro que enseguida se transformó en entumecimiento y en un intenso dolor que le recorrió el cuerpo. Se llevó la mano a la chaqueta y palpó sangre en la hombrera y en la tela. Dios bendito, así era recibir un disparo. Sintió ganas de vomitar y vio que iba a desmayarse,

pero en aquel momento una oleada imprecisa surgió del fondo de su alma: la fuerza ciega de la cólera. No estaba dispuesto a perder esta partida. Vio que Reeve se limpiaba la cara y trataba de contener las lágrimas, sujetando todavía el revólver en la mano temblorosa. Rebus cogió un grueso volumen y le golpeó en la mano, y el arma cayó entre un montón de libros.

Reeve echó a correr por entre las estanterías derribándolas a su paso, mientras Rebus corría hacia el escritorio para pedir ayuda por teléfono, vigilando por si regresaba Reeve. Reinaba un silencio absoluto y se sentó en el suelo.

De pronto, la puerta se abrió y entró William Anderson. Iba vestido de negro, como si fuera un estereotipo del ángel vengador. Rebus sonrió.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Llevo un buen rato siguiéndole —dijo Anderson agachándose para examinar el brazo de Rebus—. He oído un disparo. ¿Ha dado con él?

—Está cerca de aquí, desarmado. La pistola ha caído ahí detrás.

Anderson lió un pañuelo en el hombro a Rebus.

—John, hay que pedir una ambulancia.

Pero Rebus ya se había incorporado.

—Aún no —dijo—. Acabemos con esto de una vez. ¿Cómo es que no he notado que me seguía?

Anderson sonrió.

—Hay que ser muy buen policía para detectarme cuando sigo a alguien, y usted, John, no es muy buen policía. Es... buen policía.

Pasaron al otro lado de la mampara y avanzaron lentamente entre las estanterías. Rebus recogió el arma y se la guardó en el bolsillo. No se veía a Gordon Reeve por ninguna parte.

—Mire —dijo Anderson señalando una puerta entreabierta al fondo de la sala.

Se acercaron con precaución y Rebus la abrió del todo: daba paso a una profunda escalera de hierro, empinada y casi a oscuras, que parecía conducir a los sótanos de la biblioteca. No tenían más opción que bajar por allí.

—Creo que sé adónde conduce —susurró Anderson, y sus palabras resonaron amortiguadas en el profundo pozo por el que se internaban—. La

biblioteca está edificada sobre el antiguo solar del tribunal de justicia y aún se utilizan los calabozos de los sótanos para almacenar libros viejos. Es un laberinto de celdas y pasadizos que discurre por debajo de Edimburgo.

A medida que descendían, la pared enlucida dio paso a ladrillos antiguos. Rebus olió a moho, un olor amargo que le recordaba otros tiempos.

—A saber dónde habrá ido a parar —comentó.

Anderson se encogió de hombros. Al final de la escalera se encontraron ante un amplio pasadizo sin libros al que daban unos habitáculos —las antiguas celdas, probablemente— llenos de libros sin orden ni concierto, simples libros viejos.

—Es probable que haya escapado —musitó Anderson—. Creo que hay salidas que dan al actual edificio del tribunal y a la catedral de Saint Giles.

Rebus estaba impresionado. Aquello era una zona del viejo Edimburgo que aún se mantenía intacta y sin profanar.

—Es increíble —dijo—. No sabía nada de esto.

—Hay más. Dicen que bajo el ayuntamiento aún quedan calles de la Ciudad Vieja. Con edificios contruidos encima. Calles enteras, con tiendas y casas de hace siglos.

Anderson sacudió la cabeza, pensando, igual que Rebus, en lo poco que sabían: podía uno sumergirse en una realidad desconocida sin invadirla necesariamente.

Recorrieron el pasadizo, agradecidos por las bombillas eléctricas del techo, mirando en todas las celdas.

—¿Quién es ese tipo? —inquirió Anderson.

—Un viejo amigo —contestó Rebus, sintiendo un leve desmayo; tenía la impresión de que allí escaseaba el oxígeno y sudaba a chorros a causa de la hemorragia; no debería estar allí. Recordó que tendría que haber hecho ciertas cosas, como preguntarle al vigilante la dirección de Reeve y enviar un coche patrulla por si tenía a Sammy allí. Ahora era demasiado tarde.

—¡Allí está!

Anderson acababa de verlo a lo lejos, por delante de ellos, tan oculto entre las sombras que Rebus no vislumbró su silueta hasta que Reeve echó a correr. Anderson corrió tras él. Rebus le seguía, tragando saliva y tratando de

no quedar rezagado.

—Tenga cuidado, es peligroso —dijo con un hilo de voz, sin fuerzas para gritar.

De pronto algo salió mal. Vio cómo Anderson alcanzaba a Reeve y éste se revolvía contra él lanzándole una patada en la cabeza, un golpe casi perfecto, aprendido años atrás. Anderson dobló la cabeza hacia un lado por efecto del golpe y chocó contra la pared. Rebus había caído de rodillas. Se había quedado sin aliento y apenas podía ver nada. Dormir, necesitaba dormir. El suelo, irregular y frío, le parecía una enviable y cómoda cama. Estaba temblando, a punto de desplomarse, cuando vio a Reeve acercarse hacia él mientras Anderson se desplomaba al pie de la pared. Ahora Reeve, avanzando entre las sombras, le parecía gigantesco. Su tamaño aumentaba a cada paso, y cuando llegó hasta donde él estaba, vio que sonreía burlonamente.

—¡Ahora tú! —gritó Reeve—. Te toca a ti.

Rebus sabía que en aquel momento, por encima de sus cabezas, el tráfico discurría lentamente por el puente Jorge IV; la gente se apresuraba camino de sus casas, a reunirse con sus familias para ver la televisión, mientras él estaba allí, de rodillas ante su negra sombra, como un animal acorralado al final de una batida de caza. De nada le serviría gritar ni resistirse. De manera borrosa, vio a Gordon Reeve agacharse, con el rostro extrañamente ladeado, y recordó que acababa de partirle la nariz, y bien partida.

Reeve retrocedió y le dirigió una brutal patada en la barbilla. Rebus logró esquivarla con un rápido movimiento, sacando fuerzas de flaqueza, y el golpe le alcanzó en la mejilla y le hizo caer de lado. Tumbado en posición fetal, precariamente a la defensiva, oyó reír a Reeve y vio sus manos rodeándole el cuello. Pensó en aquella mujer y en sus propias manos apretándole la garganta. Era un castigo justo. Que así sea. Pero pensó también en Sammy, en Gill, en Anderson y en el hijo de éste, asesinado; en aquellas niñas muertas. No, no podía dejar que Gordon Reeve se saliera con la suya. No sería justo. No estaría bien. Sintió sus ojos, su lengua, tirantes y convulsos, y metió la mano en el bolsillo mientras Gordon Reeve le susurraba:

—Te alegras de que todo haya acabado, ¿verdad, John? ¿Verdad que es

un alivio?

En ese momento una detonación retumbó en el pasadizo, hiriendo los oídos de Rebus. El retroceso del disparo sacudió su mano y el brazo, y volvió a sentir aquel olor dulzón, parecido al de manzanas caramelizadas. Reeve, con un estremecimiento, quedó un segundo inmóvil, se dobló sobre sí mismo y cayó sobre él, casi asfixiándole. Rebus, incapaz de moverse, pensó que ya podía dormir...

Epílogo

Echaron abajo la puerta del chalé de Ian Knott, una casita tranquila de las afueras, en presencia de los vecinos curiosos, y encontraron a Samantha Rebus. Estaba muy asustada, atada a una cama y amordazada, rodeada de fotos de las niñas asesinadas. Mientras conducían a Samantha, llorosa, fuera de la casa, realizaron su trabajo. Comprobaron que el camino de entrada quedaba oculto de las miradas de los vecinos por un seto alto. Nadie había visto las idas y venidas de Reeve. Era un vecino tranquilo, dijeron. Hacía siete años que vivía en aquella casa, desde que empezó a trabajar en la biblioteca.

Jim Stevens sintió una gran alegría, porque el desenlace de aquel caso le proporcionaba material para los artículos de toda la semana. ¿Cómo podía haberse equivocado de aquel modo respecto a John Rebus? Aquella crónica quedaba descartada. Pero pudo completar su historia sobre el tráfico de drogas, y Michael Rebus iría a la cárcel. Eso era seguro.

La prensa de Londres acudió a documentar su propia versión del caso. Stevens conoció a un periodista en el bar del hotel Caledonian, un individuo que quería comprar la historia de Samantha y que se dio unas palmaditas en el bolsillo, asegurándole que llevaba un talonario del editor. A Stevens le pareció que aquello formaba parte de una epidemia generalizada. Los medios de comunicación ya no se limitaban a crear la realidad para manipularla después a su gusto, sino que ahora añadían algo nuevo a la habitual basura, vileza y chapuza, algo todavía más turbio. Y eso no le gustaba nada. Habló

con el periodista londinense de conceptos vagos, como justicia, verdad y objetividad. Estuvieron horas charlando y bebiendo whisky y cerveza, pero no llegaron a ninguna conclusión. Un Edimburgo desconocido, agazapado en las sombras de la mole del Castillo, como si se escondiera de algo, se había revelado ante Jim Stevens. Los turistas sólo veían las sombras de la historia, pero la ciudad era un ente muy distinto. Y a Jim no le gustaba; no le gustaba el trabajo que hacía. Tampoco le gustaba el horario. Había recibido varias ofertas de Londres, y aprovechó la oportunidad que le brindaba el sur.

Agradecimientos

Quiero agradecer la notable contribución del Departamento de Investigación Criminal de Leith, Edimburgo, a la redacción de esta novela, por su paciencia ante mis innumerables preguntas y mi ignorancia sobre los procedimientos policiales. Y aunque ésta sea una obra de ficción, con sus lógicas limitaciones, me ha resultado de gran ayuda para documentarme sobre los Servicios Especiales del Ejército del Aire (SAS) el excelente libro de Tony Geraghty *Who Dares Wins* (Fontana, 1983).



IAN RANKIN (Cardenden, Escocia, 1960). En Cardenden cursó sus primeros estudios, que más tarde amplió en la universidad de Edimburgo. Empezó a escribir a muy temprana edad. De niño, confeccionaba sus propios cómics, influenciado por todo tipo de publicaciones, desde The Beano a The Fantastic Four. De haber poseído dotes artísticas, quizá habría cultivado esa trayectoria. Sin embargo, a los doce años inventó un grupo de música pop imaginario y se dedicó a elaborar las letras de sus canciones. De haber poseído dotes musicales, quizá se habría lanzado al estrellato roquero. Sin embargo, las letras de las canciones se convirtieron en poemas y cuando comenzó sus estudios universitarios, su poesía había ganado ya diversos premios.

En la universidad, se alejó de la poesía para dedicarse al relato breve. También con este género obtuvo varios premios literarios, y uno de esos relatos fue creciendo y creciendo hasta transformarse en su primera novela. Ian Rankin escribió sus tres primeras novelas cuando supuestamente estudiaba para licenciarse en Literatura Inglesa. La tercera de ellas, Nudos y Cruces, fue la que dio vida al Inspector Rebus.

Durante su carrera universitaria y después de concluirla, desempeñó diferentes empleos: trabajó en una granja de pollos, en investigación de alcohol (sí, en serio), como porquerizo, recolector de uva, recaudador de impuestos... Incluso hizo realidad uno de sus sueños uniéndose a una efímera banda punk, llamada The Dancing Pigs (Los cerdos bailarines) («Fife's Second Greatest Punk Ensemble» [El Segundo Mejor Grupo Punk de Fife]).

En 1986, cuando la beca universitaria expiró, Ian Rankin se casó con Miranda Harvey, quien iba un curso por delante de él en la universidad, y se trasladó a Londres, donde Miranda trabajaba como funcionaria. Ian aceptó un empleo como ayudante en el National Folktale Centre y más tarde se pasó al periodismo. Empezó a trabajar como ayudante editorial para la prestigiosa revista mensual Hi-Fi Review, de ámbito nacional, y pronto ascendió a editor. Probablemente sólo sea una coincidencia, pero seis meses después de que dimitiera, la revista quebró...

Mientras tanto, él seguía escribiendo novelas. El primer libro protagonizado por el inspector Rebus pretendía ser una historia independiente, y experimentó con otros géneros (el terror, el espionaje, etc.) hasta que alguien le preguntó qué había sido del inspector Rebus. Decidió entonces resucitar a su detective y crear una nueva y exitosa aventura para él, y otra..., y otra más...

En 1988 fue elegido Hawthornden Fellow [miembro de la sociedad Hawthornden]. Posteriormente ganó el Chandler-Fulbright Award en su edición 1991-1992, uno de los premios de ficción detectivesca más prestigiosos del mundo (fundado por el legado de Raymond Chandler). El premio le llevó a Estados Unidos en 1992, donde durante seis meses condujo 20.000 millas [unos 32.000 km] desde Seattle hasta Nantucket (pasando por San Francisco, Las Vegas, New Orleans y Nueva York) en una autocaravana Volkswagen de 1969.

En la actualidad, reparte su tiempo entre Edimburgo, Londres y Francia, está casado y tiene dos hijos.

Notas

[¹] El juego del tres en raya en inglés se llama *noughts and crosses*. El autor juega con la homofonía de *noughts* (ceros) y *knots* (nudos). En el juego inglés se trazan en papel, en el suelo, o en la pared (en este caso) nueve casillas formando un cuadrilátero y los jugadores van ocupándolas alternativamente con una cruz y con un redondel o cero (*nought*). (N. del T.) <<